



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

La figura del bandido en tres novelas del siglo XIX

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE LICENCIADA EN
LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

P R E S E N T A

MARÍA DE LOS ÁNGELES MAGDALENA DÍAZ GARCÍA

Asesor: Dr. Alfredo Juan Arnaud Bobadilla



Ciudad Universitaria, México

Abril de 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A mi familia por su incondicional amor, a mis padres quienes siempre se preocuparon porque yo recibiera una excelente educación, a mis hermanos por sus invaluable enseñanzas. A Gustavo Anguiano por no dejarme claudicar nunca. A Érika Luna por ser mi compañera en este camino. Ustedes me impulsan a mirar sólo hacia adelante.

Un agradecimiento especial a Edgar Navarro por compartirme sus conocimientos desde el primer día de clases en la Facultad, hasta sus valiosas aportaciones para esta tesis.

A mis profesores por fomentar mi pasión por las letras, Dr. Alfredo Arnaud, Dra. Marcela Palma, Mtra. Yolanda Bache y Lic. Arturo Hernández; a ellos y a la Dra. Ma. Eugenia Negrín por leerme y enriquecer este trabajo.

Gracias a la Universidad, institución admirable que me inspira cada día a leer, estudiar, aprender, educar y contribuir en el desarrollo del País.

Por mi raza hablará el espíritu.

Índice

Introducción.....	3
1. Mínimo contexto histórico de México del siglo XIX.....	9
2. Los bandidos villanos.....	23
2.1. Algunas consideraciones sobre la definición de villano.....	23
2.2. Evaristo o el bandido que pudo ser un salvaje honrado.....	25
2.2.1. Origen de Evaristo.....	25
2.2.2. Pasión y conveniencia: las relaciones interpersonales de Evaristo.....	32
2.3. Relumbrón, el bandido que mueve los hilos de la puesta en escena.....	50
2.3.1. Relumbrón, Juan Yáñez.....	50
2.3.2. Relumbrón y la preeminencia de las apariencias.....	51
2.4. El Zarco: “El más temible y malvado de esos bandidos”.....	57
2.4.1. La alegoría nacional o Yautepec en ruinas.....	57
3. Los bandidos héroes.....	69
3.1. Algunas consideraciones sobre la definición de héroe.....	69
3.2. Astucia, personaje de Luis G. Inclán, ¿héroe nacional?.....	72
3.2.1. Astucia o el D’artagnan mexicano.....	72
3.2.2. Astucia, (anti)héroe de los disgregados.....	78
4. Conclusiones.....	87

Introducción

Mi interés por el tema del bandido social encuentra sus orígenes en la legendaria historia del medioevo sobre Roberto Fitz Ooth, conde de Hunttington, que tras ser acusado injustamente de “hombre fuera de la ley” por el príncipe Juan, los soldados del reino de Inglaterra en la capilla donde aquél celebraba nupcias con Mariana Gilewater; sin más remedio, al ser acorralado por varios hombres bien armados y a sabiendas de que él es la verdadera víctima de felonía, se aleja de su dama y se escabulle ágilmente hacia los bosques de Sherwood y Barnsdale, cerca de la ciudad de Nottingham. Ahí, bajo el auspicio de las sombras londinenses, se convierte en el terror de los nobles ricos, a quienes despojaba de sus bienes para después distribuirlos entre los pobres y oprimidos, que vivían bajo el yugo del tirano que también lo había arrojado al exilio. Roberto Fitz Ooth cede su lugar a Robin Hood.

Si atendemos la vieja premisa de Nietzsche, que dice que dado el carácter infinito del tiempo, y que el número de átomos por el cual está compuesta la materia es limitado, el mundo se restringe a un número de combinaciones de acontecimientos. La historia, en efecto, es cíclica. Podemos discernir, entonces, la existencia de varios Robin Hood a lo largo de los siglos y de las diferentes sociedades humanas. Asimismo, inferiremos que estos Robin Hood actuarán según el entorno y los hitos sociales, jurídicos y culturales que éste le imponga. De esta forma, el proscrito de los bosques ingleses, cuya primera mención se avizora a finales del siglo XII y a quien hallamos en tiempos ancestrales y míticos en la figura de Prometeo, que pugna contra los dioses por la obtención del fuego, con el fin de obsequiárselos a los hombres, en México de finales del siglo XIX, sobrevivirá como “Chucho el Roto”, mote mediante el cual sustituirá las argucias del arquero, por las habilidades del embaucador, y que por medio del disfraz elegante puede pasar inadvertido, incluso entre las altas esferas sociales.¹ Con que la sociedad, como lo aseguraría cualquier novelista que profese las nociones del naturalismo, nos predestina fatalmente. Visto de otra manera, por una suerte de “identidad de nación”, las virtudes de ciertas imágenes simbólicas en el inconsciente

¹ Véase Ma. Laura Solares Robles, *El bandido social en México durante el Porfiriato*; p. 81. La caracterización de Jesús Arriaga como “el hombre decente y pulcro” no era la única. Si algo distinguía a este bandido es el arte del disfraz: “Había en aquel cuarto [donde vivía “el Roto”] todo lo que una veintena de artistas de teatro necesitan para disfrazarse y desempeñar los papeles más diversos [...] Cuando “Chucho el Roto” quería salir a hacer algunas correrías, se acercaba a uno de aquellos retratos y con toda perfección lo imitaba, vistiéndose unas veces de humilde cargador y otra de Obispo o de Marqués” Véase en Anónimo, “*Chucho el Roto*” o la nobleza de un bandido mexicano, citado por *ibid.*, p. 80

universal adquieren, dependiendo de la nación en que nos ubiquemos. Estos bosquejos de la realidad son reinterpretados con mayor plenitud, en relación con los demás géneros literarios, por las artes novelísticas. Al recurrir a la frase “con mayor plenitud”, no me refiero a que la novela retrate fotografía por fotografía, secuencia por secuencia, eso que solemos llamar Realidad; hallamos en su verosimilitud, paralelamente a la búsqueda exitosa o no de una estética que aspira a lo sublime, una forma de construir una cosmovisión valorativa del tiempo. Bien dice J.S. Brushwood:

La novela se presta especialmente para expresar la realidad de una nación por su capacidad de abarcar tanto la realidad visible de aquellos elementos de la realidad que no se presenta a la vista [...] A semejanza de otras formas de arte, la novela es un organismo cultural que cumple un cometido ideal, y la manera en que cumple o no ese cometido nos ofrece un procedimiento para examinar cómo capta una cultura la realidad.²

Desde esta perspectiva, resulta sumamente atractivo analizar la figura del bandido en tres novelas del siglo XIX mexicano: *Astucia: los hermanos de la hoja o los charros contrabandistas de la rama* de Luis G. Inclán, *Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno, y *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano. Dadas a conocer en 1865, en 1889-1891 (por entregas) y en 1901, respectivamente, estas novelas son escritas en un espacio-tiempo donde reinaba la inestabilidad política y el desorden social, que daban, como producto principal, la pobreza y la inequidad de clases: un ambiente propicio para la incubación de una especie social sustentada en la ilegalidad –mejor decir: vacío de poder– como los salteadores de caminos. No es baladí sugerir la contraposición entre ilegalidad y vacío de poder en el México del siglo XIX. Mientras que Robin Hood, nuestro bandolero arquetípico, actúa en el campo de la ilegalidad, lo cual implica, por otro lado, un poder de Estado eficaz o al menos vigente y de suficiente fuerza como para etiquetar a los forajidos y perseguirlos³, la mayoría de los bandidos de las novelas anteriores interactúan en una nación con pocos años de haberse proclamado como independiente, que se debate entre las doctrinas liberales y conservadoras en pos de la construcción de un paradigma de gobierno: en un lapso de 36 años, entre 1865 y 1901, entre *Astucia* y *el Zarco*, México ensayó una Segunda Monarquía en manos de

² J.S. Brushwood, *México en su novela*; p. 9

³ Aquí pongo en cuestión la existencia de una figura de poder, su efectividad entre los gobernados, mas no presupuestos éticos, que en todo caso, más que recargarse hacia uno u otro lado de la balanza de la virtud, son escollos narrativos que Robin Hood tendrá que sortear para recorrer su “ciclo heroico” y recuperar de lo que fue despojado.

Maximiliano de Habsburgo, el triunfo de la República por Benito Juárez y la dictadura de Porfirio Díaz. Aunado a las discusiones apasionadas en el Congreso, las guerras intestinas y la intervención extranjera, la labor literaria no estribó en el deleite estético, al menos principalmente. Por la cimentación del naciente país, los escritores debían asumir una ética del escribir, y es en la novela en donde se registraría la película de la sociedad en todos sus estratos, se descubrirían sus malas costumbres, así como se podría caracterizar lo bueno por medio de la contraposición de personajes de moral reprochable y otros que vendrían a ser el ejemplo de “lo mexicano”. Al respecto dice Carlos Monsiváis: “El hombre Nuevo que los liberales pregonan es en lo básico una innovación literaria. El ideal aparece en los relatos, se deja ver en las crónicas y llega a las versiones históricas de la laicidad”.⁴ Sobre este asunto se elucubró largamente durante el siglo XIX. Claro ejemplo es el ensayo que José María Lafragua leyó en la sesión inaugural del Ateneo Mexicano, en 1844, intitulado “Carácter y objeto de la literatura”. En éste se expresan las cualidades que debe tener el escritor: además de “un talento claro” y “una imaginación ardiente”, también se le debe atribuir “un juicio recto” y “un buen corazón”: probidad e ingenio en aras de una literatura que forjará una nación y que se describe bajo la siguiente lógica: “si la palabra divina ha hecho el mundo, la palabra humana ha hecho a la humanidad”.⁵ Otro ensayo que se pronunció ante el Ateneo, es el de Luis de la Rosa que lleva por título “Utilidad de la literatura”, en el cual nos escribe el autor: “La verdad y la belleza son los dos grandes elementos de la composiciones literarias, y el ingenio humano jamás hará que aparezca como bello *ni lo que es absurdo, ni lo que es monstruoso, ni lo que ofende al pudor y a los más nobles instintos de nuestra alma*” (las cursivas son mías); indudablemente, aquí se distingue a la literatura hacia un extremo de la escala cromática. Se elucida su objetivo meramente moralizador y pedagógico, lejos de la frivolidad que es una “funesta preocupación para algunos hombres”. Sobre la novela, Luis de la Rosa escribe:

La novela puede degenerar hasta llegar a ser un cuento insulso y frívolo, sin intereses, sin ilusión, sin gracia, sin filosofía y, lo que es peor todavía, sin moralidad o positivamente impúdico. Se incurre comúnmente en esta última falta, cuando el argumento de la novela se toma de las costumbres de las clases ínfimas, en las que por lo común, no hay pasiones sino

⁴ Carlos Monsiváis, *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*; p. 13

⁵ José María Lafragua, “Carácter y objeto de la literatura”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*; págs. 69-77

vicios. En esa especie de novelas no puede haber [...] esa lucha de los afectos con el deber es lo que constituye principalmente el interés de la novela.⁶

Según Luis de la Rosa, el Romanticismo se descarta como corriente literaria útil, puesto a que encumbra figuras terribles y naturalmente perniciosas como el pirata, Don Juan, Fausto y al mismísimo símbolo de la rebeldía, Lucifer, que se encaraman en el promontorio del “yo”, lo cual provoca la inexistencia del concepto del “prójimo” en su ideario, y que, por consecuencia, inhabilita otros necesarios en la configuración de un Estado como “comunidad” y “sociedad”. (Aunque si pensamos en el “Prefacio de *Cromwell*” de Víctor Hugo, el Romanticismo a la usanza francesa no estaría del todo lejano a la idea de la literatura como instructora. Recordemos la sentencia: “La literatura no es más que la expresión moral del pensamiento de la sociedad”. Blanca Estela Treviño subraya que “Hugo, el Hugo fuerte que rima Darío, se convirtió en la figura tutelar de la literatura hispanoamericana en el siglo XIX”. Véase la introducción al ensayo de José María Lafragua “Carácter y objeto de la literatura”, arriba ya mencionado; pp. 63-65). La misma fortuna correrían el Realismo y el Naturalismo: el Realismo, por retratar con hiperfidelidad a sus personajes, de tal manera que el avaro se convierte en un ser detestable, sin conflictos en su psique, con un marbete anquilosado por la sociedad que no le permitiría ser el pícaro, ni el ingenuo, ni el bondadoso. (El Realismo hace caricaturas que cumplen un objetivo en la urdimbre narrativa; su “conflicto no se libra dentro del personaje sino entre dos personajes, o más que representan tan distintos sectores de la población”⁷); el Naturalismo, por su meta cuasicientífica de explorar los escondrijos animales de la mente humana dentro una sociedad que determina al hombre inevitablemente, hacia temas sórdidos como el alcoholismo y la prostitución, no aptos para las buenas conciencias.

La situación no podía ser tan tajante. El siglo XIX mexicano abrevó de todas las corrientes literarias, sí caóticamente –en muchos casos, ni siquiera con la mínima eficacia novelística–⁸ pero con profusión. Sin embargo, me parece significativo traer a

⁶ Luis de la Rosa, “Utilidad de la literatura”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*; pp. 87-101

⁷ Seymour Menton, *El cuento hispanoamericano*, p. 56

⁸ La novela por entregas es un claro ejemplo: “produjo varias narraciones monstruosas que encadenan acción con acción mientras así lo desea el autor”. Brushwood no deja bien parado a Manuel Payno, representante de este estilo, y delezna uno de sus mamotretos: “No tiene caso leer *El fistol del diablo* como ejemplo de escribir una novela. Inclusive, en los raros intentos que hizo Payno por dar forma y estilo a su obra, fracasó [...] a menudo es aburrido”, aunque también destaca la autenticidad inconsciente

la palestra estos ensayos, con el fin de destacar la poética que los escritores concebían para la creación literaria en aquellos tiempos: la ética predomina sobre la estética; se erige, así, una estética moral.

Entonces, volviendo al tema que nos atañe, una primera hipótesis del presente trabajo es que el bandido de las novelas de G. Inclán, Payno y Altamirano es un hombre vil –un villano–, puesto a que se desarrolla en un entorno caótico y sin una figura de poder contra la cual se confronte. Sus acciones no adquieren el matiz de justicia, que sí obtienen las de Robin Hood, porque aquél no ha sido despojado ni arrojado de la normalidad por una fuerza despótica: es una especie endémica de México de la segunda mitad del siglo XIX, surgida de los avatares de la historia. Por supuesto, como ya se sugirió, la literatura en aquella época, no se restringe en función de lo meramente estético; si el ideal del hombre del siglo XVI lo delineaba quien escribía versos y lidiaba en el campo de guerra entre el estruendo de los arcabuces y los cañones, análogamente el escritor decimonónico batalla en las páginas para bordar el vacío, así como para convencer, desde el púlpito, a los contrincantes políticos sobre las reformas que beneficiarán al país, según la ideología profesada. En ese sentido, se debe analizar el bandido en cada una de las tres novelas bajo la mirada de que la literatura es “la expresión moral de una sociedad”. No era suficiente, ni siquiera el objetivo, construir personajes con complejidad psicológica o páginas de ilustre artificio narrativo, sino cimentar sobre el pantano el solar de las letras nacionales, que impulsase a México a su debido lugar en el gran concierto de las naciones. Desde esta primera hipótesis propongo:

1.- Bajo la concepción de Eric Hobsbawm sobre el bandolerismo social,⁹ tipificar a los bandidos de las tres novelas. Si es que por nuestro primer supuesto se inquiere que el bandido social no existe en éstas, ¿cómo debemos caracterizarlos entonces? De aquí surge una posible nomenclatura:

de la sociedad que recreó, que se puede explicar “por el enorme interés que sentía el escritor en el perfeccionamiento social”. Véase J.S. Brushwood, *op. cit.*, p. 158.

⁹ El bandolerismo social es un fenómeno universal que se da en las sociedades basadas en la agricultura (economía pastoril inclusive) y que se componen fundamentalmente de campesinos y trabajadores sin tierra, oprimidos y explotados por algún otro: señores, ciudades, gobiernos, legisladores o incluso bancos, se encuentra en una u otra de sus tres formas principales [...] el *ladrón noble* o Robin de los bosques, el luchador perteneciente a una forma de resistencia primitiva o miembro de una guerrilla, al que llamaré *haiduk* y posiblemente también el temido *vengador*. Eric Hobsbawm, *Bandido*; p. 13

a) Bandido villano, en la cual cabría enlistar a Evaristo, Relumbrón, de la novela *Los bandidos del Río Frío*, y al Zarco, de la novela de Ignacio Manuel Altamirano.

b) Bandido héroe, en la cual cabría enlistar a *Astucia*, de la novela de Luis G. Inclán.

2.- Advertir, en su oportunidad, las diferencias en las definiciones propuestas. A su vez, observar en éstas si existe alguna correspondencia con los conceptos de civilización y barbarie, que sin lugar a dudas, forman parte primordial en el discurso de las tres novelas; si es que el bandido villano simboliza a la barbarie, y por su parte el bandido héroe –este término se preferirá en lugar de “bandido social”– representa la civilización. Distinguir las circunstancias que llevaron a los dos tipos de bandidos a la ilegalidad –sean héroes o villanos, no importando el vacío de poder en que se ubican los bandidos, hay que tener en mente el carácter criminal de ambos, y que por tanto, infligieron una ley o norma, cual sea la causa, malvada o virtuosa, por lo que lo hicieron.– Discernir los recorridos narrativos que tanto bandido villano y bandido héroe desarrollan a lo largo de sus historias; si es que el primero sigue un camino errático, y si el segundo dibuja el sendero señalado por Joseph Campbell en su libro *El héroe de las mil caras*:

El héroe inicia su aventura desde el mundo de todos los días hacia la región de prodigios sobrenaturales, enfrenta con fuerzas fabulosas y gana una victoria decisiva; el héroe regresa de su misteriosa aventura con la fuerza de otorgar dones a sus hermanos. Prometeo ascendió a los cielos, robo el fuego de los dioses y descendió.¹⁰

Especificar, si es el caso, las diferencias del único bandido héroe que consideramos (*Astucia*) con la definición del héroe prototípico; matizarlo, e incluso, considerar otra nomenclatura con el fin de caracterizarlo de forma más precisa.

3.- Cuestionarnos la manera en que cada autor retoma al *sui generis* bandido mexicano decimonónico Bajo la atisbada estética moral. ¿Acaso en alguna situación remota se le llega a glorificar? ¿Se le muestra como un ser detestable? ¿Es un predestinado de la sociedad en que se desarrolla o sus acciones son las que sustentan su historia? Analizar una construcción maniquea de la realidad en las novelas –el bandido se encuentra en el

¹⁰ Joseph Campbell; *El héroe de las mil caras*, p. 35

lado opuesto de lo considerado virtuoso, lo cual se muestra con el contrapunto de un personaje de transparente probidad; los secuaces de aquél nunca pasan de ser hombres que ocupan una escala menos en el organigrama criminal.— Por el contrario, indagar el escenario donde se maquina una suerte de derecho consuetudinario, que lejos de ser bueno o malo, sustituye un incipiente y, en ese entonces, apenas debatido apasionadamente, Estado de Derecho. —Aquí, el bandido es parte de una comunidad armoniosa, gracias a que él la organiza y se instituye como una imagen de poder, querida y hasta idolatrada. —

La presente tesis está compuesta por 5 partes, incluida esta introducción. En el primer capítulo, se describe, a grandes rasgos, la situación social y cultural de México en el siglo XIX, así como se da cuenta de la percepción del bandidaje en ese tiempo. En el segundo capítulo, se habla del bandido villano, se le otorgan ciertas características, y se pasa analizar, en tres subtítulos, a los bandidos que se enmarcan, según el criterio establecido (Evaristo, Relumbrón y el Zarco). En el tercer capítulo, se define al bandido héroe, para después analizar, en un subtítulo, al personaje que se encaja bajo estas razones (Astucia). En el último capítulo, se asientan las conclusiones de este trabajo.

1. Mínimo contexto histórico de México del siglo XIX

El siglo XIX mexicano, como se pudo barruntar en la introducción, es una época caótica. A finales de su primer decenio ya se había levantado el padre Hidalgo en armas, al mando de un grupo de hombres apenas armados con sus aperos de trabajo, como trinchas y machetes, en la madrugada de un 15 de septiembre, bajo la consigna de emanciparse de la corona española. Once años después, el ejército trigarante entraba a la capital, previo abrazo de Acatempan entre Vicente Guerrero y Agustín de Iturbide, proclamando la nueva nación que difícilmente llevará consigo el adjetivo de mexicana, si tomamos en cuenta que en el Plan de Iguala se convenía la instauración de una monarquía que debía encabezar un miembro del linaje de Fernando VII, amén de la ambigüedad ideológica y de intereses de la guerra de Independencia: mientras que Miguel Hidalgo se levantó en armas imbuido del Enciclopedismo y las ideas liberales de Rousseau, Diderot, Voltaire y Condorcet, que alzaban en un pedestal los derechos universales del hombre, el indio entraba a pie el 27 de septiembre de 1821 a la ciudad de

México, detrás de los caballos enjaezados de los hombres conspicuos del trigarante. Bien hace notar lo anterior J. S. Brushwood:

La visión del padre Hidalgo fue noble y amplia. Los derechos del hombre debían exigirse y pertenecían a todos los hombres. Probablemente es justo afirmar que para Hidalgo, la circunstancia de la independencia política era secundaria. Y así lo era, en general para los hombres que eran más reformistas que oportunistas [...] La guerra de Independencia en México se libró contra un fondo de confusión política en España. Fuerzas intelectuales semejantes habrían venido actuando en ella y la autoridad española había sido alternadamente liberal y conservadora. El resultado fue trasladar la confusión a México hasta el punto de que tanto liberales y conservadores participaron en el movimiento de independencia. Fue una coalición de intereses políticos lo que determinó finalmente la independencia [...] el indio se retiró a su posición social acostumbrada.¹¹

La idea trascendental de los derechos que naturalmente le pertenecen al hombre según el cura Hidalgo y la retahíla de filósofos que estudió asiduamente, resultan al final, en una suerte de dos idearios que nunca predominaron el uno sobre otro en la configuración del país, hasta el fusilamiento de Maximiliano de Habsburgo y la posterior entrada a la capital del país de Benito Juárez, el 15 de julio de 1867, hecho que también marca el triunfo del ideario de los liberales frente al de los conservadores. Tuvieron que pasar cerca de 46 años para que se estableciera un derrotero más o menos delineado entre los escombros de años y años de guerras. El 9 de agosto del mismo año diría Juárez a Matías Romero: “Vamos bien a pesar de la escasez de recursos y de la grito de los impacientes que quieren que todos quede arreglado en un día”. La escasez de recursos no fue el mayor problema. La extensión del territorio no equivalía a la poca población que habría después de las epidemias, el hambre, las intervenciones extranjeras y la guerra civil. Así el mítico cuerno de la abundancia, que según *El Monitor Republicano*, periódico de gran envergadura del siglo XIX, sostendría a “cien millones de almas opíparamente”, carecía de mano de trasiego –y no hablar de la falta de inversión– para que pudiera ser usufructuada a las anchas del pueblo mexicano. Se contabilizaban en el territorio nacional cerca de 8 millones habitantes, de los cuales 2 millones estaban en edad curtida para el trabajo. Otro dato desolador para el triunfo de la República: 6 millones de personas vivían en poblaciones incomunicadas, fuera de

¹¹ J. S. Brushwood, *op. cit.*, págs. 145-46

toda red social, a la venia de dios, desperdigados en las zonas campestres, muchas de ellas conservando las costumbres de los pueblos precolombinos.

Sólo había un trabajador para cada 100 hectáreas de tierra. Y la gente crecía con lentitud desesperante; tenía el doble campeonato de natalidad y mortalidad. Era un país de mujeres perpetuamente cargadas, muy paridoras y poco capaces de hacer crecer a sus criaturas [...] En breve, la población era escasa, rústica, dispersa, sucia, pobre, estancada, enferma, mal comida, bravucona, heterogénea, ignorante y xenófoba.¹²

Los que en 1821 entraron descalzos a una capital siempre propicia para las entradas triunfantes de cualquiera, para los años sesenta del siglo XIX se habían reunido en células incivilizadas, aisladas una de otra, sin algún compromiso con los derechos y responsabilidades estipuladas en la constitución de 1857;¹³ a los hombres despojados de sus derechos fundamentales en la Colonia, ahora se habían convertido en una carga para el Estado, ya que, aunado a sus carencias, habría que sumar un nuevo rasgo que los alejaba todavía más del orden y el progreso: el enraizamiento de la violencia. Las labores beligerantes fueron para ellos un *modus vivendi* por muchos años, una cultura de la sangre que no les permitía el trasiego que ennoblece en los tiempos de paz. La era de la Reforma no les significaba una oportunidad de vida, sino un panorama desconocido y serenamente hostil. Al ser arrojados del ejército liberal –que se redujo por decreto juarista de 80 mil hombres a 20 mil¹⁴– puesto que el mantenimiento de la milicia ya no era el objeto principal del Estado, los rústicos encuentran cobijo ya sea en el bandidaje, ya en el permanente azuzamiento del espíritu bélico, levantándose bajo el lema de autonomía de sus comunidades, en contra del gobierno, en favor del sublevado conservador que no se daba por vencido, guerreando sin saber que el Segundo Imperio había sido derrotado: preparados para lo que se necesite o para lo que sea; sentimiento no de identidad patriótica o de honesta rebeldía; sentimiento de almas que nacieron

¹² Luis González; “El liberalismo triunfante”, en *Historia General de México*, p. 914

¹³ John W. Foster, ministro norteamericano en México durante el Porfiriato, diagnosticará certeramente el problema de la incivilidad de estos sectores: "era imposible inducir a un indio (la inmensa mayoría de la población es de esa raza) a dirigirse a la casilla electoral a menos de tenerlo atado fuertemente con una sogá al cuello". Véase Raquel Velasco; *El cauteloso Nervo*; p.118

¹⁴ Tal decreto se dictaminó el 23 de julio de 1867 y repartía a los 20 mil soldados en 5 divisiones: la occidental comandada por Ramón Corona; la del sur, por Juan Álvarez; la del norte, por Mariano Escobedo; la del Valle, por Nicolás Régules; y la de oriente, por Porfirio Díaz, cuyos bonos rebosaron en los límites del encomio, al sitiar la Ciudad de México exitosamente y asimismo conseguir la rendición del último reducto de resistencia del Imperio de Maximiliano, el 20 de junio de 1867, para que en consecuencia, él y unos 25 mil hombres pisaran la capital victoriosamente. (Véase Luis González, *op. cit.*; págs. 899-901)

antes del *fiat lux* y que no pueden vivir en paz; sentimiento de “las bolas” que bien describirá Emilio Rabasa en sus novelas. La clase más desprotegida, que en teoría de los liberales iba a restituírsele de todo aquello que naturalmente merece, fue la más renuente a asimilarse al nuevo orden. Bajo esta situación sombría, los grandes cambios estructurales eran imposibles. Por ejemplo, aunque la desamortización de los predios cultivables de la Iglesia se había realizado antes de la promulgación de la Carta Magna de 1857, la República obtuvo poco provecho. Los parvifundios, con los cuales pretendían asumir al indio como un productor individual, capaz de solventarse con una parcela las necesidades básicas, se quedaron en meras buenas intenciones, ya que éste era un pez pequeño que más temprano que tarde, sería avasallado por los grandes tiburones latifundistas, quienes un día le prestaban dinero generosamente, al otro se cobraba con la parcela del minifundista –El mismo liberal por antonomasia, Ignacio Ramírez, ante tal circunstancia, pide a sus cofrades en el gobierno el fin de la parcelación–. Y esto con los que poseían tierras: tres cuartas partes de la población carecía de ella. “[...] hubo particulares que contaban con ocho o más haciendas, entre las cuales había lagunas con 200 o 300 leguas cuadradas de extensión, de las cuales sólo se cultivaba una pequeña parte”.¹⁵ En efecto, la improductividad de los recursos de la tierra mexicana y la falta de inversión ocasionaron que Benito Juárez estableciera diversas concesiones para la entrada de capital extranjero con el fin de explotar el cuerno de la abundancia mexicana. Sin embargo, tanto Europa como Norteamérica no confiaban en la incipiente República que era vista como un lugar fuera de la ley, donde más que obtener ganancias, encontrarían una tumba segura. Si es cierto que en el periodo que empieza en 1867 y que termina en 1876, las personas de aquellos territorios que ingresaron en la nación se cuentan en 7 millares, también podemos asegurar que su llegada fue por fines rapaces y no productivos: por ejemplo, los 480 extranjeros que poblaron California se dedicaron en “rapar” las tierras de orchilla y liquen tintóreo, materiales hartamente apreciados por productores británicos de casimir.¹⁶

En materia de educación la cuestión no fue menos compleja. A pesar de una miríada de leyes a favor de su mejoramiento,¹⁷ lo cierto es que la alfabetización implicó

¹⁵ Manuel González Ramírez, *La Revolución Social de México: El Problema Agrario*, T. III, p. 25

¹⁶ Luis González, *op. cit.*; p. 920

¹⁷ La constitución del 57 declara la enseñanza libre; la ley de 15 de abril de 1861 ratifica la anterior y la hace gratuita; la ley de Martínez de Castro, promulgada el 2 de diciembre de 1867, para los distritos y territorios federales hizo obligatorio el aprendizaje de las primeras letras y dio a la enseñanza en su

una aventura utópica que cubría medianamente los centros urbanos y que acaso miró de soslayo las zonas rurales, cuyo único problema no sólo se observa en la disgregación espacial con respecto a las ciudades; el lenguaje constituía una brecha abismal. Por sí, la transculturación de los pueblos prehispánicos constituyó una problemática compleja,¹⁸ se cuenta con que las comunidades no se reducían a los dígitos de las manos: existían decenas de grupos de hombres, cada cual con una cosmogonía y con un sistema lingüístico desconocido en el mayor de los casos. Rafael Pérez Gay notará que, para 1865, de los ocho millones setecientos mil habitantes, el 38% de la población mexicana eran indios; añadirá más tarde: “tal y como apunta Luis González y González: más de un tercio de lo que se llamaban mexicanos vivían fuera de la mexicanidad”.¹⁹ Habría que precisar que “al menos” un tercio de mexicanos, ya que, si contabilizamos a algo más de 40% de mestizos que en su mayoría tampoco profesaban “la mexicanidad”, que uno de cada diez habitantes del territorio mexicano sabía leer y escribir en español, pues la situación lucía aún más desoladora.²⁰ No cabe duda que el mayor logro durante este tiempo fue la vida cultural²¹ que sucedía en las tertulias, en las reuniones estrictamente literarias, en los periódicos, en las revistas; lejos de un carácter bohemio indiferente y esteta, la vida cultural de la segunda mitad del siglo XIX viene a ser de donde surgen las grandes discusiones en aras de la conformación de la identidad nacional. El arte no meramente por el arte; no un abarcar el mundo mediante un rayo de lucidez metafísica; arte moral que funja como piedra fundacional de una civilización.

conjunto un matiz positivista; la ley de 15 de mayo de 1869, que puso más empeño en el mejoramiento de la primera enseñanza; otras tantas, en diversos estados, henchidos de las nociones gratuitas, obligatorias, laicas, patrióticas y científicas de la escuela primaria federal. (Véase *ibid.*; p. 923)

¹⁸ La parcelación de las tierras comunales fue uno de los esfuerzos para impulsar al indio a los tiempos modernos, económica y culturalmente hablando; sin embargo, ya aludida la problemática de la voracidad del latifundista, habría que añadir que las costumbres de los indios estaban muy alejadas del pequeño productor de las ideas liberales; difícilmente, el rústico se podría plantear un plan de largo plazo, más allá de la sustentación de las necesidades básicas. Manuel Payno retrata en *Los bandidos del Río Frío* la vida de los indios en los suelos agrícolas: en el mayor de los casos se trata de comunidades peregrinas que se avecinan en las zonas montañosas y boscosas más alejadas y recónditas y que sólo vuelven a deambular en temporadas de siembra, yendo de hacienda a hacienda, hasta que son requeridos por algún terrateniente, por un periodo de entre 4 y 6 meses. Véase Manuel Payno; *Los bandidos del Río Frío*; págs. 249-50.

¹⁹ Rafael Pérez Gay “Avanzaba el siglo por su vida” en *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*; p. 81

²⁰ La distribución de la población no varió tanto en la segunda mitad del siglo XIX: en un censo de 1910, de los 15 160 000 habitantes que había, 37 % eran indios, 43 %, mestizos y el resto, blancos. Véase Emilio Barrasa “El pueblo” en *Retratos y Estudios*; p. 88

²¹ Aparte de la vida cultural hay que destacar también un par de logros del gobierno liberal. Uno: la reducción de la deuda externa que tras varias maniobras del ministro de hacienda pública, José María Iglesias, pasó de 450 millones de pesos a 84 millones –Véase *ibid.*; p. 919–. Dos: el nacimiento de sociedades laborales, entre ellas el Gran Círculo de Obreros de México, de orientación socialista; es de estas asociaciones donde brota el germen del posterior movimiento armado de 1910 –Véase *ibid.*; p. 921–

Podemos sugerir que tal es el objeto de los escritores de ese periodo, la poética decimonónica después de la consumación de la independencia, incluso, de 9 años antes, si tomamos en cuenta la aparición del *El Pensador Mexicano*, de José Joaquín Fernández de Lizardi, publicado entre 1812 y 1814.

Aunque en Lizardi no existe aún una idea de lo nacional, debemos admitir la plena conciencia de formar, si no a un “mexicano”, sí a un ciudadano de sanas costumbres que bien se comporte en cualquier parte del mundo: “os amonesto no confundáis la libertad con el desorden, el desprecio y la inurbanidad; respetad las autoridades constituidas y el sacerdocio, sin tributarles adulaciones perniciosas y demostraciones serviles”.²²

El Pensador Mexicano de Fernández de Lizardi es una de las primeras muestras de las función que cumplía el periódico en el siglo en cuestión; era el medio por donde se difundían, se discutían, se discernían las ideas en boga; donde se presentaban las corrientes artísticas extranjeras, y se publicaban nuevos autores; fue un espacio de perenne e intensa vivificación de la cultura. Dos de los más importantes son *El siglo XIX* y *El Monitor Republicano*, de corte liberal,²³ los cuales fueron testigos apasionados de más de la segunda mitad del siglo XIX, hasta su desaparición en 1898. Opuestos a la concepción de la labor periodística de *El imparcial* de Reyes Spíndola quien a decir de José Emilio Pacheco, “importa vicios y virtudes de los diarios americanos impresos en papel amarillo”²⁴ y que de hecho, configura los decires y los venires del periódico moderno desde 1896, la estructuración editorial de estos dos periódicos ponía, en primer lugar, la opinión de los más insignes personajes de la época sobre los eventos cotidianos que las mismos eventos. A continuación una descripción más pormenorizada:

Las noticias ocupaban lugar secundario y espacio reducido, ya que la información más bien se confiaba a extensas crónicas de acontecimientos políticos, parlamentarias, extranjeras y de varia divagación, que se alternaban. Se insertaban informaciones comerciales, de transportes y económicas y se publicaban documentos oficiales. Los anuncios mercantiles

²² José Joaquín Fernández de Lizardi; “Antorcha del soberano congreso y moldes de las leyes” en *Obras XI-Folletos*; p. 534

²³ No había pasado ni un mes de reinstaurada la República, *El Monitor* ya exigía: “Haced efectiva la Constitución. Estableced la hacienda. Organizad la instrucción pública. Reformad el ejército. Emprended mejoras materiales”. Por su parte, *El siglo XIX* sentenciaba la convocatoria a elecciones, para desvanecer las facultades extraordinarias del poder ejecutivo y así acabar con la dictadura. Véase, Luis González; *op. cit.*; p. 901

²⁴ José Emilio Pacheco; “Introducción” en *Antología del Modernismo*; p. XLIV

ocupaban muy corto espacio. A menudo y en lugares preferentes, aparecían poemas, cuentos, estudios históricos y científicos, artículos misceláneos y cuadros de costumbres y, casi regularmente, en la parte baja del periódico, en el “folletón”, se publicaban por entregas libros, lo mismo que autores nacionales que extranjeros.²⁵

Esta disposición editorial maximizó las posibilidades de debate entre los personajes más lúcidos de la época, además de ofrecer la oportunidad de reflexionar, al paso, sobre las cuestiones más importantes del país: La labor periodística, entonces, aterrizaba en territorios no explorados después del siglo XIX: en vez de ser el autoproclamado partero de la historia, un fotógrafo de cuadros objetivos, el periodista del siglo XIX era quien diagnosticaba la realidad; un pintor que dispone de matices insospechados en el poliedro del tiempo. Y es que podríamos aseverar que el periódico de esta época se ajusta más en los términos de una gaceta cultural, que leía asiduamente la alcurnia letrada de algunas ciudades. Aparte de la ciudad de México, Jalisco, Yucatán, Puebla y Michoacán se sumaron a la vanguardia de las discusiones intelectuales, no sólo con la aparición de periódicos, sino con la organización de asociaciones literarias, que publicaban los escritos leídos durante sus veladas en revistas, a semejanza de la notable Academia de Letrán, que sacó a la luz *El Año Nuevo*, o el nombrado de marras, Ateneo mexicano, precedido por el Conde de la Cortina, de cuyos encuentros colegimos varios discursos sobre la actitud del escritor ante los retos de la nación mexicana. Tales son los casos de la Sociedad de Amigos impulsada por Justo Sierra O'Reilly y su revista *El Registro Yucateco* y la Academia de Ciencias y Literatura y su publicación *El mosaico*, procedentes de Yucatán; o la Falange del Estudio de Guadalajara, cuyas lecturas fueron compiladas en *El Ensayo Literario*.²⁶

Sin soslayar la importancia de cada una de las publicaciones, me parece importante subrayar la importancia de *El Renacimiento*, auspiciado por Ignacio Manuel Altamirano. Aparecida en enero de 1869, y que permanece en circulación cerca de un año, es la primera revista posterior al triunfo de la Reforma, por lo que su rol fue primordial, no únicamente por las razones aludidas que tuvo la prensa decimonónica. *El Renacimiento* cumplió un papel conciliador entre fuerzas liberales y conservadoras. Así

²⁵ José Luis Martínez; “México en busca de su expresión” en *Historia general de México*; págs. 1044-45

²⁶ Véase José Luis Martínez; *ibidem*; p.1043. En el mismo artículo, se hace una lista, si bien sucinta, muy significativa de las revistas subsidiadas por la iniciativa de un editor, como fue el caso de Mariano R. Galván, tío de el escritor Rodríguez Galván, mismo que hiciera el célebre *Calendario Galván*

como escribieron en ella Montes de Oca y Roa Bárcena, lo hicieron “El Nigromante” y Guillermo Prieto; de la misma manera que Roa Bárcena traduce a Víctor Hugo, Ignacio Mariscal realiza la traducción de *El cuervo*, primera que se hace de algún escrito de Edgar Allan Poe en Iberoamérica. Prepondera la labor literaria y artística sobre todas las cosas. Asimismo, Altamirano encuentra la oportunidad de ahora sí, maquinando un discurso en pos de una literatura nacional. Ésta debe procurar el retrato de las selvas, del hombre rústico, de los colores abigarrados, del temperamento de nuestra realidad, del espíritu del pueblo; de esta manera, resultaba ridícula la pretensión de imitar pretéritos europeos en la figuras de los caballeros de la Época Medieval, en este país “no hay más que las ruinas de los teocallis o las pirámides de los aztecas, o de los palacios de los toltecas, y donde no ha habido más cruzadas que contra indios, ni más recuerdos caballerescos que la rapacidad de los antiguos encomenderos”.²⁷ Al igual que Altamirano apela al pasado para la construcción del devenir de las letras nacionales, reconoce ciertos sonidos y ciertos temas que le son más que propios a lo que se designará con el nombre de mexicano, tal y como lo dilucidará, años después, T.S. Elliot en su ensayo *La función social de la poesía*, donde señalará que, en efecto, añadido a su aspecto puramente estético, la poesía, la literatura en general, es una especie de caja de resonancias en la cual se registra el sonido de cada nación: la literatura revela la realidad. Es por eso que en la construcción de la literatura nacional, no se debe delezñar la integración de voces de origen diferente a la lengua española. La cuestión es enriquecerlo, sin mancillar el tuétano del idioma. “Los pueblos americanos tuvieron su lengua, después tuvieron sus libertades, y sus instituciones políticas, luego tuvieron su literatura. Asumieron su derecho en materia de nacionalidad y pudieron asumirlo en materia de idioma”.²⁸ Sin embargo, para Altamirano, la literatura funcionará en otra vía: revela y moldea, instruye al rústico para convertirlo en ciudadano. Se establece aquí que el plan nacionalista se convierte en una utopía: el salvaje no quería ser redimido. Si bien hubo en *El Renacimiento* como en toda la prensa decimonónica, una voluntad de escritura diáfana dirigida no únicamente al lector especializado, permanecía la brecha cultural, social y económica entre la idea de nación y estas comunidades que no veían más allá de sus costumbres acendradas desde hace más de 300 años.

²⁷ Ignacio Manuel Altamirano; “Carta a una poetisa”, en *La misión del escritor*; p. 237

²⁸ José Luis Martínez; *ibid*; p. 1056

1.1. El bandidaje histórico o el viejo dicho de “no robar una miseria”

El diagnóstico fatalista del buen salvaje surge con los escritores de finales del siglo XIX, ya imbuidos de la nueva concepción artística que significaba el Modernismo, si bien los conservadores lo apuntalaban desde sus trincheras moderadamente, a lo largo de la segunda mitad de la centuria.²⁹ Por ejemplo, Luis G. Urbina escribe sin recovecos eufemísticos, con una acerba transparencia: “En los campos, el hombre no sabe todavía lo que ha hecho la civilización. Vive en su vida prehistórica de labrador indígena [...] no piensa, no desea, no ambiciona”. Más adelante añadirá: “Y yo me quedo pensando: Todo movimiento de protesta en México será por algún tiempo artificial y frustráneo. Derramará sangre, pero no beneficios”.³⁰ Por su parte, Amado Nervo declarará con pesimismo y congoja, a un interlocutor positivo: “Cree usted que nuestro pueblo es ilustrado, y por Dios y mi tizona que desearía yo creerlo a mi vez, pero me rindo ante la evidencia. Nuestro pueblo no es más que una masa de estupidez humana [...] Duélome, sí, y no culpo a las masas de su estulticia y su ignorancia [...] ¿Qué culpa tienen ellas de que la escuela no haya podido llevar a la luz divina hasta los más apartados rincones de la república?”³¹ En el albor del siglo XX, época en que G. Urbina escribe las crónicas de *Psiquis enferma*, -título que evoca el psicoanálisis y que, de hecho, se acerca por medio del ejercicio periodístico, a una caracterización de lo acendradamente mexicano,³² la instrucción generalizada de los pueblos disgregados estaba lejos de cumplirse, a pesar que la voluntad del quehacer de los intelectuales había puesto como bandera del progreso y del orden a la educación. El plan de los liberales había fracasado. Incluso, en las zonas urbanas los sectores de bajo poder adquisitivo se apoltronaban en la sima de los vicios. G. Urbina, que bien se le podría obsequiar el mote de “liberal decimonónico desencantado”, por su ideario roto y su forma de escribir, dice que la juventud mexicana de aquellos tiempos “tira del lado de la prostitución, como si los niños naciesen ya dañados y estuviesen fatalmente conformados para vivir una abreviada vida de excesos y de abusos”. El estado de ánimo de los escritores modernistas, al discurrir sobre el

²⁹ Recordar la discusión entre Francisco G. Cosmes y Justo Sierra entablada en el periódico positivista en 1883, acerca de la educación; mientras que éste alegaba que las deficiencias de los pueblos disgregados podían ser modificables, aquél sentenciaba que “a causa del hermetismo fundamental del indio” la instrucción total de la República sería más que imposible. Véase Christopher Conway “El aparecido azteca: Ignacio Manuel Altamirano en el necronacionalismo mexicano” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*; p. 129

³⁰ Luis Gonzaga Urbina, “Los contagios malsanos” en *Crónicas*, p. 82

³¹ Amado Nervo, “Los poetas mexicanos y el pueblo”, en *Obras Completas*; p. 621

³² Baste reconocer el concepto de “soledad” como parte del inconsciente mexicano en la crónica “Una ciudad triste y un pueblo enfermo”, : “Nos creemos libres en la soledad de nuestra casa, como un primitivo en la soledad de su bosque” Luis Gonzaga Urbina, *ibid.*, p. 163

proyecto de la educación en México, era pesimista, ya que sumado al carácter del salvaje inmodificado e inmodificable, el mexicano urbano y pobre cercano a los núcleos culturales del país tampoco se distinguía como un hombre civilizado. La raza mexicana estaba maldecida para no brotar como gran nación, presionada por un lastre de costumbres, insertadas en alguna parte de su inconsciente.

Hasta aquí hemos esgrimido una suerte de ensayo naturalista de la sociedad mexicana decimonónica, en el cual parece ser que los hombres de poder son estadistas de incorruptible moral y de siempre buenas intenciones, aseveración, si no matizada aún, sí falsa. Asumiendo que la novela es, aunque no solamente, un documento donde se esboza la historia, clara demostración de lo anterior lo leemos en la novela de Luis G. Inclán, *Astucia*. El planteamiento de ésta está centrado en la imposibilidad de un Estado de derecho que establezca los mínimos cánones para la civilidad; es más, el gobierno se erige como el crimen mismo: encarcela injustamente, so pretexto de no pagar los impuestos que le fueron incrementados de la noche a la mañana, a Lorenzo, hombre pacífico y redimido, que en su adolescencia fue un pendenciero. De esta manera, *Astucia*, otrora Lorenzo, y los Hermanos de la Hoja, con el lema “una para todos y todos para uno”, se convierten en traficantes de tabaco, para luego ser bandidos que protegen a los pobres campesinos. G. Inclán estructura dos realidades sociales de organización: una infuncional y corrupta, que viene a ser el gobierno; otra, eficaz y bien intencionada, representada por el bandidaje: un retruécano narrativo que involucra una crítica al orden medio establecido. Ciertamente, después del Imperio de Agustín de Iturbide, los varios gobernantes que desfilaron por el siglo XIX en México, tomaron decisiones justificadas –acertadas u oligofrénicas– en la construcción de la nueva nación independiente. Son ejemplares, al respecto, los impuestos estrambóticos de Santa Anna cobrados por animales domésticos o los préstamos forzosos suscritos en contra de los particulares y departamentos, que fueron despilfarrados por “Su Alteza Serenísima” en magnos festejos, como aquél hecho a su pie desmembrado, que le valió el siguiente cuarteto a “Su Extravagantísima”:

Cayó Santa Anna y su fe,
y cayó el desventurado
porque estaba mal parado
solamente sobre un pie³³

³³ Josefina Zoraida Vázquez, “Los primeros tropiezos” en *Historia General de México* .; p. 799

A la guisa de la misma irracionalidad, Santa Anna tenía entre sus allegados al coronel Juan Yáñez, denominado como “asistente militar” de aquél y que según Robert Duclas en su libro *Les bandits de Río Frío. Politique et littérature à travers l’oeuvre de Manuel Payno*, es representado en *Los bandidos del Río Frío* por el mismísimo “Relumbrón”³⁴, que dirá sin remordimientos “La ocasión hace al ladrón”. (BRF, p. 509). Juan Antonio Rosado hará notar que Juan Yáñez ya apresado en 1835, también estaba implicado en el asesinato del entonces cónsul de Suiza, cometido por dos ex-tenientes, lo que supone “primero, que Yáñez no fue el único oficial que cometió crímenes y, segundo, que su influencia y complicidad continuaban vivas después de su arresto”.³⁵ En el mismo sentido, Enrique González Pedrero escribirá sobre los tiempos de Santa Anna y su identificación en el tiempo de *Los Bandidos*: “Una relectura de Payno puede convenir para descender a la dimensión de farsa que le dio Santa Anna a la política y, en consecuencia, a la historia de su época”.³⁶ Por su lado, Benito Juárez, con el fin de conseguir sus triunfos militares en contra de los conservadores y de los franceses, enroló a bandidos de la calaña más vil. Mariano Azuela menciona al cruel bandido que atemorizaba al estado de Jalisco Antonio Rojas, del cual dice que “tuvo la buena suerte de morir peleando contra los invasores franceses”, porque así se le otorgó un cariz de gloriosa notoriedad. Altamirano reprueba en *El Zarco* el reclutamiento de tales hombres y lo considera como “un error lamentable y vergonzoso...”.³⁷ Juárez intenta remediar el problema y primeramente funda la Fuerza de Policía Rural de México, con base en ex-guerrilleros, y otros bandidos. Nueve años después, un bienio posterior de la entrada a la capital del ejército de los liberales, se publica la ley del 13 de abril, en la cual se dejaba en los manos de los aprehensores, cualquier civil común y corriente, en plena libertad de portar armas, el destino de los salteadores. A pesar de las multas impuestas a quienes no cumplían con la nueva ley, la red social forjada por los bandidos era de tejido fino y estrecho;³⁸ difícilmente fueron denunciados o perseguidos. Tanto gobernantes como proscritos, sociedad entera, son renuevos crecidos que se dan en la ciénaga. Aquí cabría preguntar: ¿existen esas figuras míticas que roban a los ricos para robárselos a los pobres en el México del siglo XIX? En 1888, aparece en los obituarios de los triunfos

³⁴ Juan Antonio Rosado; *Bandidos, Héroes y Corruptos o Nunca Es Bueno Robar Una Miseria*, p. 32

³⁵ Juan Antonio Rosado, *ibid*; p. 33

³⁶ Enrique González Pedrero, País de un solo hombre: el México de Santa Anna, Vol. I: La ronda de los contrarios, pp. XLII-XLII, citado por Juan Antonio Rosado, *ibid.*; p. 29

³⁷ *Íbid.*; p. 37

³⁸ Ma. Laura Solares Robles, *op. cit.*, págs. 27-33

porfiristas el nombre de Heraclio Bernal, cuya insigne efigie le hizo merecedor de estos versos al morir:

Qué bonito era Bernal
en su caballo joyero.
Él no robaba a los pobres
antes les daba dinero.
Vuela, vuela palomita
vuela hacia el nogal
ya están los caminos solos:
ya mataron a Bernal.
Vuela, vuela palomita
vuela, vuela hacia el olivo
que hasta Porfirio Díaz
lo quería conocer vivo³⁹.

Heraclio Bernal, “el Rayo de Sinaloa”, enloqueció a los generales Ángel Martínez y Domingo Rubí en los estados de Durango, Sinaloa, Jalisco y Nayarit, con un grupo de 200 bandidos de gran fama popular, tal y como lo confirma el periódico *El lunes* del 8 de febrero de 1886: “audaz y perfectamente conocedor del terreno, ha podido permanecer sobre el teatro de los crímenes; últimamente al frente de doscientos bandoleros, asaltó una negociación minera, recogiendo una regular cantidad de armas de repetición, con las cuales armó a sus bandidos [...]”⁴⁰ En plena paz porfirista, no eran permisibles esas trifulcas aisladas. Así que se ofreció por la vida de aquél 10 mil pesos. Cuenta la leyenda, discrepante con el informe oficial que decía que fue muerto por los militares, que Heraclio, al saberse con una enfermedad irremediable, le pidió a su compadre Crispín que lo matara para “que no se le fuera a ir los diez mil pesos ofrecidos por los guaches”. Al fin, Crispín fue quien llevo a la milicia hasta la cueva donde yacía el cadáver.

El caso de Heraclio Bernal responde a un perfil psicológico muy diferente al bandido caótico y salvaje. Constancio B. de Quiroz sugiere sobre este punto que los factores endógenos, que son aquellos que definen la constitución, el temperamento y el carácter del bandido, predominan sobre los factores exógenos, que son los referidos sobre el ambiente social en que crece éste, en los tiempos pacíficos y de estabilidad⁴¹. De esta manera, podemos deducir que la aparición de figuras como Heraclio Bernal es consecuencia de la paz porfirista, donde si bien los grandes problemas de segregación

³⁹ Luis González; *op. cit.*; p. 953

⁴⁰ Ma. Laura Solares Robles, *op. cit.*, p. 110

⁴¹ Constancio B. de Quiroz, *El Bandolerismo en España y en México*; p. 284

social, económica y social no habían sido resueltos, el orden y el progreso de oropel hacían posible avizorar un destino, más allá del predestino fatal.⁴² El bandido social surge en tiempos de más o menos estabilidad, al contrario del bandidaje que brota de la consumación de la independencia al advenimiento al poder del general Díaz. En efecto, éste, mediante el análisis de Hobsbawn, apela a una red compleja de acontecimientos, donde no tiene lugar la ética de la acción o el plan político:

En estas transformaciones de la sociedad, ¿qué papel desempeñaban los bandidos, si es que desempeñan alguno? En tanto que individuos, no se trata tanto de rebeldes sociales o políticos, ni mucho menos de revolucionarios, como de campesinos que se niegan a someterse y al hacerlo se ponen en cabeza de sus compañeros, o incluso más simplemente de hombres que se encuentran excluidos de la trayectoria normal de su gente y que, por tanto, se ven forzados a quedar fuera de la ley y a caer en la “delincuencia”. En conjunto, son poco más que los síntomas de crisis y tensión en su sociedad: del hambre, la peste, la guerra o cualquier otra cosa que la distorsione.⁴³

La mayoría de los bandidos históricos de la segunda mitad del siglo XIX guardan más semejanzas con los revolucionarios descritos por Mariano Azuela en *Los de abajo*, quienes se distinguen por emociones primitivas, animalescas, hombres que son arrastrados por la vorágine de la Revolución, como los bandidos de las novelas de Altamirano, Inclán y Payno. Viene al caso recordar la escena donde la Codorniz, mujer que sigue a Demetrio Macías en “su bola”, deshoja una edición añosa de la *Divina Comedia*, durante el saqueo de una casa de adinerados, al arbitrio de una estética rupestre: “Ésta me cuadra y me la llevo” [refiriéndose a una página ilustrada con una mujer “encuerada” del libro escrito por Dante]; o, en la misma casa, a Pancrancio quemando libros, aparentemente sin algún fin o beneficio, por pura piromanía, y a Luis Cervantes, el letrado entre la plebe, que resumirá que “la psicología de nuestra raza, [está] condensada en dos palabras: ¡robar, matar!”⁴⁴ Más que bandido, es una especie de

⁴² Resaltemos que Heraclio Bernal, a los 16 años, toma parte en las elecciones a Gobernador de Sinaloa, en apoyo de Eustaquio Buelna, de la mano de su padre, lo cual no lo conduce a una carrera política, pero sí lo embiste de cierta conciencia de los problemas de su sociedad y posteriormente le confiere una ideología que lo convierte en bandido generoso.

⁴³ Eric Hobsbawn; *op. cit.*; p. 22

⁴⁴ Cabe destacar la caracterización que Azuela construye sobre la figura de Francisco Villa que “es la reencarnación de la vieja leyenda, el bandido-providencia, que pasa por el mundo con la antorcha luminosa de un ideal: ¡robar a los ricos para hacer ricos a los pobres! Y los pobres le forjan una leyenda que el tiempo se encargará de embellecer [...]” Véase Mariano Azuela; *Los de abajo*, p. 68. Sin lugar a dudas, podríamos establecer vasos comunicantes entre Emilio Barrasa y Mariano Azuela en una narrativa finisecular crítica del buen salvaje, del incivilizado, que confluye paralela a una novelística comprometida

mercenario que establece imbricaciones sociales según su conveniencia entre otros grupos, con el objetivo de solventar sus necesidades inmediatas: comer, “robar, matar”; es hijo del caos.

Así, Manuel Payno, en sus *Retratos históricos*, testimonia una de las fechorías del bandido Sebastián Aguirre, que salteaba las carretelas que pasaban por el camino que va del Molino de Soria a Celaya. Una de sus víctimas fue, ni más ni menos, que Ignacio Comonfort. El 26 de octubre de 1863, tras ser nombrado, diez días antes, como el general en jefe del ejército liberal que combatiría a las fuerzas intervencionistas en franca desventaja, Comonfort empezó un viaje de reclutamiento y reunión de caudal financiero desde Querétaro hasta Celaya, lugar al cual no llega. El 13 de noviembre, cuando arriba al molino de Soria, toda su comitiva esperaba que pernoctaran allí. Empero, la decisión fue otra y temeraria: tomarían camino rumbo a Celaya al atardecer, aún a sabiendas de los peligros que acechaban. La poca paciencia de Comonfort provocó que su carro fuera emboscado por los salteadores dirigidos por Aguirre, quienes acabaron con las escoltas del general rápidamente, ante la sorpresiva acometida. Comonfort recibió primero un machetazo que le dividió el carrillo. Luego, Sebastián Aguirre se encargó de asestarle el golpe final, una lanzada que le dividió el corazón.⁴⁵

Empujando las manecillas del reloj hacia la derecha, hasta el caótico 1856, cuando las iglesias de todo el país posicionaban sus armas en ristre, en contra de la desamortización de sus bienes, un hecho salta a la vista, al menos por su vinculación con futuros planes de los conservadores: 30 bandidos entran y saquean la hacienda de San Vicente en Chinconcuac de propiedad de Pío Bermejillo. El saldo es rojo: cinco españoles fueron asesinados, entre ellos el hermano y el sobrino del susodicho.⁴⁶ Este acontecimiento abrió una rotura más del plan de los liberales, por donde Almonte y Miramón, conservadores de cepa, observaron una oportunidad para disminuir aún más la sublevación en contra del Segundo Imperio. Fue el 26 de septiembre de 1859, en París, donde el enviado de Isabel II, Alejandro Mon y Juan N. Almonte firman un tratado en el cual se acuerda pagar indemnizaciones considerables a los españoles que

con las ideas liberales, representada por Payno y Altamirano y, en menor medida, por G. Inclán, que aún es evocadora del indio que se supera, a pesar de las adversidades, desde una concepción plenamente romántica, cuyo mayor ejemplo, es el mismo Altamirano. Véase en Christopher Conway, *ibid.*, los diversos discursos en conmemoración a su fallecimiento.

⁴⁵ Manuel Payno; *Retratos históricos*, págs. 284-285

⁴⁶ Lilia Díaz; “El liberalismo militante” en *op. cit.*, p. 839

sufrieron la ignominia del bandidaje en San Vicente; aprovechando la ocasión, también se restablece un tratado por el cual Santa Anna pagaba ciertos créditos a españoles que habían sufrido desmanes ocasionados por la intervención estadounidense, mediante bonos otorgados en una convención. Comonfort, al asumir el poder, tuvo que suspender el pago de estos créditos, puesto que varios de éstos habían sido concedidos fraudulentamente; es decir, una miríada de gachupines olfateó ganancias, sin ser verdaderamente afectados. En suma, lo que buscaban Almonte y Miramón era el reconocimiento diplomático de la corona española al Imperio mexicano. El tratado Mon-Almonte nunca fue reconocido por nadie.⁴⁷

Entre los años 1854 y 1873, en los estados de Jalisco y Nayarit, se erige como gran figura el bandido Manuel Lozada, “el Tigre de Alica”. Aunque de dientes para fuera propugnaba por “religión y fueros”, en septiembre de 1857,⁴⁸ lo cierto es que era un rico cacique, cuyo poder no fue desbaratado ni por Juárez, ni por Lerdo de Tejada. Alfonso Reyes hará notar sus fechorías: “Antes de arrojarlos a los precipicios, desollaba a sus prisioneros las plantas de los pies y los hacía caminar sobre las peñas, o los ataba a los árboles para que sus montañeses ejercitaran en ellos su puntería”.⁴⁹ Bernardo Reyes lo capturó y lo llevó al fusilamiento, apoyado en la ley del 13 de abril de 1869, aunque la turba de delincuentes encabezada por Lozada se dispersó por todo el país. De una u otra forma, el bandidaje persistió en todo el Siglo XIX.⁵⁰ Altamirano, Inclán y Payno son espectadores vívidos de esta situación, y la aprehenden en sus novelas, en una forma de cuestionarse que salió mal y de especular que caminos tuvieron que seguirse para que México no se convirtiese en “esas ruinas que ves”. Sus novelas son testimonios del fracaso del proyecto civilizador.

2. Los bandidos villanos

2.1. Algunas consideraciones sobre la definición de villano

Según el diccionario de la Real Academia Española, la voz “villano” es un adjetivo que define a una persona “ruin e indigna”; así también hace las funciones de un sustantivo que significa: “personaje malvado que suele ser el antagonista del héroe en las obras

⁴⁷ Lilia Díaz, *ibid.*, p. 847

⁴⁸ Ma. Laura Solares escribe sobre “el Tigre de Alica”: “muestra como un bandido común puede incorporarse a la lucha social de grupos con un objetivo concreto: devolverle la tierra a los campesinos” Aseveración, como observaremos, totalmente falsa

⁴⁹ Alfonso Reyes “La sombra de Lozada” en Parentalia. Obras Completas, XXIV; p. 435

⁵⁰ Juan Antonio Rosado, *ibid.*; p. 40

literarias [...]”. No debemos olvidar el origen de esta palabra, consignada igualmente en el diccionario de la RAE: “Habitante plebeyo de la villa o de la aldea”. Obtenemos así tres conclusiones: primera: el villano representa la antítesis del héroe; segunda: el villano es un hombre de un estrato social bajo, del lumpen, dentro de un sistema social, por lo cual se le llega a considerar como rústico o salvaje –“descortés” en un sentido que lo anteponía a las Cortes del medioevo, donde se practicaban los más finos modales;– tercera: el villano es lo contrario a lo razonablemente bueno y al sentido común. En una escala más o menos matizada de valores, el villano se ubicaría en el extremo oscuro. ¿Qué representaría esto? Si es que la figura del héroe (la cual será analizada más adelante) es un viaje circular en sentido contrario a las manecillas del reloj, con el fin de concluir un ciclo, el villano no prefigura algún camino, una forma geométrica regular, para la consecución de sus objetivos; ni siquiera los posee. Su andar por lo que Claudio Magris llamará “la marcha de la Historia” es errático. Si alguna imagen retrata con mayor precisión esto, hallamos de nueva cuenta en *Los de abajo* algunas líneas propicias para dicha empresa: el villano, semejante a la figura del revolucionario, “es la miserable hoja seca arrebatada por el vendaval”.⁵¹ Ahora bien, desde esta perspectiva, la valoración de los actos ruines de un villano nos encauzan a pensar no en una malicia perversa, que implica un razonamiento que todo lo ve; por el contrario: el villano carece de sentido común; es profundamente antisocial; su astucia es más parecida a la de un animal que a la de un hombre, con el cual experimenta una nula empatía. Abusando de la nomenclatura psicológica, podemos diagnosticar al villano como un sociópata, que en parte lo condiciona su estado natural –su genética-, en parte funciona conforme al ambiente en donde le toca subsistir. Naturalmente disgregado, vive en aislamiento, estableciendo lazos pragmáticos de sobrevivencia, y no aquellos que apelen a lazos fraternales. Por decirlo de alguna manera, piensa animalmente guiado más por el instinto que por la razón. Su origen es muchas veces desconocido, a lo menos, trágico y aciago. Son hijos de hombres y mujeres de perniciosa condición –alcohólicos, asesinos, prostitutas-, que lo dejan, en múltiples ocasiones, en la orfandad. Sin lugar a dudas, todo lo anterior nos lleva a *La novela experimental* de Émile Zola, que a su vez fue inspirada por *l’Introduction à l’étude de la médecine expérimentale* de Claude Bernard: se sabe el por qué de las acciones del sujeto de experimentación, subvenido por “propiedades fisicoquímicas constantes” y por “el medio exterior”. Lo que

⁵¹ Mariano Azuela, *op. cit.*; p. 63

el experimentador procura, previa y concienzuda observación sobre la funcionalidad de los hombres dentro de un sistema social, así como un médico conoce los órganos del cuerpo humano, es el “cómo” se comporta cada individuo en el imbricado tejido social.

Esto es lo que constituye la novela experimental: poseer el mecanismo de los fenómenos en el hombre, demostrar los resortes de las manifestaciones intelectuales y sensuales como nos los explicará la fisiología, bajo las influencias de la herencia y de las circunstancias ambientales, después de mostrar al hombre vivo en el medio social que él mismo ha producido, que modifica cada día y en el seno del cual manifiesta, a su vez, una transformación continua.⁵²

Así, recurrimos a una de las hipótesis del presente trabajo y deducimos, en primer instancia, que, en efecto, el tipo de bandido que se establecerá, en su mayoría, en *Los Bandidos del Río Frío y el Zarco*, es ése que llamaremos “bandido villano”, debido a las ya esbozadas condiciones de la República y el perfil inferido del mexicano disgregado por sus costumbres (el caso de *Astucia* es, como veremos, diferente, a causa de que en esta novela los bandidos construyen una suerte de pacto social erigido sobre el caos del país, lo cual es opuesto a lo que escribirán Payno y Altamirano). El escritor, el científico, aprehenderá al objeto de su estudio, situado en los ejemplares endémicos de su hábitat, lanzará hipótesis sobre los hombres que habitan la tierra mexicana, sobre sus raíces y sus acciones, y no de otra manera que atente con las premisas del método científico. Sin embargo, habrá que demostrarlo más certera y concretamente, por medio del análisis de los bandidos literarios del siglo XIX mexicano, que según mi hipótesis, encajarían en esta definición: Evaristo, Relumbrón y el Zarco.

2.2. Evaristo o el bandido que pudo ser un salvaje honrado

2.2.1. Origen de Evaristo

Utilizando una fórmula de deslustrosa usanza, Evaristo es un personaje complejo: pasa de ser un hábil artesano refunfuñón, quejumbroso, con cierto complejo de inferioridad, para convertirse en un bandido hosco y salvaje que tomará a Cecilia, la frutera, ya sea por plena voluntad de ella o ya sea por fuerza bruta. Quizá la mejor caracterización que se haga de este personaje es la escrita por el propio Manuel Payno, que nos dice sobre Evaristo que “es mixtura malsana del indio humilde y sagaz y del español altivo y

⁵² Émile Zola, *La novela experimental*; p. 2, citado por Alfredo Arnaud, *Los bandidos de Río Frío: una ruta negada a la emancipación social y afectiva*; p. 143

ambicioso; había sacado únicamente las malas cualidades de las dos razas.” No se arredra a una competencia de brutalidad ante hombres bien armados, aunque derramaba “lágrimas de niño”, ante la preeminencia de los peligros del monte, como coyotes hambrientos, alacranes y el cascabeleo de las serpientes; todo aquello que retumba en la “imponente soledad” de las montañas (BRF, pp. 251-52)⁵³. Más hombre bestia que presiente alguna hecatombe natural que *homo sapiens*; más cercano a los micos que reconocen una estructura vertical, en virtud de la ley del más fuerte; Evaristo enfrenta y vence a los que puede, al igual que se planta de hinojos ante su superior. Tal cuestión se puede admirar en la relación establecida entre él y el conde de Sauz. Por ejemplo, en el capítulo “El Aprendiz”, se narra la escena donde éste llega de la nada, a pedirle a aquél en su taller de carpintería, la creación de un “mascarón feo y deforme” que se asemejara a esas caras antiguas de “guerreros de Flandes”. “Evaristo, altanero y soberbio con sus iguales, callaba y bajaba la cabeza, subyugado por las miradas del conde”. (BRF, p. 78). Como ya admitimos, la actitud del carpintero no se basaba en una simple valoración física de superioridad –El hombre “hecho adrede para habitar una mansión señorial” que apocaba al de “baja ralea”–. Su caso se explica por un presentimiento metafísico, sensorial, rupestre, que le permite darse cuenta del solar antiquísimo de Juan Robreño niño: “Juan clavó sus ojos negros y feroces en el maestro, y éste sin saberlo por qué, no pudo sostener la mirada [...]” (BRF, p. 84).

Sin lugar a dudas, las características aludidas para Evaristo en esta primera página están supeditadas a su origen; y no tendríamos que avocarnos únicamente a sus acciones desde el nacimiento; habrá que remontarnos a esa “mixtura malsana”, de siglos tras siglos auestas, que lo hacen actuar casi irremediamente de una forma y no de otra. Ese condicionamiento histórico, que le indica alternadamente, que es un indio –no precisamente de la estirpe de Moctezuma y de Cuauhtémoc– y un español, que de no ser un bribón iniciado en las artes picarescas, se enorgullecía de un abolengo de dudosa procedencia, o en el mejor de los casos, de un título nobiliario que si acaso le servía para lucirlo entre los habitantes de la Colonia. (Véase BRF, p. 84) Manuel Payno, en una de sus acostumbradas digresiones, menciona a “este respeto tradicional, antiguo, inexplicable” que a su consideración “es la causa de las conquistas y forma la gloria de

⁵³ A partir de este momento, al referirse a fragmentos de las novelas cuyos personajes se analizarán, éstos se citarán dentro del cuerpo del texto, entre paréntesis, poniendo primero el título de la novela, luego las páginas citadas. Los títulos de las novelas responderán a la siguiente nomenclatura: *Los bandidos de Río Frio*= BRF; *El Zarco*= Z; *Astucia*=A.

los conquistadores”, que “mantiene monarquías y conduce a César antes de morir”.
Añade que

Las jóvenes y turbulentas repúblicas hispanoamericanas, progresistas y ambiciosas del bien y de las grandezas, adoptando en el acto cuanto tienen de grande y de vital las ciencias, la ingeniería, la literatura y la inteligencia humana en todo su admirable desarrollo, no se han podido sacudir de esa tradición. Unas están sujetas todavía a la política de la Iglesia, otras tienen en su seno un grupo poderoso de ricos egoístas y de pretendientes de nobleza [...] Hay en este cuadro severo y moralmente oscuro y triste, una luz que lejos de extinguirse brilla más viva y espléndida a la medida que pasan los años: *La República de los Estados Unidos*. (BRF, p. 79)

A Payno le llama la atención el prototipo de los ciudadanos norteamericanos por su perpetua aspiración a los mayores puestos, por “su independencia personal y de constante y atrevido trabajo”, cualidades que se acentúan debido a que ellos nunca agachan la cabeza. Si creemos en las palabras de Enrico Mario Santí sobre *El laberinto de la soledad*, Evaristo encajaría dentro del perfil prototípico del “héroe agachado” al igual que el pachuco y el pelado, figuras que se avizoran en las postrimerías del siglo xx, y que repiten ciertos patrones de conductas, que los atan obsesiva y dañinamente al pasado y a la historia.⁵⁴ Sin embargo, estas coincidencias son interiores que no con su ambiente: mientras que el pachuco y el pelado se establecen en un entorno de orden, por el que son vistos como agentes caóticos y de absurda rebeldía, como “héroes” de ciertos sectores disgregados, Evaristo, el tornero, convive en una trama social disforme, ubicada entre dos siglos: un pasado que se encarama en el presente y un presente con un lastre secular que hace andar lento a México hacia el gran concierto de las naciones, del que tan sólo oye un eco.

Estas reflexiones ya son perseguidas por Payno en su novela *El hombre de la situación*, en la cual el novelista rastrea la estirpe de tres generaciones de “Fulgencios”, y cae en la cuenta que nada más y nada menos, ésta se remonta varios siglos atrás, en el Imperio Romano, en la imagen de Julio César, “célebre capitán, un elocuente orador y un gran calavera”. Y no pararán ahí las raíces del árbol genético. El tío Fulgencio era descendiente directo de Adán, y “no del Adán de los anticuarios de donde proceden los indígenas, ni el Adán negro de donde proceden los esclavos [...], sino de un Adán

⁵⁴ Véase Enrico Mario Santí “Introducción”, en *El laberinto de la soledad*, p. 73-75

andaluz, más guapo, más valiente, más noble que cuantos adanes han dado origen al resto humano del género humano”.⁵⁵

Como bien apuntará Jorge Ruedas de Serna, en lúcido opúsculo, en *El hombre de la situación*, Payno esboza lo que más tarde será el estudio naturalista de las diversas capas sociales en *Los bandidos de Río Frío*, lejos de los excesos románticos de *El Fistol del diablo*. De esta manera, no resultará disparatado que el tío Fulgencio busque su solar en los recónditos espacios de la historia occidental, con el fin de solventar una nobleza de oropel, en una sociedad donde la mayoría eran o indios de la peor calaña, o tunantes pícaros de origen andaluz, “corroídos por una ambición sin límites”, o “esa mixtura malsana” a la cual pertenecerá Evaristo. “Era la historia con su falta de congruencia y de sentido común, a la que debía servir de marco a la ficción”,⁵⁶ y la ficción de *Los bandidos* se lleva a cabo en la caótica sociedad mexicana del siglo XIX. Más que surgir de las condiciones más infortunadas y adversas, de donde seguramente surgirá un ser despiadado, Evaristo es el hombre de la situación. Es así como su origen *post natum* se registrará hasta su muerte. No de otra manera, participa en un ritual social, en el cual no sólo son arrojados él y Juan Robreño hijo por sus progenitores, sino que la mayoría de los jóvenes mexicanos en el siglo XIX: el ser arrancado del hogar primero a muy temprana edad, para ser entregado con un tutor, quien será un hombre experimentado en su oficio, y quien también se convertirá en segunda figura paterna. Tanto Juan Robreño hijo como Evaristo, gracias a una especie de código de usos y costumbres, son separados del seno materno de donde mamaron la primera savia; se quedan en la orfandad. Los derroteros que recorrerá Juan Robreño hijo, a partir de ser despojado de su herencia, son los de la virtud y la redención. El caso de Evaristo es muy diferente. No extraña que Manuel Payno advierta al lector sobre el tipo de hombre que describirá: “Los personajes de importancia y calificados de gente decente, los presentaremos al lector, y a los de baja ralea los dejaremos un poco aparte, aunque haciendo conocer sus antecedentes, o al menos, los rasgos más notables de su vida. A esta última categoría pertenece Evaristo, el tornero” (BRF, p. 54). De su familia sabemos muy poco. El narrador hace una descripción breve de su padre, Evaristo Leucona, que fungía como guarda de la Aduana de México, lo cual le permite hacerse de la confianza del director

⁵⁵ Manuel Payno *El hombre de la situación*; p. 4

⁵⁶ Cfr. con Jorge Ruedas de la Serna “Estudio crítico” en *El hombre de la situación*; Alfaguara, 2002; p. 239

de Rentas, que a su vez, conocía a “alguien” que practicaba los oficios de tornero y carpintero; es éste, de quien conocemos cosa menos que su nombre, que tomará al futuro salteador del Río Frío bajo su tutela. Sólo un registro de amor fraternal y salvaje podemos rastrear en Evaristo Leucona, cuando al entregarlo, “como todos los aprendices es necesario que lo sean”, a su mentor, sentencia: “–Que mi hijo aprenda oficio y que sepa ganar su vida, eso sí –dijo al maestro –; pero al que le toque el pelo de la ropa le parto la cabeza con este sable.” (BRF, p. 54). Al seguir con la lógica de una herencia maldita, cabe destacar el hecho de que ese sable, como símbolo de estafeta generacional, Leucona se lo “lleva a la gloria”. A diferencia de lo que pasará con Lorenzo Cabello, el personaje principal de la novela de Luis G. Inclán, quien recibe de su padre las armas que utilizó en la insurgencia independentista, a manera de continuación de la historia del solar de los Cabello, Leucona dilapida en la eternidad su apellido, el cual nunca recibirá su hijo evidentemente en la novela. Para el lector y para Manuel Payno siempre se hablará de Evaristo el tornero. Así, los lazos afectivos y de aprendizaje del solar *post natum* de Evaristo se soslayan por parte novelista, como si éstos no pudieran influir en lo que el nonato absorbió en el vientre de la madre –la cual, por cierto, deducimos que existe, a razón de una lógica evolutiva que nos dice que una madre nos pare, “nos da a luz”, puesto que tampoco se menciona explícitamente en la trama de *Los bandidos*.– La oscuridad en cuanto a la historia de sus progenitores provoca que los siglos de estratificación social preponderen sobre el tornero. Así Evaristo asumirá la faz del lépero que como Arnaud Bobadilla consignará, se trata de “un individuo que debía confrontar día a día una condición que conlleva la triple humillación de ser mestizo o ladino, pobre y repudiado”.⁵⁷

Evaristo no tarda en mostrar el cobre de su raza a la muerte de su padre, por el cual no discierne pena alguna. Ya que su mentor lo corre “de puntitas y a la calle”, el director de Rentas –quien de cierto sólo nos enteramos sobre su empleo, sus paseos por las calzadas en su “grande caballo colorado” y sobre “las conversaciones familiares” con Leucona y nada más– lo pone bajo su cuidado, no obstante, por un corto tiempo: al mes de estar en la casa del director, como el joven de los mandados, ya se había inmiscuido con las criadas del lugar, lo cual remató con robarse y empinarse el vino de su nuevo mentor, tras una trifulca entre la servidumbre. De aquí eclosiona una escena de

⁵⁷ Alfredo Arnaud Bobadilla, *op. cit.*; p. 186

violencia, con cierto matiz chusco, que se establece como un ritual que invoca las fuerzas del caos, en donde Evaristo es “iniciado” por un torrente de escobazos, propinados por una cocinera vieja, que al observar la conducta del joven en la casa, provocan en ella una profunda animadversión y enemistad hacia él. La señora no hace otra cosa que presentir la oscuridad antes del *fiat lux*, que es personificada por el tornero y que amenaza el orden en la casa de su patrón; actúa de la manera más sensata: quiere quebrar el caos y lanzarlo lo más lejos posible de ahí. Pero Evaristo despierta “más que simpatías” en una camarera; así que ésta funge como su defensora y azota “en las espaldas de la cocinera una sarta de chorizos de Toluca”. La escena se efectuará, entonces, en una natural demostración de la ley causa-efecto:

El criado antiguo se aprovechó, tomando la defensa del honor de la casa, para aplastar un queso fresco de la casa, en la cara de la doncella y llevarse los demás; los dos gatos de la casa se sacaron entre tanto el asado que estaba ya dispuesto y el perro ladraba a todo el grupo. (BRF, p. 55)

Si asumimos a los ritos como actos simbólicos, los cuales significan en una profundidad creadora, que refundan al mundo con una noción de orden y claridad,⁵⁸ esta escena es todo lo contrario. Ahí todo sucede por efecto brutal de las circunstancias. La coloratura se torna abigarrada. Existe una vorágine de olores, sabores, sonidos, animales, personajes que representan la nueva y la vieja edad, que se fundirían, al son del ladrido del perro que sustituye adecuadamente la música de los coros celestiales, hasta convertirse en manchones de luz, de no ser por la entrada del director de Rentas “con un tomo de leyes en la mano y su anteojos en la otra”, a la cocina; como si ese tomo de leyes fuera *La Santa Biblia*, Evaristo, como alma que esfumase el diablo, desaparece. Él había sido bautizado por los miasmas de la servidumbre y la cocina, para así reconocer y accionar su condición “malsana”. “La fuerza que lo organiza y que lo mueve es la fatalidad”,⁵⁹ como todos los estratos sociales que se engranan en esta novela; como la sociedad de la que Manuel Payno muestra su aciago diagnóstico. La narrativa de México del siglo XIX está impregnada de fatalidad. Cada uno de sus actores son polichinelas movidos por los hilos del drama, “ya que hacer de la vida un drama y

⁵⁸ “Para vivir en el mundo hay que fundarlo y ningún mundo puede nacer en el caos [...]” Véase Mircea Eliade *Lo sagrado y lo profano*; p. 26

⁵⁹ José Luis Martínez, *La expresión nacional*; p. 275

del drama vida” es unas de los *modus vivendi* heredados de la Colonia.⁶⁰ Tras este incidente Evaristo, el tornero, cede su paso a Evaristo, el hombre de “la mixtura malsana”:

La vida se presentó a Evaristo risueña como nunca, pasó sus diecinueve años como ni príncipe ni duque los han pasado mejor [...] Un día era un pleito con un carnicero y se ponían bombos a trompones; otra noche era de palos con los tacos de la sala de billar; sin contar con las tardes que se unían, de dos a tres, salían a darse de pedradas en la plazuela de San Pablo [...] Siempre tenía un brazo envuelto en un pañuelo colorado o un ojo morado [...] En todas ocasiones no dejaba de hacer malos conocimientos con ladronzuelos [...] Cuando caía en la cárcel, sentenciado a uno o dos meses los ratos que no jugaba a la baraja los dedicaba a labrar [...] una figurita [de madera] tan acabada que [...] con esto adquiría cierto respeto y consideración. La figurita iba a dar a la mujer o la querida del alcalde y a veces a la familia del mismo gobernador, lo que valía el salir realmente cuando se le daba la gana, sin cumplir su condena (BRF, p. 55)

Este párrafo nos habla con mayor meticulosidad acerca de Evaristo más que en las anteriores páginas, donde se nos describe sucintamente a su familia y a sus mentores. Se nos destaca el hábil artesano, que se moviliza entre los escondrijos del incipiente Estado y de sus leyes, gracias a su don, al igual que se muestra que tampoco la autoridad ofrece la mínima resistencia para que Evaristo transite de la libertad a la prisión y viceversa. Podemos acudir a la vieja premisa que habla sobre la bondad intrínseca del hombre y el carácter pernicioso de la sociedad, y que el individuo, al crecer, se comportará según las posibilidades y los límites de su ambiente. El hijo de Leucona, entonces, está doblemente condenado. Por un lado, la sociedad lo predestina a que sea un hombre concupiscente. Por el otro, el apellido de su padre nunca le perteneció. Su origen está vacío de trascendencia familiar e histórica; sólo posee las circunstancias que edifican su sórdido presente. A este respecto, la valoración difusa de su parentela no proviene de una economía novelística que apela a que el lector del género folletinesco -ávido de lo grotesco y de los episodios de nota roja- no se aburra. La razón de esta práctica la hallamos en el inconsciente del discurso y se alude en la oración de marras “a los de baja ralea los dejaremos aparte”.

⁶⁰ Véase María Teresa Solórzano Ponce “Manuel Payno y el hombre de la situación” en *op. cit.*; p. 203. En este artículo se cita a Irving Leonard La época barroca en el México colonial, F.C.E., México; p. 174: “Si esto es verdad en la Vieja España... lo fue aún más en la Nueva España... Si la Madre Patria estaba fatalmente entregado a hacer de la vida un drama, sus posesiones lejanas y protegidas, que reposaban en relativa paz en el orden establecido, se sintieron impelidos a encontrar con el drama recreativo una manera de vivir más punzante”

Evaristo es el disgregado, el lépero histórico; según el entramado narrativo de Manuel Payno, Evaristo es un personaje de la vida nacional decimonónica que se debe erradicar sin contemplaciones, el que debe estar aparte de la sociedad civilizada, puesto que carece de progenitores con una historia diferente a la habitual que filtre y que se encumbre sobre el mamotreto de la biografía mexicana de casi tres siglos, que el futuro saltador de caminos, inexorablemente, lleva a cuestras. A consecuencia de la condición errática que proviene de su genética, su recorrido por la vida no describe un trazo geométrico, a comparación del que procede de un héroe fundacional. Si Juan Robreño hijo representa “la nueva conciencia nacional”, como lo afirma Margo Glantz,⁶¹ Evaristo se constituye en el estado primigenio antes de la consciencia; un agente del desorden. De esta manera, se instaura una dicotomía entre barbarie y civilización que denotará Manuel Payno en el prólogo de *Los bandidos*: “Este ensayo de novela naturalista [...] dará a conocer cómo, sin apercibirse de ello, dominan años y años a una sociedad costumbres y prácticas nocivas, y con cuanto trabajo se va saliendo de esa especie de barbarie [...] La civilización, de que todavía está por desgracia muy distante del mundo todo, es una luz difícil de penetrar [...]” (BRF, p. xv).⁶²

Manuel Payno, un afable anciano de espíritu que “rebosaba ilusiones y abrigaba proyectos literarios”- palabras de Luis González Obregón- guardando distancias temporales y espaciales, se dará cuenta en la vieja Europa, en sus años de peregrinaje por Santander, Barcelona y París, que el proyecto civilizador no se alcanzaba de una vez por todas, sino día a día y eternamente, porque los hombres como Evaristo sólo se les desaparecerá al final de la novela; persistirán y vivirán endémicamente, con o sin paz ordenadora.

2.2.2. Pasión y conveniencia: Las relaciones interpersonales de Evaristo

Se ha escrito ya sobre la imposibilidad de relaciones personales estrechas entre el bandido villano y la sociedad, y del cariz utilitario que éstas adquieren, en un sentido maquiavélico. Evaristo se engasta en las prácticas referidas. La red de indios que se imbrica para hacer las fechorías en Río Frío se sostiene gracias a las ganancias

⁶¹ Margo Glantz, “Huérfanos y bandidos. Los bandidos de Río Frío” en *op. cit.*; p. 223

⁶² Véase Juan Antonio Rosado, *op. cit.*; p. 80. En la misma página, el autor precisa: “Pero si Sarmiento, al igual que Roousset-Boulbon, atribuía la civilización a los europeos [...] Payno fue más realista”.

cuantiosas, que no sólo a Evaristo favorecen, sino a la organización criminal completa; esto sin contabilizar lo obtenido en el Rancho de los Coyotes, por la siembra del maíz y el esquilmo de carbón, lo cual constituye su fachada de hombres honrados. En esta pirámide de tres escalafones, cuya punta es ocupada por Evaristo y el intermedio por Hilario, indio taimado hablante de dos lenguas, la de los civilizados y la de los montaraces, la base está conformada por individuos indistintos, una conglomeración de cabezas, como yunta o manada, que responde al nombre de José y que para bien identificarlas Evaristo, los nombra según su físico y sus aptitudes: “A uno le nombró Grillo; al más oscuro de cara, el pinacate, al que consideró que podía correr más, el Venado; al que tenía una fisonomía astuto, la Zorra, y así a los demás”. (BRF, p. 253). Hilario, alias Gato Montes, puede eludir la nombradía zoológica, ya que su nombre cristiano es particular y se distingue entre los animales de la especie José “humildes, buenos y hasta inocentes en el fondo [...] completamente estúpidos”. Hilario era, efectivamente, un experimentado ladrón, que escapa de la leva y que vivió una larga temporada en paz en las montañas “como caporal de cuadrillas ambulantes”. (BRF, p. 263) Hilario se hace a consecuencia de las circunstancias y encuentra en Evaristo una oportunidad de vivir holgadamente; su servidumbre –su “como su mercé quiera” al jefe de los bandidos- es utilitaria; no engendra ninguna razón de respeto o de apocamiento; como Hilario “hila” los extremos de la pirámide, su presencia en la red criminal es un basamento primordial; es el intérprete, sin quien Evaristo y los indios no se entenderían en un lenguaje inteligible y transparente, tan necesario para la elaboración de planes en el intrincado mundo del bandidaje y la simulación. A fuer de su estrato social, los indios, al fin de cuentas, también buscan su subsistencia, si no perversamente, sí bajo una acto reflejo de un hombre hosco y silvestre. Por ejemplo, uno de los grupos que se alían a Evaristo, los macutenos de Tepetlaxtóc despojan “a un mozo de Coxtitlán de una castaña de vino de Jerez añejo de quesos finos extranjeros, de bizcochos, pan fresco y otras cosas exquisitas [...] Todo eso los tenía locos de contento [...] comenzaron a beber, a reír y a cantar canciones obscenas”.⁶³ (BRF, p.351). Ya sea por motivos

⁶³ Al respecto, Monsiváis esgrime en Payno una suerte de “racismo generacional”: “El desprecio de Payno hacia los indios es de su generación y el de su época, y han de pasar muchos años y, sobre todo, ha de transcurrir el nazismo para que se mitigue públicamente este gozo racista, tan natural” Véase Carlos Monsiváis, “Manuel Payno: México, novela de folletín”, en *op. cit.*; p. 250. Esta noción muy siglo XX contradicen a la retahíla de leyes que propugnaban para la inclusión de los indios durante la segunda mitad del siglo XIX y a la idealización que tenían del buen salvaje como individuo que se puede educar bajo los presupuestos de la civilización. Véase Christopher Conway “El aparecido azteca: Ignacio Manuel Altamirano en el necronacionalismo mexicano” en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, para ver

mundanos y egoístas, ya sea por conductas enquistadas en el inconsciente histórico,⁶⁴ la red criminal de Evaristo no establece empatía con nadie, ni con nada; en tal caso se escinde una brecha abismal entre el bandido mítico, que incluso es idolatrado por llevar al pueblo al que pertenece las bienaventuranzas del orden y del progreso, y Evaristo, que se colude según el provecho ventajoso, con tribus aisladas sin un sentimiento de pertenencia. El bandido para uno, y todos para el bandido: terminantemente, se da la espalda a cualquier forma de comunidad, en virtud de la sobrevivencia individual.

Bajo este distingo que repara únicamente en la conveniencia personal, cabe cuestionar sobre las relaciones de Evaristo con las mujeres, quienes adquieren relevancia capital en la evolución de este personaje; quienes *de facto* fungen en *Los bandidos de Río Frío* como manadoras de la savia nacional, así como símbolos de los estratos de la sociedad mexicana decimonónica, a lo cual Margo

Glantz referirá en su archicitado e ingenioso artículo: en la novela de Manuel Payno se observa a “La mujer, como símbolo, pero no sólo en su especificad de género, sino también en la de clase”.⁶⁵

De esta forma, la mujer desempeñará el papel de matriz de la nación que ocasionará y en el mejor de los casos, revertirá las acciones del salvaje o del civilizado, según los rasgos esenciales de su clase, que potencialmente se externará en sus virtudes y en sus defectos en el futuro hombre arrojado a la comedia humana; si es que la lógica genética no se equivoca, de una salvaje provendrá el salvaje, al igual que de la civilización, la civilización. No obstante, la atención de quien experimenta, el novelista, recaerá en situaciones excepcionales, en los cuales lo uno y otro cohabiten. ¿Qué pasaría si un hombre y una mujer de diferentes estratos sociales se aman y procrean un hijo? ¿Qué si ese hijo se convierte en un expósito, y es criado por una señora de la clase más paupérrima? Así la mujer, a la par de su imagen de engendradora, se convertirá en

un retrato de las percepciones sobre el indio en esta época. Si peca de algo la generación de Manuel Payno es precisamente de su idealismo exacerbado, pero no de racismo.

⁶⁴ “El solitario mexicano ama las fiestas y las reuniones públicas”. Véase Octavio Paz, *El laberinto de la soledad*; p. 183. Luego se complementa el discurso: “En esas ceremonia [...] el mexicano se abre al exterior [...] Durante esos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola al aire. Descarga su alma”

⁶⁵ Margo Glantz, *op. cit.*; p. 229

incitadora del potencial moral, social y cultural del hombre, a raíz del consorte amoroso o pasional. La mujer significa en *Los bandidos*, en su metafórica e histórica existencia. Sin proponérselo, Payno maquila una suerte de alegoría de la mexicana que, sin embargo, es producto de un minucioso trabajo de observación, de ciertos actores en su escenario. Recreación de las circunstancias y no creación. Inequívocamente, la mujer es la causa primera, la piedra fundacional. En su caso, Evaristo vive sus pocos momentos de serenidad, o mejor decir, de dubitación entre su destino fatal y otra vida diferente que lo redima, ora como tornero, ora como hombre de campo, al lado de mujeres que extraen su potencial como hombre civilizado. Casilda y Tules son luces de Santelmo, cuya irradiación le mostrará a aquél un meandro distinto que el de la tormenta y el caos.

Por su parte, Casilda será con quien Evaristo estrechará lazos amorosos con mayor intensidad. Sobrina de la tabernera de un mesón, “se deja robar”, por el tornero, cuya posesión única era “un buen jorongo del Saltillo”, para luego retirarse los dos a San Ángel, tierra edénica que para Federico Gamboa será el lugar donde Santa vivirá “sana, feliz, pura”, despertándose a diario con la luz del “sol madrugador” y el canto del gallo, y que para Manuel Payno representa la guarida de un lépero y de la sobrina de una figonera, a quien el autor pinta como depositaria de los frutos de “nuestro madre Eva”, literal y metafóricamente; lleva en una canasta “peras, perones e higos, cuya sólo vista despertaba el apetito de losa aficionados a los alimentos azucarados”, al igual que deja “ver un pie bien calzado y al andar un par de apetitosos pantorrillas”. El autor remata la descripción con “Además, la frutera quizá era más sabrosa que sus peras y sus higos” (BRF, p. 56). Si Santa es la pureza encarnada, arrojada a la tierra de los condenados, por la cual deambula sin poder revirar al edén, expiando culpas, Casilda es la ostentadora de los placeres de la carne, quien se deja “chulear”, quien anda por las calles con paso incitador; quien “se deja robar”, quien se deja querer bestialmente por Evaristo que “le daba unas cuantas cachetadas hasta ponerle rojos los carrillos, y tantos pellizcos y apretones que siempre tenía los brazos y las piernas salpicadas de las manchas moradas que dejaban los dedos en las carnes de su querida cuando, como es general en nuestros léperos, las acarician de esa manera un poco más que naturalista” (BRF, p. 58).⁶⁶ La frondosa mujer de los estratos más pobres y patibularios cumple una

⁶⁶ Arnaud Bobadilla notará la relación bestial de Casilda y Evaristo y la contrapone a las leyes de las leyes de la civilización: “De manera que los personajes de baja ralea deciden apegarse a las leyes de la naturaleza, más que a las reglas de los hombres y de la Iglesia, con lo cual, incluso las relaciones sexuales

función petrificada de “estar atrás” del hombre que comete el acto valiente de arrebatarla del seno hogareño. No obstante, la situación pasiva de Casilda, ésta ejerce sobre Evaristo cierta fuerza tranquilizadora que lo hace pensar en la vida serena y en la fortaleza de su “matrimonio naturalista”. En primer instancia, las fechorías del tornero se convirtieron en lances minúsculos contra jardines opulentos, de cuyos árboles obtenía fruta o madera para realizar sus pequeñas “obras de arte” que vendía en el Portal de Mercaderes, las calles de Platero y en las Cadenas de la Catedral; luego, tras recibir una herida de parte del jardinero en la huerta del villar, decide “entrar a la buena vida” y se dedica obsesivamente a una magna obra artesanal: la almohadilla de fina y laboriosa taracea. (BRF, p.57). En este tiempo, Evaristo cambia a la fuerza destructiva por la creadora; la almohadilla es el objeto mediante el cual tratará de sortear la escala social, a pesar de su insondable y sinuosa verticalidad. El trabajo ennoblece, y gran parte de la epifanía civilizante de Evaristo se centra en la figura rebosante de Casilda, que mediante el amor le descubre horizontes inexplorados. El concubinato, “el arrejuntamiento”, resulta en una forma *sui generis* de abordar a la civilización, incluso más eficaz que el matrimonio. Como hace notar Rafael Pérez Gay, Payno trata con ironía el asunto, a la sazón de *La fisiología del matrimonio* de Balzac.⁶⁷ Por ejemplo, en un cuento intitulado “El matrimonio” se narra la historia de Leonor y Federico, quienes se aman febrilmente cuando novios y que a los tres meses de casados, ella se convierte en “una joven pálida, con el peinado desaliñado, el túnico roto”, y él en “hombre pobre que [...] se echa encima un quintal de sal y una azumbre de amargura”.⁶⁸ Payno, en su visión más realista sobre la civilización, la cual está “por desgracia muy distante del mundo todo”, interpreta a esta institución de la sociedad como algo empotrado en ideales que se piensan como parusía inamovible e intercambiable que han funcionado con presunta eficacia por cientos de años. El matrimonio, el contrato religioso hecho en la intemporalidad, se incrusta en los hábitos prevalecidos allende los tiempos de la Independencia y de la Reforma, y que, sin duda alguna, no resulta en mejores principios para la sociedad mexicana decimonónica. El autor, de posiciones moderadas, propugna por una suerte –si se me permite el término– de liberalismo moderno y abarcador, que por un lado, negaba que el contrato nupcial institucionalizado fuera la única forma de

toman más un cariz de rito de apareamiento que de acercamiento amoroso” Véase Alfredo Arnaud Bobadilla, *op. cit.*; p. 198.

⁶⁷ Rafael Pérez Gay, “Avanzaba el siglo por su vida Manuel Payno”; *op. cit.* ; p. 181

⁶⁸ Manuel Payno, “El matrimonio”, *Memorias sobre el matrimonio*; p. 19

engendrar la civilización, y que por el otro, incluía a los estratos más bajos en el proyecto de ésta, teniendo como llave de entrada su amor genuino e instintivo.

Ciertamente, la relación más infausta y que encandila a Evaristo al camino de la perdición, es la que comienza en el casamiento de Tules, camarera de Mariana, hija del conde de Sauz. La almohadilla, que aparte de su valor estético, implica un símbolo de una posible buena vida, serenamente vivida, ganada tras el noble trajinar y el sudor de la frente, le abre las puertas de esa clase apoltronada en los títulos nobiliarios polvorientos y de poca valía provenientes de la Colonia. Se confirman aquí dos cosas: uno, la fatalidad del destino de Evaristo se cumple; en lugar de regocijarse en el triunfo de que su pieza fuera admirada y comprada por Mariana, y que fuera considerado por su arte para la elaboración de una escultura de marfil, a fuer de “una obra florentina de la época de Cellini”, éste atina en “echarle un ojo” a Tules, por razones de atracción física, supeditadas, claro está, al interés de las relaciones convenientes que obtendría con la familia de Sauz; de esto se deduce la segunda afirmación: a pesar de sus conspicuas habilidades de artesano, su realidad social le permitirá emparentar con la criada de un conde.

A consecuencia del hallazgo de su nueva mujer, a quien piensa en un momento dado “robársela y después pedir perdón”, Evaristo arguye bravatas, indiferencia y desdén para hartar a Casilda, hasta llegar a la idea de asesinarla: “Le venía a veces la idea de convidarla a bañarse en el río y ahogarla, procurando la manera de que apareciese el suceso como una desgracia imprevista” (BRF, p.70). Los campos hipotéticos se concretan violentamente, cuando Evaristo avienta en la cara de Casilda un mole aguado, única comida que preparó la mujer ante la frugalidad de gasto dado por el tornero en esos meses, amén de propinarle un puñetazo en la nariz. “-Eres un soez malcriado y toda tu generación –gritó Casilda” (BRF, p.72). La generación, esa raza, los léperos que en 1845 Payno describiera como personas a quienes les laten “unos francos y buenos corazones”⁶⁹ no puede reticularse en los planes de la futura sociedad, porque

⁶⁹ Manuel Payno; *El fistol del diablo*; p. 25. Payno exhibe, entonces, un discurso de inclusión: “¿Puede creer nadie, que tenga siquiera sentido común que México llegue a merecer el nombre de país civilizado, mientras los extranjeros que nos observen y visiten no vean al pueblo ocupado, los caminos seguros, la gente aseada y sin esos vicios asquerosos que tanto le degradan? ¿Qué viajero que no sea un filósofo y un hombre profundamente observador, podrá conocer que debajo de la mayor parte de esos sucios y rotos harapos, que medio cubren a la plebe de la república, laten unos francos y buenos corazones, que no

su sitio son los ambientes “naturalistas”, donde codifica certeramente el lenguaje del monte; naturalmente, Evaristo es un disgregado, un pelafustán escardado y despedido a las periferias, lo cual nos remite, por consiguiente, no a una estructura piramidal, sino a una organización de círculos concéntricos, en la cual la onda del progreso se propaga disminuyéndose al infinito, dejando su mayor potencia en la zona del centro, de donde eclosiona; en consecuencia, a las razones antropológicas de aislamiento, debemos sumar leyes de energía y especialidad: Evaristo, cuyo hábitat se halla en las lejanías del centro urbano, jamás se encaramará a un estadio superior, más céntrico, puesto a que la fuerza ordenadora, siempre de adentro hacia fuera, en una sola dirección, lo aborda de manera lábil; la civilización no puede alcanzar al lépero, aún con las mejores intenciones, ni con el amor más trascendental, ni con el arte más pulido; lo repele, en una inevitable casualidad.

Aludiendo a lo anterior, podemos construir una dicotomía: por un lado, Casilda es la mujer “arrajuntada” venida de la barbarie; por otro, Tules la mujer casada, que se establece, en sus posibilidades sociales, en la civilización. Aquélla se desenvuelve en su idilio con el tornero, en la tierra inmaculada de San Ángel; ésta vive un calvario, sufriendo tres caídas en tres diferentes lugares: en la Hacienda de Sauz, en el Mesón de Dimas y en un local de la Estampa de Regina; Casilda es la vivacidad; Tules la mansedumbre; “Polvo, vejez, sueño, inmovilidad, parálisis de las ideas, sentimientos costumbres [...]”,⁷⁰ son palabras que conceptualizan al palacio del conde de Sauz, y que corresponden a Tules, al impregnársele aquel ambiente aciago, y sobre todo, porque lleva en su sangre el polvo antiquísimo, vía su tía Agustina. De nueva cuenta, aparece la predestinación, que se enquista en la piedra de la casa de la calle de don Juan, desde tiempos de la Nueva España: “parecía que siglos enteros habían transcurrido, que los habitantes se habían quedado dormidos durante muchos años en sus recámaras, y el sol mismo, tan espléndido y radiante en México la mayor parte del año, no era bastante para calentar y desterrar el frío de esa casa señorial” (BRF, p. 43).

Tules “es una papa”, porque Agustina lo es; una papa que ha absorbido las malas vibras del polvo y el enfriamiento y queda impávida, ante un albedrío superior del “así

necesitan más que una acertada dirección para encaminarlos al bien y al trabajo?”; *ibídem*; pp. 25-26, citado en Aurelio Reyes “Precisiones sobre *El fistol del diablo* de Manuel Payno; *op. cit.* ; p. 191

⁷⁰ Cfr. Con Miguel Ángel Castro, “De linajes empolvados, bandidos lustrosos, charros desorodizados y rancheros pulquérrimos”; *op. cit.* ; p. 216

debe ser”. En efecto, Tules es una mártir, cuya función permanece en los misteriosos e inescrutables designios de la mente de Dios. Cabe traer a colación a C. S. Lewis, gran exégeta, que escribirá sobre el significado del dolor en la Tierra: “el dolor insiste en ser atendido: Dios nos susurra en nuestros placeres y habla a nuestra conciencia, pero en cambio, grita en nuestros dolores, es el megáfono que Él usa para hacer despertar a un mundo sordo”.⁷¹

El palacio de la calle de don Juan Manuel se erige como magnetófono del dolor, que registra todo aquel aflorado de Mariana y su madre, causado por la vida disoluta de don Diego de Sauz, acatado y absorbido por la servidumbre como acto de fe. Agustina y Tules sufren porque lo hacen sus señoras; dolor que se retribuirá en la vida eterna, y que Tules resentirá con fervor, actuando acorde al plan maestro, soportando los vaivenes de carácter de Evaristo. No por nada, el solar de los de Sauz lo custodia la virgen de las Angustias “con su hijo muerto, descoyuntado y sangriento, que caía de su regazo al suelo, al que con débiles manos trataba de levantar y sostener” (BRF, p.39); lo anterior “remite- señala Margo Glantz- al pasado colonial, al de los ejercicios espirituales, al de la vida conventual, al de la sexualidad reprimida”.⁷² Tules pasa de promesa de la ascensión social, a ser veneno en contra del lépero.

Evaristo repela de Tules después de dos años, debido a que el imaginario cultural y consuetudinario de ésta es como agua bendita que resquema a un demonio; si el libro de leyes lo hizo huir como alma en pena, la mojigatez y la frialdad desatan en él una exacerbada repulsión: se agazapa, acumula su ira deliberadamente, sin saber cuando explotará. Los rituales a los que él frecuenta, nada tienen que ver con el dolor que reconforta de una misa católica; coinciden con fiestas paganas, tales como el San Lunes, donde los movimientos solemnes que transfiguran otro tiempo y otro espacio son suplidos por los excesos, por los contoneos grotescos al ritmo de música lasciva y por los olores sustanciosos de labriego y de fritanga, dispersados por el aire; donde el pulque, la sangre de conejo, hace las veces de vino de consagrar. “San Lunes [ha llegado...] es necesario sacrificarlo todo por este día sagrado que los artesanos mexicanos observan con más exactitud que los musulmanes el Ramadán. Sólo que entre

⁷¹ C. S. Lewis, *El problema del dolor*; p. 93

⁷² Margo Glantz; *op. cit.*; p. 225

los asiáticos es el ayuno, y entre los americanos la hartura, la indigestión y la crápula” (BRF, p. 86).

El sacrificio de Tules representa un fragmento importante en la urdimbre narrativa, en el plan maestro de la novela –el periplo heroico de Juan Robreño hijo–; igualmente, se apuesta en los azares de la historia de Evaristo como coto vital; ya bautizado en los sacramentos del caos, recibida la comunión mediante la sangre de conejo y la fritanga, en la pulquería “Los Pelos”, ejerce su primer ritual como sacerdote de la religión del desorden y de lo pernicioso. Sin lugar a dudas, el tornero, creador de bellísimas artesanías, será un salteador de caminos, como tantos otros que nacen en las periferias de la sociedad. Asimismo, niega de una vez por todas, la posibilidad de pertenecer al centro del progreso. Evaristo pertenece al paisaje agreste y montaraz; amó apasionadamente a Casilda, que al contrario de Tules, se asemeja a los paisajes naturales, abiertos, salvajes, exuberantes, llenos de luz y de calor, pertenecientes a “los desheredados hijos de Eva”; sí, Evaristo amó a Casilda, como no puede ser de otra forma, con ese amor egoísta que glorifica la pasión “de tal forma que hemos llegado a ver en ella una promesa de vida más vivaz, un poder que transfigura lo que está más allá de la felicidad y del sufrimiento: una ardiente beatitud”, como esgrimirá Dennis de Rougemont sobre el amor-pasión.⁷³ Una ardiente beatitud que se esfumó, porque Evaristo, incluso en “el matrimonio naturalista” no halla la absoluta libertad que requiere su condición post-edénica, que se revela en plenitud con el sacrificio de Tules: él es el eterno Adán que probó “las peras, los perones y los higos” de una de las agraciadas hijas de Eva, y, que sin la venia de dios, tendrá que sobrevivir, a pesar y con las circunstancias del mundo. Otra vez evocamos la vieja sentencia de Rosseau: el hombre nace bueno...

2.2.3. Evaristo y la preeminencia de las apariencias

El amor-pasión de Evaristo por Casilda raya en los linderos de la añoranza edénica; al menos eso lo muestra la digresión de Payno, cuando nos ubica en la casa de campo de don Pedro Martín de Olañeta en la calle principal de Chimalistac, cuando el último meandro narrativo por resolver en *Los bandidos* es la imposibilidad de la relación amorosa entre el Marqués de Valle Alegre y Amparo, la hija de de Relumbrón:

⁷³ Dennis de Rougemont; *Amor y occidente*; pp. 15-16

¡Cuántas veces quizá Evaristo escaló la vieja y alta tapia y Casilda lo espero al pie de ella con su rebozo dispuesto a recibir las manzanas y las ciruelas de España que se robaban para ir las a vender los domingos al Portal, dejando ver a muchos marchantes sus pies pequeños y desnudos calzados con el zapatito verde oscuro! (BRF, p. 734)

A pesar que el fatalismo reina en la vida del tornero, que las circunstancias lo condenarán a la tierra de los disgregados, el autor conforma en este fragmento a un individuo no tan nocivo para la sociedad, incluso se le colora de ciertos matices poéticos, junto a Casilda la de los pies bien calzados. Si bien el discurso de *Los bandidos* se plantea la escardadura implacable de aquéllos que no cuadren con los fundamentos de la civilización, Manuel Payno abre un panorama donde el lépero cabe aunque sea en las postrimerías de la sociedad buenamente organizada. Desplazándose del San Ángel edénico e inmaculado al Centro de la ciudad, nunca estableciéndose en éste, Evaristo y Casilda no serían desposeídos; mejor decir, se convertirían en una raza, entre azul y buenas noches, que no comparte los atributos intrínsecos de la clase civilizada, pero que se puede engastar dentro de sus leyes, sin ser desdeñada o castigada de antemano. De hecho, en el episodio de la escabechina en la calle Plateros, donde “el roto” don Carloto denosta y muele a bastonazos a Evaristo, quien tan sólo le quiere vender a un precio digno su almohadilla y que ante las actitudes de aquél, le responde a pedradas, la ley predomina más allá de los estratos y de la preconcepción del gobernador de distrito y jefe de la policía secreta: “¿por qué delitos ha entrado este hombre? Por robo de seguro [...] ratero primero, así son todos, después robos mayores, y al fin el camino real; ésa es su vida” (BRF, p. 66). Previdencia sobre el origen de Evaristo y su potencial criminal, o simple clasismo, lo cierto es que el gobernador “de ideas liberales” hace prevalecer las leyes, por sobre todas las cosas. Don Carloto, el agresor, pagará una multa de doscientos pesos; Evaristo quedará en libertad, ya que “el trabajo de un año no merecía una paliza y además dos días de cárcel”. Ante los reclamos del “roto”, el gobernador espeta:

Es que [...] ustedes porque tienen levita y frac, porque se figuran nobles del tiempo de los virreyes y tienen un carruaje que acaso lo deben a los carroceros se figuran que pueden hacerse justicia por su mano, y esto no ha de ser mientras yo sea gobernador, señor don Carloto; a todos los he de tratar iguales, como dice la ley. Alguna vez ha de ser cierto la verdadera libertad”. (BRF, p. 67)

La fatalidad que rige la historia de Evaristo encuentra un oasis discursivo en este episodio; es que aquí la ley ordena al mundo y la realidad no sucumbe ante los designios del destino; aquí las acciones, más que el origen, causan, significan; son el punto homogenizador que hace a los hombres iguales, frente a la ceguera imparcial de la justicia. El juez, en este caso, incluye al lépero en el plan civilizador, bajo el precepto de igualdad de los hombres, aunque ese plan no adhiere a éste más allá de las periferias, las cuales constituyen los únicos lares en los que puede convivir dentro de la legalidad. A pesar que en las palabras del juez “liberal” se dilucide que el hombre decide su destino, que el hombre vale por lo que hace, el lépero es lépero. En este contexto, la declaración de los derechos universales no adquiere sentido alguno, pues el origen predispone hacia uno u otro lado de la civilización. El lépero, si pretendiese moverse entre los estratos de la sociedad, su *non plus ultra* original sería un cerco fronterizo infranqueable, que sólo lo permitiría desplazarse y descender a la sima de la vida pernicioso; se alejaría de la civilización, para entregarse irremediamente a la barbarie.

De esta forma, Evaristo, en busca de su conveniencia personal, se convierte en bandido, cuando ni su origen, ni su habilidad de artesano le abren la puerta de la ascensión social; cuando ni el amor idílico de Casilda, ni el compromiso nupcial con Tules le granjean alguna retribución. El sacrificio de la católica abnegada, entonces, le representa la iniciación en la ley del monte, que no apela a códigos y estatutos, sino a una suerte de selección natural, en la cual sobrevive el más apto o quien se hace más apto, en un paisaje silvestre vasto en demasía, donde se establecen con su propia ley una infinitud de tribus, con su respectivo hombre alfa. Si como señala Octavio Paz que el sacrificio entrañaba “la salud cósmica” y que “el mundo, y no el individuo, vivía gracias a la sangre y la muerte de los hombres”,⁷⁴ el de Tules entrañaba la salud del país en ciernes, ya que daba a luz al agente antisocial, a la vez que le ponía en la frente la marca del asesino, lo cual le aseguraba de principio el destierro, y en segunda instancia, la persecución permanente que, tarde o temprano, lo despeñará a su funesto fin. El sacrificio confirma el lugar de Evaristo en la cosmovisión decimonónica mexicana: a las afueras del desarrollo, en el paisaje rústico y natural, donde es tan endémico como los peñascos y las breñas; donde el tornero suprime su oficio –y con ello, esa parte de su

⁷⁴ Octavio Paz, *op. cit.*; p. 191

identidad que quizá lo hubiera hecho un hombre honrado— para que Evaristo, el bandido, deambule a sus anchas por el caos silvestre, como hombre de las bestias que se mimetiza en la naturaleza listo para atacar, en pos de la sobrevivencia o por mero placer de la cacería. En términos puramente discursivos, Evaristo es un signo cuyas propiedades no le pertenecen *per se*, sino que éstas se hallan contenidas en la estructura narrativa de *Los bandidos*; existe en ésta un “aroma” que precede a las acciones y emociones de sus personajes, un aroma que se densifica en el escenario novelístico y que constituye el potencial que después dará lugar a las situaciones y a las circunstancias de la narración. En palabras de Greimas y de Fontanille:

[...] se podría decir que este efecto de sentido proviene de una cierta combinación molecular: al no ser propiedad de ninguna molécula en particular, es el resultado de su disposición en conjunto [...] captar globalmente los efectos del sentido como un “aroma” de los dispositivos semionarrativos puestos en discurso es, en cierta forma, reconocer que las pasiones no son propiedades exclusivas de los sujetos (o del sujeto), sino propiedades del discurso entero, y que emanan de las estructuras discursivas como consecuencia de un “estilo semiótico” que puede proyectarse, ya sea sobre los sujetos, ya sea sobre los objetos.⁷⁵

A propósito, cabe traer a colación la descripción que se hace de la pulquería “Los pelos”, donde se lleva acabo el ritual crapuloso del San Lunes:

Al desembocar una calle apartada del centro de la ciudad, llena de hojas y de piedras, y por donde corre un caño de aguas negras y espumosas, formada por uno y otro lado de casas de vecindad, las unas de color de rosa, otras amarillo, otras morado y renegrido, imitación detestable de mármol, pero todo ello viejo, deslavado, cayendo en costras [...] asomándose en los zaguanes chicuelos medios desnudos con las greñas enredadas en fragmentos de pambazo y con bigotes de champurrado o de mole del día anterior, se divisa un gran cobertizo o jacalón con techo de tejamanil, que el tiempo, las aguas y el sol se han encargado de ennegrecer y de imprimirle un aspecto maligno” (BRF, p. 88)

En esta descripción observaremos que antes de la oración principal que remite a la pulquería, el autor nos guía por un panorama poco alentador, pobre, viejo, de densidad parecida al pulque, donde las cosas pareciesen cohesionarse por fuerza de lógamo o de alguna otra sustancia de similar consistencia. Los ambientes aciagos y fatalistas se contienen unos a otros en *Los bandidos*, como muñecas rusas; así que la

⁷⁵ Fontanille, Jacques y Greimas, Algridas J., *Semiótica de las pasiones. De los estados de las cosas a los estados de ánimo.*; p. 21

descomposición de la pulquería “Los pelos”, se entiende como parte de un mayor plano que también adolece de los mismos síntomas. Estamos frente a un mapa donde se rastrea la corrosión de costumbres antiquísimas, que de menos se nos representan con palacios coloniales empolvados, como es el caso de la mansión del Conde Sauz. En efecto, el discurso de la novela de Manuel Payno pone de manifiesto una sociedad que se resquebraja, que luce vieja por todos sus rincones, que se observa desordenada; sin belleza y soez, donde es habitada por la crápula; fría, inmóvil y sin vida, donde se asienta la alcurnia. Evaristo, por tanto, es signado por una geografía que es arrebatada por la marcha de la historia y que no ha sido reforzada en su estructura primordial por la mano del hombre, en largo tiempo; una geografía social que debe ser refundada, porque de su seno no nacen sino pillos, tunantes, simuladores, mentirosos, asesinos, charlatanes y bandidos. Evaristo es un signo, al igual que los niños mugrosos y la pulquería, de un discurso de lo viejo y del desorden; de la civilización y la barbarie. Alan Corbin refiere al respecto:

El juego sutil de las atmósferas individuales, familiares y sociales contribuye a ordenar las relaciones y a regular la repulsión tanto como las afinidades; autoriza la seducción, predispone al placer a los amantes y participa a la vez a delimitar el espacio social [...] la olfacción se encuentra comprometida en el proceso del refinamiento de la división por clases sociales y en las costumbres, que caracterizan al siglo XIX.⁷⁶

El aroma discursivo que tensa y que dirige las acciones de los sujetos hacia un objeto o afecto es, por otra parte, un aroma físico que por sí mismo categoriza e identifica; aplica fuerzas naturales que repelen o atraen, según su efecto; nos traza caminos de las calles paupérrimas y de las grandes avenidas del Centro; discierne a varias leguas a la redonda, lo grotesco de lo que ostenta cierta belleza. El aroma no únicamente confiere su sensación al olfato, sino que también transmite información al tacto, a la vista y al gusto; se erige a la vez que es objeto de olfacción, en la fachada que concreta precisamente el interior de cualquier lugar o cualquier sujeto. La apariencia es la hebra por donde se desovilla la realidad y de la pulquería no puede desovillarse otra que la de la “mixtura malsana” de Evaristo. Por consiguiente, las apariencias, lejos de engañar, revelan patrones de acción; “no eran velos sino guías hacia el auténtico Yo de quien llevaba los trajes, tan indeciblemente significativos”.⁷⁷ Escribiré sobre esto

⁷⁶ Alan Corbin, *El perfume o el miasma*, citado por Miguel Ángel Castro; *op. cit.*; p. 212

⁷⁷ Rafael Gutiérrez Girardot, *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*; p. 101

Gutiérrez Girardot: “Los trajes, la manera de hablar y de comportarse no eran la base de la personalidad, sino la personalidad misma. Era una personalidad alienada que explica la hipocresía de la sociedad burguesa, pero también su fecundia retórica”.⁷⁸

Si bien las apariencias significan en toda plenitud en la configuración de Evaristo –en sí en toda la novela de *Los bandidos*– al mismo tiempo, son un “velo” que cubre las grietas de un sistema de costumbres apolillado en su estructura interna, viejo, oropelado, inútil para fundar en él una República. De otra forma, las apariencias descubren a Evaristo en todo su potencial criminal y desestabilizador, y a su vez, simulan civilización donde se levantan las magnas construcciones coloniales. En resumen, el caos prevalece en todas partes, y si por allí hay visos de lo contrario, nos encontramos frente a una puesta en escena. De ahí que Evaristo sea un bandido que pervierta el orden, en razón que rasgue el velo de la sociedad próspera y evidencie que todos sus miembros departen en la misma podredumbre. “La ropa sucia se lava en casa; vale más que nada se sepa. ¿Qué dirán los extranjeros?”, así se terminará “con mucho silencio [...] con el mismo ritornelo” el chismerío de la gente. (BRF, p. 331). Sin lugar a dudas, la hipocresía formula una serie de presupuestos que encubren la tragedia social, la cual existe, pero ensanchada, reinterpretada, adornada con motivos sensacionalistas. Es así como la “fecundia retórica” de las noticias impresas, y sobre todo, la eficacia comunicativa de los rumores, tendrán un papel preponderante en la arquitectura de la realidad en *Los bandidos*. Por ejemplo, cabe mencionar el episodio del robo a los cantantes de ópera. Tal acontecimiento se expande, a pesar de las circunstancias de lejanía y de falta de instrumentos para la comunicación oportuna. Al respecto, el autor se pregunta: “¿Cómo, sin que hubiese telégrafo eléctrico ni de ninguna clase, se supo el robo al mismo tiempo en México y en Puebla?”. Luego añadirá: “Hasta ahora no se ha podido averiguar, pero así sucedió” (BRF, p. 330). Las versiones de los curiosos poblanos, que esperaban ver a las cantantes italianas “en el traje de nuestra madre Eva [...] espectáculo nunca antes visto en la católica y mística población de los Ángeles”, no se hicieron esperar al ver “las ojeras, el desorden de los cabellos, el mucho polvo en los vestidos [y] la alegría que trataban de aparentar” los europeos:

⁷⁸ *Íbidem*

—No es lo peor el robo sino *lo demás que dicen que pasó* (cursivas mías) ¡Pobres cantantes! ¡Qué apuraciones y qué susto, y que congoja, y la posición comprometida de los maridos y de los parientes o hermanos!

—Más de ochenta ladrones, todos enmascarados, rodearon las diligencias, y, como siempre, la escolta llegó después de buena hora: cuando los ladrones habían saciado sus apetitos y fugádose a sus madrigueras, donde nadie se atreve a atacarlos. (BRF, p. 330)

“Lo demás que dicen que pasó” adquiere veracidad no en consecuencia de una búsqueda del fondo de las cosas; aperece consistencia debido a su propagación masiva: mientras que la especulación popular se esparza con mayor profusión, y con ello, de boca en boca, se encadene una retahíla de intermediaciones entre el acontecimiento real y el acontecimiento recreado, el rumor del rumor se constituirá como la verdad, una verdad que no repara en la indagación de los hechos y que sacia la curiosidad malsana de un público ávido de episodios funestos. Los medios escritos vienen a ser un espejo de “lo demás que dicen”, una versión ficcionalizada de la realidad, la cual es hinchada, mediante los menesteres de la retórica.⁷⁹ En efecto, no tarda la noticia de los cantantes de ópera ni dos horas en saberse en el centro de México y ya “parvadas de muchachos recorrían las calles del Empedradillo, Plateros y los Portales gritando: -La *Noticia Extraordinaria* de ahora. Relación de los robos perpetrados por los bandidos de Río Frío en las personas de los operistas y de las operistas.” (BRF, p. 331). Sobre La *Noticia Extraordinaria* se nos refiere que “era una cuartilla de papel, publicada en la imprenta anónima del Callejón de la Garrapata” y que por medio de ésta todos se enteraron del entuerto “desde niños que entraban o salían de la escuela, hasta los ministros de Estado”, previa recreación del redactor y del impresor que aún pusieron de su cosecha por medio de “cuantos horrores le[s] ocurrieron”. (*Ibidem*). Tal episodio, que según Jaime Delgado de la Universidad de Barcelona, se basa en el asalto a la compañía

⁷⁹ Las noticias sensacionalistas formaron parte capital en los periódicos del siglo XIX en México, gracias a la estructura que destacaba el artículo de opinión y la crónica con tintes literarios, las cuales dejaban de lado la descripción objetiva de los eventos, dado que importaba lo que se decía de ellos y no el hecho en sí. Véase supra p. 12. Baste señalar una noticia del 31 de mayo de 1899, cuyo encabezado es “Una señorita que se arrojó desde la torre de catedral”: Realmente no sabemos que pretestaría [sic] la desventurada mujer para lograr subir a aquella prominente altura; pero el caso fué [sic] que hallándose dicha Sofía en el segundo piso de la torre que mira al Poniente, se arrojó hacia el suelo con extraordinario y veloz impulso[...] El aspecto que presentaba la pobre desdichada era pavoroso y horrible: los ojos saltados completamente de sus órbitas o lugares, la mandíbula o quijada inferior quedó fuera de la cavidad de la boca y el cráneo enteramente deshecho y en fragmentos horripilantes. Gran parte de la masa encefálica o sean los sesos, quedó en la pendiente de la cornisa del primer piso de la torre [...]” Véase Luis González *op. cit.*: p. 1006

operística del tenor Manuel García, cerca de Río Frío, en diciembre de 1827,⁸⁰ se alejaba de las fechorías salvajes y crueles que las especulaciones de la *vox populi* endilgaron a los bandidos. Evaristo y la red de indios que dirige, por el contrario, se comportan de una manera poco agresiva, complaciente; se dejan encantar por las voces de los cantantes de ópera, cual bestias serenadas por la música de Orfeo. Los artistas cantaron arias que los pájaros “escucharon atenta y silenciosamente” y que dejaron a Evaristo, quien “no tenía idea de estas grandezas del genio [...] como clavado y sin movimiento en el árbol en que se recargaba” (BRF, p.325). Si es cierto que Evaristo construye una fachada que lo hace pasar como un honrado agricultor y elige el lugar propicio para el acto de escape después del salteo por los caminos de Río Frío,⁸¹ su astucia es aminorada por sus costumbres. No se encumbra como el mejor y más eficaz mercenario, puesto a que se acobarda ante las circunstancias que comprometen en demasía sus ganancias o su propia vida, como es el caso de su huida de las fuerzas del coronel Baninelli, por lo cual los valentones de Teletlaxtoc lo valoraron como “un gallina, un collón, un sinvergüenza” (BRF, p. 371). Su falta de fuerza no la compensa con otra virtud, así que simplemente corre ante el riesgo. Se arroga como el más débil de la escala del bandidaje, cuando es apocado por otro hombre más astuto o más fuerte, al igual que acomete sin piedad a una presa inerme. Evaristo es un bandido de mínima peligrosidad, uno de tantos con sus respectivos núcleos de forajidos, cuya principal e instintiva acción es la de “marcar territorio”. En este sentido, el valor del dinero pasa a

⁸⁰ Véase Charles H. Oppenheim “Del barbero de Sevilla a los bandidos de Río Frío”, en *Los clásicos de la ópera. 400 años*, pp. 5-7 Manuel García, distinguido por ser el primero que interpretara al conde de Almaviva, llega con su compañía a México despertando gran expectación, en el año de 1827. Sin embargo, al contrario de la compañía descrita por Payno, la cual “tenía en una especie de encanto que no permitía que nadie se ocupase de otra cosa ni hablase más que de la ópera”, la del tenor español no fue bien recibida por los mexicanos. Dice al punto Luis Reyes de la Maza: “el público, que a su ignorancia añadía el odio por todo lo que oliese a español, armó un escándalo en el teatro porque la ópera se cantaba en italiano. Los cronistas tomaron partido, y mientras uno decía que el idioma castellano no tenía la menos gracia [...] otros hacían ver a García que su temporada estaba condenada al fracaso [...]” Véase *Cien años de teatro en México y de circo, maroma y teatro*, citado por Charles H. Oppenheim, *ibidem*. De hecho, Vicente Guerrero, en concordancia con el mismo sentimiento de odio hacia la península ibérica, insistió pertinazmente a Guadalupe Victoria para que expulsara a la compañía, lo cual fue decretado el 20 de diciembre de 1827. Manuel García no tuvo otra opción que abandonar México, y es en el camino rumbo a Veracruz, para tomar puerto hacia Europa, donde él y su comitiva son asaltados, cerca de Río Frío. Véase *Ibid.*

⁸¹ “Si en tiempos calamitosos y revueltos se habían aprovechado los revolucionarios o bandas de ladrones de esta posición para ocultarse y hacer su cuartel general, Evaristo no lo sabía; pero desde luego le vino a la idea de que no podía encontrarse lugar más a propósito. La barranca no sólo estaba oculta por una serie interminable de árboles que terminaba en su orilla para reaparecer otros más frondosos que cubrían el descenso, sino que en el fondo estaban de tal manera cerrados y espesos que a treinta pasos ya no podía descubrirse no sólo una persona, ni diez que quisiesen escapar. Además, había en el fondo corrientes de agua clara y cuevas a diversas alturas, con las condiciones necesarias para abrigarse de la lluvia, del aire y del frío, y poder internarse en sus oscuros laberintos y quedar al abrigo de toda persecución. Pájaros, conejos liebres, plantas silvestres alimenticias, todo abundaba ahí” (BRF, p. 254)

segundo término. El objeto de sus fechorías se dispersa ante el mismo caos de sus mentes, dado que pueden desear desde cuentas brillantes hasta la posesión carnal de una mujer. Al hablar de apariencias, a Evaristo y a su red de indios les es difícil simular su origen. Su puesta en escena se fundamenta en valores intrínsecos de la naturaleza, en el conocimiento amplio de su hábitat, así como en su carácter, adecuado para la vida pedestre y bárbara: “Los indios carboneros ni se movieron ni se alarmaron a la llegada del coronel [...] Eran mañanas y lecciones que les habían enseñado Hilario y Evaristo para cuando llegara el caso, y, además, el carácter del indio montañés era así: hosco e indiferente” (BRF, p. 355). El carácter, si bien funciona para el camuflaje, o mejor dicho, si bien “el indio se funde con el paisaje, se confunde con [...] la tierra oscura en que se tiende al mediodía, con el silencio que lo rodea”,⁸² a la par, manifiesta actitudes arraigadas en su cotidianeidad a lo largo de la vida, que a la sazón, no funcionan para la simulación, que más que mimetismo, es recreación concienzuda de otro personaje, un entregarse a los rasgos de otro ser sin dejar de ser uno: “Simular es inventar”.⁸³ A esta razón, los indios carboneros son descubiertos por las tropas dirigidas por el coronel Baninelli, ya que los hallaron a cada uno con un cinturón dorado, que era parte de los vestuarios de los cantantes de ópera: “Todas estas baratijas –asevera el autor– tenían mucha importancia para los indios, pues les parecían como vestidos de santos, y se les figuró que, teniendo esos cinturones atados a su cintura, no les sucedería ningún mal; así más por superstición que por codicia, no pudieron prescindir de robárselos” (BRF, p. 356). El indio, agricultor honorable, desgarró la cuarta pared de la puesta en escena; su raigambre cultural y social de “espejos por oro” le borbota inevitablemente desde su más absoluta dispersión: el lépero es hombre de las periferias; el indio se halla en el limbo de la civilización.

Evaristo, por su lado, simula, más allá de las argucias de su red de bandidaje, no obstante, la simulación que él ejerce le es conferida por la fuerza de las circunstancias: de no ser que el administrador de la hacienda “La Blanca” lo recomiende al coronel Baninelli, como jefe de rurales, su vida como Pedro Sánchez no obtendría importancia alguna; sería sólo la cortina de humo de su vida de salteador. En la figura de Pedro

⁸² Octavio Paz, *op. cit.* ; p. 179

⁸³ *Ibidem*; p. 178. Además Octavio Paz escribe: “Al mismo tiempo, esa ficción se convierte en un parte inseparable –y espuria– de su ser: está condenado a representar toda su vida, porque entre su personaje y él ha establecido una complicidad que nada puede romper, excepto la muerte o el sacrificio. La mentira se instala en su ser y se convierte en *el fondo último de su personalidad*”(cursivas mías)

Sánchez, capitán de rurales, una de las tres piedras en donde se ha de fundar el ciclo heroico de Juan Robreño –Las otras son Pedro Cataño y Pedro Martín de Olañeta–,⁸⁴ Evaristo consigue su admisión a la vida civilizada, aunque tal se funde en una piedra virtual, amén de que ésta se forma de una complejidad poco prolija, que no nos hace distinguir entre Evaristo y Pedro Sánchez; más allá de tomar parte de un rebautizo, su nombre-máscara transparenta su condición social, aun la profundiza. La simulación desempeña aquí un papel paradójico de legitimar el caos, a pesar que el presidente, al conocer al capitán de rurales, no le inspira ninguna confianza, tras el simulacro de batalla en Río Frío entre rurales y ladrones, bandos los cuales correspondían a sólo uno, al de los salteadores de Pedro Sánchez-Evaristo: “–Este hombre no me agrada [...] Creo que Baninelli se equivocó [...] y cuidado que yo he vivido mucho y conozco a los hombres con sólo hablar con ellos y mirarlos un cuarto de hora.” (BRF, p. 408). Aunque su “Alteza Serenísima” lo ve con malos ojos, el premio de Pedro Sánchez es la obtención del grado de teniente coronel.

Pedro Sánchez, ante la licencia plenipotenciaria, da rienda suelta a sus fechorías: cuelga hombres sin culpa para demostrar su eficacia, saquea pueblos y haciendas en nombre de la “fuerza del gobierno”, se dispone a tomar brutalmente el amor de la rebosante frutera Cecilia, quien, ante un intento de ultrajarla, lo arrincona y se encuentra a punto de asesinarlo, de no ser porque María Pantaleona, una de sus ayudantes, la alienta a no hacerlo: “–!Miserable asesino, alma negra y hedionda de sapo, vas a pagar lo que hiciste con tu mujer;– Doña Cecilia –gritó Pantaleona– [...] No lo mate usted [...] déjelo que se vaya, ya escarmentará: Dios lo castigará” (BRF, p. 378). “El alma negra y hedionda de sapo” de Evaristo es producto de una trama discursiva que densifica el caos. Sin embargo, a la vez que los indios eran una masa informe de varias cabezas, Evaristo forma parte de un capa superior de núcleos disgregados que hacen el trabajo sucio de alguien más, que se colude con el poder del Estado, abordado por la corrupción y la oligofrenia. El mal peor lo localizamos en la simulación, en las artimañas que eximen delitos, en los acuerdos subterráneos, en la elaborada cortina de oropel, mediante la cual las altas esferas relumbran, ocultando la ilegalidad de su

⁸⁴ Véase Miguel Ángel Castro; *op. cit.*; p. 211. “Juan, niño expósito, merced al auxilio de mujeres providenciales, puede recorrer las telarañas de la miseria moral y, gravitando alrededor de “tres piedras (Pedro Martín de Olañeta, Pedro Sánchez- Evaristo-, Pedro Cataño –Juan Robreño), revela la imperdonable suciedad, la que engaña y no tiene nombre porque se oculta tras la ilegalidad y el brillo de falsas y ajenas riquezas[...]”

proceder. Evaristo se incluye en “un plan maestro” de unos cuantos que quieren postergar su poderío, donde él es una pieza mínima, un bandido como tantos que no encontraron lugar en la sociedad, porque su origen lo predispone, lo condena a ser maceta del corredor; porque el tornero despilfarró su oportunidad de ser redimido por medio del amor apasionado de Casilda, y que, en cierta forma, también le fue ofrecida por azares del destino, mediante la unión matrimonial con Tules. Cecilia, su tercer interés “amoroso”, viene a ser un mero objeto de deseo y de posesión del bandido entregado a las artes de la barbarie. Cuando Evaristo dice que “si Cecilia lo hubiese querido y casándose con él, en vez de ser un ladrón sería un hacendado rico y honrado” (BRF, p. 712), son habladerías de un hombre a sabiendas que será ejecutado por sus acciones ilícitas, o mejor decir, por su origen ilícito. Evaristo está manchado por el discurso original del siglo XIX mexicano. Evaristo nunca pudo ser un hombre honrado.

2.3. Relumbrón, el bandido que mueve los hilos de la puesta en escena

2.3.1. Relumbrón, Juan Yáñez

Manuel Payno, en la introducción de *Los bandidos*, escribe que su novela se gestó a partir de un escándalo que tuvo gran repercusión a lo largo y ancho del país. El principal implicado era una persona de renombre, el cual “tuvo un trágico fin.” (BRF, p.XV). En el último episodio de la novela, “Cosas de otro tiempo”, se nos refiere santo y seña de tal individuo:

Ese Yáñez era sociable y simpático en su trato personal, que tenía, como se dice vulgarmente, muy buena presencia, que era lujoso y hasta exagerado en su vestir, pues siempre traía cadenas muy gruesas de oro, enredadas en el chaleco, botones de hermosos brillantes en la camisa y anillos de piedras finas en los dedos [...] [se] le había puesto Relumbrón, a causa de las muchas alhajas que ostentaba (BRF, p. 736).

En efecto, Juan Yáñez era uno de los ayudas de campo de Antonio López de Santa Anna. Nombrado coronel, aprovechó su cercanía con su “Alteza Serenísima”, así como su puesto en la alcurnia del Estado, para cometer actos delictivos por debajo del agua y organizar un grupo de salteadores, que aterrorizó los caminos por los años treinta del siglo XIX. Tras ser delatado por uno de los bandidos que estaban bajo su mando, de su complicidad sobre la muerte del cónsul de Suiza en México, un hombre llamado M.

Mairet, Yáñez fue apresado junto con nueve cohortes el 29 de octubre de 1835.⁸⁵ Este crimen destapó la cloaca: 435 testigos, cerca de 5000 páginas de informe escrito de la audiencia, transparentaban las fechorías de la red criminal del Relumbrón histórico, quien fue procesado en el año de 1839. Sin embargo, el mito de Yáñez no expiraba ahí. Ante la sentencia de muerte, éste se cortó la garganta con una navaja. La gravedad de la herida no permitió su traslado desde la antigua sede de la Inquisición, hasta La Acordada, lugar donde estaba programado su estrangulamiento público. En consecuencia, Yáñez recibió los santos óleos para sucumbir desangrado el 15 de julio de 1839. Su cadáver, aún así, sería colgado de un andamio, como medida ejemplar del gobierno con el fin de que la comunidad admirará su mano dura y eficaz ante los criminales⁸⁶.

2.3.2. Relumbrón y la preeminencia de las apariencias

Dice Juan Antonio Rosado que “el Juan Yáñez real parece tan o hasta más increíble que el literario”.⁸⁷ Si no más increíble, sí menos ecuánime, menos temerario, en el momento de saber acerca de su trágico fin. De hecho, Relumbrón, el personaje de Manuel Payno, cae en la perfecta ridiculez. Por ejemplo, su defensor alega al juez, “como circunstancia atenuante”, que robaba a causa de una “monomanía”, es decir, en términos más exactos y vanguardistas, a causa de un cuadro de cleptomanía. El autor revelará que aquello se trataba de una “cuestión de frenología que apenas había dado a conocer don José Ramón Pacheco y que no hizo ninguna impresión en el ánimo del juez.” (Véase BRF, p. 712). Ante su inminente caída al acerbo escrutinio público, Relumbrón intenta suicidarse con una navaja de afeitar que su esposa Severa le entrega. El acto no prospera: “A poco se escuchó un grito doloroso [en la celda]; entraron las diversas personas que había[n] [sido] encargadas por la justicia de visitar a los reos, y encontraron a Relumbrón tendido en la cama y bañado en su sangre, y una navaja de barba tirada en el suelo [...] Era una herida leve. Relumbrón no había tenido valor para cortarse las venas”. (BRF, p. 722). Doña Severa, fiel a su nombre, obsequia la oportunidad a su marido de salvar a su familia de la vergüenza, la cual manchará a generaciones enteras, empezando con su

⁸⁵ Vanderwood dirá que “un marinero italiano, Carlos Barinetti, refiere como Yáñez había despojado a un monasterio de 20 000 a 30 000 pesos, y después, disfrazado de cura, había robado y asesinado a M. Mairet, cónsul suizo en México” Véase Paul J. Vanderwood, “Los Bandidos de Manuel Payno”, en *Historia mexicana V*; p. 108

⁸⁶ Véase Paul J. Vandewood, *op. cit.*: pp. 107-121, para observar una lista pormenorizada de las peripecias criminales de Juan Yáñez.

⁸⁷ Juan Antonio Rosado, *op. cit.*; p. 32

hija Amparo, que no puede concretar su amor con el marqués de Valle Alegre: “imposible de borrar los recuerdos ni curar los dolores del corazón –dice Amparo al marqués [...] sería hacerlo infeliz para el resto de la vida; pero la mía está condenada a la tristeza, a la oscuridad, al retiro de toda sociedad humana [...]” (BRF, p. 734). Lejos de presupuestos sociales como el honor o la fama, lo que realmente afecta a Amparo es la imagen horrible de un hombre colgado, expuesto públicamente, que en vida fue su padre. “Guardar las apariencias” se convierte en frase esencial en la vida del Yáñez literario. Al igual que en Evaristo el tornero, las apariencias son la hebra por donde se desovilla la realidad. A su vez, éstas adquieren un carácter no escindible entre forma y fondo. La imagen encubre la personalidad, lo cual no descarta que la imagen equivalga a la personalidad; es decir, en el caso de Relumbrón, la fachada del alto funcionario encubre al bandido que se mueve en las altas esferas, de la misma manera, que el funcionario equivale al bandido. Estamos frente a un intrincado y sofisticado sistema de bandidaje.

De lo anterior obtenemos que a Relumbrón poco le importa la trascendencia o su parentela. No se mata, cuando Severa le entrega la navaja de afeitar, pues no hay porque hacerlo: morir no es redituable; perdería, de hecho, lo único que significa en la puesta en escena de *Los bandidos* y en especial, para él: el oropel, la envoltura de lujo, las acciones afectadas que guardan las apariencias. Literalmente, no existe apellido por el cual deba responder; no hay valía genealógica que rescatar. Severa y Amparo contienen, soportan cargas semánticas — en un sentido que las convierte en recipientes, en figuras pasivas que significan algo — sobre su papel en la sociedad como mujeres; como manadoras y activadoras del potencial del hombre. En sus nombres se halla su destino. Ellas lucen en las reuniones de todos jueves, en el gran salón donde brilla el damasco rojo con amarillo, como la esposa que no cambia el ceño ante las calamidades y como la hija buena y educada, que es el “único punto luminoso en el corazón oscuro de ese hombre absorbido por el juego, en los negocios, en la sed insaciable de guardar dinero, mucho dinero, pues nunca bastaba” (BRF, p. 489). Severa y Amparo forman parte del ajuar del majestuoso salón de Relumbrón:

Dos grandes balcones a la calle, dos puertas a los costados que comunicaban a la recámaras y dos enfrente de los balcones, que conducían al interior de la habitación y esas seis puertas con grandes cortinas de damasco franjeadas de galón amarillo [...] En el frente del salón

había un nicho de ébano y cristales con un señor atado a la columna, casi del tamaño natural, y el nicho bajo dosel, también de damasco rojo con colores amarillos. Delante del nicho, dos jarrones de la China, de la más remonta antigüedad [...] (BRF, p. 489).

Dentro del mundo de *Los bandidos*, el cual se mueve con base en la fatalidad, la demostración de riqueza y de buen linaje cada jueves en aquel salón, destaca un hecho no improvisado, astuto, que funciona en dos vías: por un lado, se utiliza el despilfarro, la exageración, con el fin de llenar los espacios que no puede llenar la virtud de las acciones; la pirotecnia, en favor de desviar la atención del acto principal, que subyace en el subtexto de la imagen, y que equivale a nuestro “por otro lado”: Relumbrón quiere hacerse de relaciones, de eslabones, en los cuales entramar su plan maestro, y aprovecharse de las circunstancias de los actores de las diversas clases sociales. Dice Gutiérrez Girardot que “esas ‘apariencias’ no se redujeron al traje, a la manera de hablar, al comportamiento ‘fingido’, sino que abarcaron el ‘espacio vital’ del burgués [...] Y pese a las ‘convenciones’ o quizá gracias a los límites que ellas imponían, la ‘representación’ sirvió para encubrir lujosamente los gozos del pecado”.⁸⁸ “Los gozos del pecado” se permutan por “la utopía del robo”, en la que cualquiera sale ganando.

Si en el valle de Quencio, Astucia funda una especie de paraíso político, eficaz, sin ninguna corruptela y donde los habitantes se conservan activos ante las necesidades de la comunidad, Relumbrón cimienta una organización criminal con la misma funcionalidad y que cuya diferencia reside en adscribirse detrás del Estado, mejor decir, se ampara en él, para formar una contra-comunidad de los disgregados, sin más objeto que el de la satisfacción de los intereses personales de cada uno: una tribu de tribus, comandada por una mente maestra, que más que dejarse arrastrar por las circunstancias, sabe encauzarlas, en pos de una meta.

En efecto, Relumbrón fundamenta sus relaciones personales-contractuales, en razón de lo que puede obtener, sin necesitar que sus interlocutores cambien un ápice su vida errática. Baste citar el caso de Juan Robreño padre, del cual aprovecha sus sentimientos de desposeído, para enrolarlo en sus filas de criminales; “era necesario a toda costa, hacerse de este proscrito, de este fusilado por desertor al frente del enemigo, que debería estar lleno de ira y de venganza contra la sociedad y contra unas leyes que

⁸⁸ Rafael Gutiérrez Girardot, *op. cit.*; p. 102

habían ejercido contra él crueldades tan terribles como las de la Inquisición [...]” (BRF, p. 541). En la utopía de Relumbrón, el origen se oculta bajo la deslumbrante estructura que hace fluir el dinero, y como ya vimos en el caso de Robreño, en ella se encarrilan las fuerzas de ira, odio, apocamiento y avaricia de los disgregados, a favor del fin “común”. Nos tropezamos ante el sistema social que marcha con mayor eficacia en *Los bandidos*. El oro y las joyas que consigue la red criminal tras los asaltos a mansiones lujosas, son convertidos en otras piezas que se venden a un precio considerable. Si por medio de la desamortización de bienes de la iglesia, Juárez intentaba mover el mercado, Relumbrón contribuye con su parte poniendo en circulación las riquezas que yacían apoltronadas detrás de los muros de mármol, amén de que sus acciones adquieren —según él— un tinte nacionalista, cuando habla sobre la acuñación de monedas falsas, una de las aristas de su red: “Si las cosas van bien podremos rivalizar con la Casa de Moneda de México, al fin todo el dinero se lo llevan los ingleses para encerrarlo en el Banco de Londres o enviarlo a la India oriental, así, ¿qué más da que tengan los pesos diez dineros, veinte granos, que cinco dineros y diez granos? Un señalado servicio hacemos a la nación con nuestra industria” (BRF, p. 541). Es en un ámbito subterráneo, sostenido mediante una moral ambigua, donde los grandes proyectos liberales como el de inserción de los pueblos desarraigados y el de circulación monetaria del mítico cuerno de la abundancia, denotarían grandes progresos. Sin embargo, Relumbrón es brillo efímero que oculta la consunción de la sociedad mexicana del siglo XIX, que al igual que mostraba panoramas paupérrimos, en sus caminos también se veían andar carretelas con las riquezas que recordaban las que se avistan en la cueva de Alí Babá. Margo Glantz escribirá al respecto:

La ambición de Relumbrón sobrepasa cualquier expectativa de vida desahogada, o “descansada”, como de manera por lo demás curiosa señala Payno al terminar su hiperbólica enumeración de joyas —haciendo alusión a los cofrecitos que el marqués de Valle alegre, iba a regalar a Mariana, hija del conde de Sauz, si contraía matrimonio con él— a menos que vida descansada quisiera decir una vida donde podría gozarse con tranquilidad de esas inconmensurables riquezas, sin desear obtener más, cosa que resultaría imposible para quienes se enriquecen.⁸⁹

⁸⁹ Margo Glantz, “*Los bandidos de Río Frío* de Manuel Payno: la utopía del robo”, en *Estudios* 15:29; p. 86

La riqueza en joyas del marqués de Valle Alegre referida se rastrea hasta los tiempos de la Colonia, donde las familias más ricas, que se nombraban “títulos de Castilla”, coleccionaban “preciosidades y rarezas en materia de diamantes, perlas, piedras preciosas y esmaltes” (BRF, p. 489). De esta forma, podemos mencionar que ésta se explica desde una estratificación de clases, que anula la ascensión social. El caso de la riqueza de Relumbrón, empero, se deriva de exprimir la suerte al extremo de derrocharla, al menos en primera instancia. Más que hijo de las circunstancias, él era hijo de la Fortuna y de la Ocasión, de las cuales había tiempo que “no tentaba más que cabezas calvas”. Esta imagen nos recuerda los versos que don Belianis de Grecia dedicara al don Quijote de la Mancha: “Tuve a mis pies postrada a la Fortuna/ y trajo del copete mi cordura/ a la calva ocasión al estricote.” La alegoría de la Ocasión se describe en el *Tesoro de la Lengua* de Sebastián Covarrubias de la siguiente manera:

Pintábanla de muchas maneras, y particularmente en figura de doncella con solo un velo, con alas en los talones y las puntas de los pies sobre una rueda volúbil, con un copete de cabellos que le caían encima el rostro y todo lo demás de la cabeza sin ningún cabello; dando a entender que si, ofrecida la ocasión, no le echamos mano de los cabellos con la buena diligencia, se nos pasa en un momento, sin que más se nos vuelva a ofrecer.⁹⁰

Traemos esta imagen en el texto para poner hincapié en su anacronismo. La noción de fortuna de Relumbrón está anquilosada en una cosmovisión traída de los conquistadores: a México arribó el español de las clases sociales más bajas, el cual pensaba “que lo que no había obtenido del destino, lo podía obtener de la aventura y la hazaña”.⁹¹ Este aventurarse hacia tierras desconocidas estuvo refugiado en una cuestión mesiánica, religiosa, la cual no dejaba lugar a dudas del triunfo de la empresa imperialista: la Fortuna estuvo a los pies del español que tocaba tierras mexicanas. Dirá Sánchez Albornoz: “España vino con espíritu de cruzada y de rapiña, con la cruz en alto y la bolsa vacía [...]”.⁹² De esta manera, el español poseía la certeza que la Ocasión o la Fortuna lo auxiliarían, debido que su misión era encomendada en la Providencia: la Ocasión como circunstancia divina y no como acto que se encauce; que efectivamente se agarre por el mechón de pelos. En la sociedad decimonónica mexicana, prevalecía la

⁹⁰Véase José Emilio González, “Con (la) Ocasión de Cervantes”, en *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española*; p. 97

⁹¹Santiago Ramírez, *El mexicano, psicología de sus motivaciones*; p. 44

⁹²*Ibidem*

primera visión. Y Relumbrón no se exceptuaba de eso. Los episodios que se intitulan “Caprichos de la fortuna” no pueden ser más claros: de tener un carruaje que iba a desfondarse, por una tarde de ganancias en Panzacola, al poco tiempo ya había perdido todo “casas, haciendas y hasta los botones brillantes de su camisa”(BRF, p. 489). Asimismo, destacaremos que Relumbrón dilapidaba mucho dinero en maquillar las apariencias, en “tapar hoyos”; prefería no tener deudas con alguien, que subsistir con las mínimas necesidades. A partir del acontecimiento de Panzacola, Relumbrón se convierte en un hombre “moderno” y perorará ante su socio-compadre-padre, Don Santos Aguirre, una auténtica declaración de principios: “Persuádese usted de que el que no roba es porque no puede, o teme ser descubierto; pero desde que cualquiera está seguro, segurísimo de la impunidad, se apropia lo que se le viene a la mano, y si no fuese así no existirían en nuestro idioma, ni quizá en otros, los refranes tan conocidos: *La ocasión hace al ladrón; en arca abierta el justo peca[sic]*” (BRF, p. 509). Añadirá a este fragmento el hecho de que su estatus en la sociedad le facilitaría encubrir las acciones delictivas de su red, que no se robaría a los pobres, “porque eso dará al negocio cierto carácter de popularidad” (*Ibidem*); y que “el robo se hará en grande, con método, con ciencia, con un orden perfecto”(*Ibidem*). La puesta en escena abre su telón. Apuntará Margo Glantz que “la teatralidad inherente a la nación se filtra a menudo, a veces sin proponérselo abiertamente, en la mayoría de las obras literarias mexicanas del siglo XIX”.⁹³ El brillo, la exageración, ahora no cumplen con una manía de llenar los huecos de la imagen. Las apariencias, las circunstancias, la ocasión –sin mayúscula: como objeto y no como divinidad– son manejadas por Relumbrón como en acto de magia.

Relumbrón se adentra muy hondo en las circunstancias de la sociedad en tiempos de Santa Anna; su existencia es orgánica a ella. Si es que el indio se confunde con las montañas y los árboles del paisaje silvestre, el Yáñez literario se constituye como parte de una maquinaria, que aunque se debería de valorar como moralmente reprochable, abreva de costumbres que se han repetido hasta la obsesión y que en cierta forma, han mantenido en pie a la nación en ciernes. Si se me permite la comparación, *Los bandidos* es un reloj suizo, que si despojamos de su cubierta bella y lujosa, nos quedarían los engranes de frío metal, empalmados con minuciosa exactitud. Corruptelas, robo,

⁹³María Teresa Solórzano Ponce; *op. cit.* ; p. 203

oligofrenia, despilfarro, simulación, sustantivos que caben en la organización civilizada, y que la hacen funcionar, a pesar de que a los ojos del lector esto se trate de un vertedero de los peores errores del Estado y de la ciudadanía. Relumbrón es un ladino que ve los hilos de los polichinelas, los cuales mueve según su beneficio, e incluso, a manera de encauzamiento de las fuerzas del bandidaje, que, sin su mente maestra, se enfocarían en la depredación y en la violencia sin sentido. Declara cínicamente:

Los ladrones hasta aquí no han sido más que seres depravados, generalmente unos brutos, que no han tenido plan ninguno. Detienen a un hombre en una noche oscura, le ponen el puñal al pecho y le roban un reloj de plata o de cobre, que vale tres pesos. Asaltan una casa, donde en vez de dinero hay miseria, y se llevan un paquete de ropa vieja. Atacan la diligencia donde acaso no van más que mujeres y muchachos, que por no tener o no querer pagar el almuerzo, comen pan y queso dentro del coche, y se contentan con seis u ocho pesos y algunas piezas usadas de los baúles de equipaje, como lo ha hecho ese pícaro capitán de rurales, que no ha salido hasta ahora de perico perro, con todo y su insolencia y sus baladronadas. Nada de eso, compadre, todo ese método es ineficaz y mezquino. (BRF, p. 580).

Definitivamente, Relumbrón es un hombre desvergonzado, que ve a través de la pantalla social de las vanidades, la ciénaga de los sistemas derruidos por el tiempo. Un actor de la puesta en escena decimonónica, que al fin, asume otros principios de dinámica de la sociedad, más acorde a los tiempos en que se vivían entonces, alejados del paternalismo estatal o la idealización. Relumbrón es un coleccionista de circunstancias, y conocedor de la psique, que propugna por una especie de liberalismo que ve en el individuo a la mayor fuerza para sacar adelante al fin común: uno para todos. Sin embargo, hay que reconocer que nuestro personaje, más que moderno, se sitúa en línea directa con los políticos del siglo XX, que se aprovechan del alto puesto para sus corruptelas y que mantienen a todos felices, mediante una política clientelar, sean ciudadanos o criminales: Relumbrón es un proto-ogro filantrópico.

2.4. El Zarco: “El más temible y malvado de esos bandidos”

2.4.1. La alegoría nacional o Yautepec en ruinas

Si bien Evaristo y Relumbrón son hombres cuya improbidad es comprobada, el Zarco representa al agente del caos por excelencia; es bandido de la peor calaña: “vulgar, grosero, hasta cobarde” (Z, p. 64); “siquiera hombre, siquiera compasivo, no era más

que un perverso sin entrañas” (Z, p. 77), como se cerciorará muy tarde Manuela, la mujer más asediada del pueblo de Yautepec, y quien se enamora perdidamente del “plateado”. Además de estas debilidades de su personalidad, en el Zarco hallamos, a diferencia de los rasgos hoscos de Evaristo y de la figura esperpéntica de Relumbrón, un cuerpo “alto, bien proporcionado, de espaldas hercúleas [...]” (Z, p. 16), el cual se remataba con “su color blanco impuro [y] sus ojos de ese color azul claro que el vulgo llama *zarco*” (Z, p. 24). La pantanosa trama discursiva de *Los bandidos*, de donde eclosionaban sólo hombres feos que le correspondían lógicamente intereses mezquinos, no aparece en la novela de Altamirano. Las apariencias no importan, en un sentido en que, desde éstas, se deshebre la realidad; mejor decir, se configura una alegoría, en la cual el hombre significa por sus valores más profundos, y en la cual, ciertamente, existe una conversión de correspondencias, de tal forma que lo bello pasa a simbolizar lo malo. En efecto, el Zarco es Lucifer, que aunque es el ángel más bello de dios, bien se desenvuelve en las sombras. La comparación no es fortuita. El autor describe a los plateados, la noche de la tempestad cuando se fugan el Zarco y Manuela, como “una patrulla de espíritus infernales o almas en pena de bandidos, purgando sus culpas en noche tan espantosa” (Z, p. 32). Doña Antonia, madre de Manuela dirá sobre ellos “que son demonios vomitados del infierno” (Z, p. 10). Particularmente, sobre el Zarco escribirá el autor que mantiene un odio acendrado hacia todo el mundo: “Era la codicia, una envidia imponente y rastrera, la que producía este odio singular y esta ansia frenética de arrebatar aquellas cosas a toda costa” (Z, p. 25). El Zarco brilla en la oscuridad de la noche y aún en su poética serenidad, el bandido no se inmuta: “ese aspecto tranquilo y apacible de la naturaleza y ese santo rumor de trabajo y de movimiento, que parecía un himno de virtud, no parecieron hacer ánimo del jinete” (Z, p. 15). Y al Zarco no le causa ninguna clase de afecto o de efecto, debido al “santo rumor” y al “himno de virtud” de esa especie de noches. El plateado proviene del caos y sólo el caos le es afín.

El Zarco, los plateados, todo lo que relumbra, oculta bajo su brillo, fuerzas oscuras que irrumpen a la civilización. Si bien este planteamiento es maniqueo, se necesita destacar para comprender lo que intentaba Altamirano con su novela: una “alegoría romántica” como la nombrará Robert Kerr y que se implementa bajo los ejes “racial y

político”,⁹⁴ y en la cual triunfa la raza indígena y el “ciudadano” organizado y voluntarioso de unos cuantos pueblos. Esta parte de la alegoría es personificada por Nicolás, el noble herrero de Atlihuayan, que en primer instancia está enamorado de Manuela, quien lo rechaza –sentencia lacónicamente a Antonia, su madre “no me casaré nunca con ese indio horrible...”– y que al final, se casa con Pilar, la amiga tímida de aquella. Tenemos así dos alegorías: La del Zarco, hombre de rasgos europeos, malvado, y la de Nicolás, indio no vil, bondadoso, ciudadano en el gran sentido de la palabra. ¿Se plantea en *El Zarco* una lucha ideológica entre lo europeo y lo intrínsecamente mexicano? Es evidente que el pensamiento de Altamirano propugnaba por un nacionalismo exacerbado. Conway nota al respecto, que “el maestro” decía que “la clase india, cuya vida es ‘automática y poco distinta de la vida de los brutos’, es el producto de la tiranía del español en el período colonial, y de la ‘indiferencia’ estatal en el período republicano”.⁹⁵ Su diagnóstico sobre la disgregación de los indios, y en general de los estratos más bajos, no es diferente a la de Manuel Payno. Existe una carga histórica difícil de sortear, que sumada a la ineficacia de las reformas educativas, sociales y económicas del plan liberal para incluirlos, fortalece la dispersión de las tribus más alejadas de las ciudades. No obstante, si para Manuel Payno “la civilización está muy alejada para el mundo todo”, Altamirano encuentra en la figura de Nicolás, “no un indio abyecto y servil, sino un hombre culto, ennoblecido por el trabajo y que tenía la conciencia de su fuerza y de su valer” (Z, p. 11). Es la raza indígena la cual se levanta incólume ante el desastre de la nación, y que encarece su valía, ya que, infaustamente, ha desaparecido de Yautepec casi por completo (Véase Z, p. 4). Y no sólo eso. Max Parra hará notar que Altamirano hace referencia a términos como nobleza y linaje para hablar de Nicolás y que pertenecen a un “vocabulario propio de una tradición patricia” y que “el autor utiliza para sugerir un nuevo tipo de honorabilidad social basada ya no en la sangre [...], sino en otros valores, más propios de una sociedad moderna, capitalista: la laboriosidad, el sentido de orgullo personal, el espíritu emprendedor y un carácter independiente”.⁹⁶ “Su honradez inmaculada le daban un título, su condición, aunque mediana, pero independiente y obtenida a merced de su trabajo personal, lo ennoblecía a sus ojos” (Z, p. 49).

⁹⁴ Cfr. con Robert Herr, “De bandidos a trabajadores: el proyecto económico liberal en *el Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano”, en *Revista literaria mexicana*; p. 122

⁹⁵ Christopher Conway, *op. cit.*; p. 128

⁹⁶ Max Parra, “ ‘Pueblo’, bandidos y Estado en el siglo XIX. Notas a partir de *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*; pp. 68-69

A su vez, el pueblecito de Morelos, “cuyo caserío se esconde en un bosque de verdura”, se convierte en un lugar que guarda su belleza idílica, a pesar del desorden, las revueltas, las intervenciones extranjeras y los bandidos, quienes siguiendo con la alegoría agrícola que propone Antonio Sánchez Jiménez, son “una plaga que arruina la fecundas tierras de Yautepec”:⁹⁷

Diríase que allí estos árboles son el producto espontáneo de la tierra; tal es la exuberancia con que se dan, agrupándose, estorbándose, formando ásperas y sombrías bóvedas en las huertas grandes o pequeñas que cultivan todos los vecinos, y rozando con sus ramajes de un verde brillante y oscuro y cargados de pomos de oro los aleros de teja o de bálago de las casas. Mignon no extrañaría su patria, en Yautepec, donde los naranjos y limoneros florecen en todas las estaciones. (Z, p. 3)

El entorno donde se urde la novela de Altamirano no es un escenario en que se erija una utopía, como es el caso del Valle de Quencio de *Astucia* o donde se transparenten las condiciones paupérrimas y de inacción de todos los estratos sociales, como sucede en *Los bandidos del Río Frío*. Yautepec se construye como un territorio dotado maravillosamente por la naturaleza, en el cual el hombre se ha establecido sin limar su hermosura y que ha sido aterrorizado por los plateados, “envalentonados [...] fiados en la dificultad que tenía el gobierno para perseguirlos, ocupado como estaba en combatir la guerra civil” (Z, p.5). Yautepec es un paraíso silenciado, y que únicamente recobrará la paz cuando sus habitantes actúen de acuerdo a las circunstancias. Las fuerzas del Estado no los auxiliarán. La ciudadanía activa, beligerante, soportada por la ley del talión, es la que conseguirá que Yautepec no sea más un lugar “envuelto en las sombras de la noche” en plena luz del sol. Si Inclán subraya la inviolabilidad del mundo campestre que se sustenta eficazmente, y que significa una escisión del Estado caótico, y si Payno recurre a la descripción de la sociedad decimonónica, corrupta y perniciosa, desde un enfoque naturalista, Altamirano monta una puesta en escena donde los habitantes de Yautepec esperan ser restituidos de algo que sí perdieron: su tranquilidad, “salir a respirar el aire fresco de las calles [...] discurrir por la plaza o por las huertas, traspasar los dinteles de sus casas.” (Z, p. 4). Causa y efecto: si se les ha arrebatado injustamente sus libertades fundamentales, como la de transitar serenos por sus terruños,

⁹⁷ Antonio Sánchez Jiménez, “El árbol de la patria: una alegoría botánica en el Zarco (1901) de Ignacio Manuel Altamirano” en *Hispanofila*; p.70

los pobladores de Yau-tepec no pueden reaccionar de otra forma, sino con el deseo de recuperar la normalidad. Como asegura Juan Antonio Rosado, en *El Zarco* existe una situación de excepción, en donde las facultades extraordinarias responden a las necesidades de un Estado en plena guerra civil y acechado por fuerzas extranjeras,⁹⁸ y que cuyo ejemplo más evidente lo encontraremos cuando Juárez inviste de facultades extraordinarias a Martín Sánchez Chagollán, quien es un ciudadano que a causa de la muerte de su padre y su hijo persigue a los plateados:

– Y mucha conciencia señor Sánchez- le dice Juárez-; usted lleva facultades extraordinarias, pero siempre con la condición de que debe usted obrar con justicia ante todo. Sólo la necesidad puede obligarnos a usar esas facultades, que traen tan grande responsabilidad, pero yo sé a quien se las doy. No haga usted que me arrepienta. (Z, p. 86)

La discusión sobre si las facultades son “extralegales” o “extraordinarias” pasa a segundo término, cuando el presidente Juárez subraya la gran responsabilidad que conlleva tenerlas. “Sólo la necesidad puede obligarnos...”, oración que es rematada por el novelista: “Al ver a aquellos dos hombres, cualquiera [...] se habría estremecido. Era la ley de la salud pública armando a la honradez con el rayo de la muerte.” El Estado no tiene más remedio que confiar en sus principios legales, en los cuales están previstos las situaciones de excepción y de caos social, y sobre todo, en su ciudadanía.⁹⁹ Aquí se halla el baluarte de la alegoría de Altamirano. La formación de ciudadanos íntegros y valientes en los cuales puede confiar la nación en tiempos aciagos es la apuesta del autor de Tixtla para que el llamado “rayo de la muerte” sea utilizado con rigor y con justicia. No obstante, la civilización no se encuentra en los centros urbanos. En discrepancia con una gran veta del pensamiento decimonónico que veía al indio desde una arista paternalista, o en el mejor de los casos, con una admiración que lo situaba en

⁹⁸ Véase Juan Antonio Rosado, *op. cit.* ; p. 38. Rosado refuta lo dicho por Evodio Escalante, quien resalta que Juárez “otorga facultades extralegales a un civil para matar a quien él considere conveniente”, es decir, actúa “antijurídicamente”, a lo cual Rosado explica que ciertas facultades no eran extralegales, sino que Juárez “poseía, en la realidad, la facultades extraordinarias [en este caso a Martín Sánchez Chagollán]”, concedidas por el artículo 85, fracción II, de la constitución de 1857. Véase *Ibidem*.

⁹⁹ Desgraciadamente, el poder envilece. Altamirano critica a Juárez el reclutamiento de bandidos para afrontar las batallas del Estado, hecho que “el maestro” califica de “error lamentable y vergonzoso” Véase Z, p. 3. Al respecto, expondrá María Zalduondo que “al bordar los límites entre el sujeto legal y el sujeto criminal, Juárez construye un soldado mercenario cuyo interés no es la defensa de la nación sino ganancia personal” María Zalduondo, “(Des)orden en el porfiriato: la construcción del bandido en dos novelas desconocidas del siglo XIX mexicano”, en *Decimonónica*; p. 84

una visión romántica,¹⁰⁰ en *El Zarco*, Nicolás, el herrero de Atlihuayan, viene a ser un hombre ejemplar, por excelencia. En manera más precisa, él es ejemplo del ciudadano, por el cual se configurará la nación mexicana. Como sucede cuando el comandante arribó al Ayuntamiento de Yautepec y, que como era costumbre en la milicia durante el siglo XIX, sólo llegó a abastecer a sus tropas, sin pretender siquiera perseguir a los bandidos. Nicolás lo enfrenta:

—Se lograría acabar con esa guarida de malhechores que tienen azorado el distrito; se lograría tal vez matar o coger a los asesinos a quienes persiguió el señor comandante ayer y antier inútilmente; se les quitaría el robo, se les quitarían los demás robos que tiene guardados allí, se libertaría a los hombres que tienen plagiados hace tiempo [...] soy un ciudadano que sabe perfectamente que usted es un jefe de seguridad pública, que la tropa que usted trae está pagada para proteger a los pueblos [...] (Z, p. 41)

El discurso anterior lo pudo decir Altamirano o cualquier letrado de la época. Resulta inverosímil en la narrativa histórica de México de esos tiempos, que un indio que ha vivido en el campo perpetuamente, que no asume el usufructo privado entre sus costumbres y que no ha pasado por un proceso de transculturación exitoso.¹⁰¹ Se diferencia él mismo como un ciudadano, uno, por cierto, más moderno, que varios miembros del congreso o que cualquier escritor de aquella época. Sin embargo, la verosimilitud de las palabras de Nicolás la hallamos en la alegoría; el herrero significa lo bueno, lo mexicano, la ciudadanía, el hombre que escogió ganarse la vida con el sudor de su frente y no en la depredación de los campos. Nicolás es individuo de una sola pieza, cuyo atuendo no deja lugar a dudas de esa condición: “estaba vestido de blusa de lanilla azul como los marineros, ceñida a la cintura con un ancho cinturón de cuero, lleno de cartuchos de rifle [...] traía calzoneras con botones oscuros, botas fuertes y se cubría con un sombrero gris de fieltro de anchas alas [...] (Z, p.11). Ante la vestimenta austera y los accesorios sumamente necesarios —en el vacío de poder, los cartuchos son artículos de primera necesidad— el autor todavía atina a apuntar: “se

¹⁰⁰ Véase estas palabras de José María Vigil que confirman una visión que ve en lejana probabilidad al indio y no como un hombre que podría ser un ciudadano “Desearíamos ardientemente que nuestra educación literaria y científica formara un carácter acendrado y profundo de mexicanismo; que nuestras antigüedades fuesen el objeto de la más exquisita solicitud por parte de los gobiernos; que no se perdonara medio en su conservación y estudio; que el idioma nahoa figurase al lado de las lenguas sabias [...] y en una palabra, que la civilización de nuestros antepasados, más variada, más rica y más grandiosa que la sangrienta barbarie de las antiguas tribus del norte, fuese el fundamento de nuestros estudios históricos y literarios. “Christopher Conway, *op. cit.*; p.130

¹⁰¹Véase supra; pp. 9-11

conocía, en fin que de propósito intentaba diferenciarse, en el modo de arreglar su traje, de los bandidos que hacían ostentación exagerada de adornos de plata en sus vestidos que hacían ostentación exagerada en sus vestidos [...]” (Z, *ibídem*). Si el hilo de las apariencias se deshebra en *Los bandidos* para dejar al descubierto una sociedad soezmente carcomida y ventajosa –al fin “la ocasión hace al ladrón...”–, en *El Zarco* todo es evidente; no hay mucho que especular sobre el comportamiento de los personajes, porque su conducta está engastada en uno u otro lado de la escala de la moral y la ley. Sus acciones responderán por ellos: otra radical diferencia entre las tres novelas, cuyos algunos de sus protagonistas estamos analizando. Altamirano, además de poner en manos de Nicolás el poder de la acción ciudadana, deposita en él una oportunidad para los disgregados genéticos. En Inclán y en Payno el asunto del origen es de valor incalculable: predispone a Astucia, quien lleva a cuestras el pasado de su padre luchando en la guerra independentista, en sus proezas en el valle de Quencio, como se verá más adelante; asimismo prefigura los destinos errantes de Evaristo y Relumbrón, quienes son expósitos y cuyos mentores no los encaminaron a otro sendero que al de las costumbres corroídas de la sociedad decimonónica mexicana. En Nicolás, el origen no significa, al menos si hablamos de su solar, del cual no existe información en la novela. No hay apellido alguno que lo vincule con un destino familiar. Como en la épica, donde a los hombres se les refiere con una aposición que designa su cualidad principal – por ejemplo, Héctor, domador de caballos–, en su entorno se le conocerá como Nicolás, el herrero de Atlihuayan, indio descendiente de una veta sanguínea distinta de los indios apocados, pasivos y hoscos que describirá Manuel Payno en *Los bandidos*, y que, paradójicamente, se le presentará como el hombre moderno que Altamirano avizora en una nación que progresa. Dabove apuntará que:

Nicolás aún en tanto herrero todas las dimensiones que lo hacen para la Altamirano un emblema de la masculinidad moderna. Ejerce un control aparente de los medios de producción de notable resonancia simbólica: el fuego, el metal incandescente, el yunque, el martillo [...] el herrero trabaja erecto, domina su materia por la violencia, una violencia, sin embargo, sabiamente administrada en aras de la producción.¹⁰²

Esta imagen de poder que nos evoca al herrero de Zeus interpretado por los pintores renacentistas como un hombre de facciones hoscas, gallardo, fornido, con el

¹⁰² Juan Pablo Dabove y Susan Hallstead, “Pasiones fatales: consumo, bandidaje y género en *El Zarco*” en *Contracorriente*; p. 176

martillo preparado para golpear el metal al rojo vivo, se contrapone al indio que se concebía tan sólo como un campesino que ara la tierra, “actuando los ritos de deferencia hacia el hacendado”:¹⁰³ quitarse el sombrero, agachar la mirada, detener todo trajinar cuando el “patroncito” pase cerca. No obstante, debemos precisar el nivel significativo de las acciones del herrero de Atlahuayan: éstas se dicen, se declaran, poseen una carga semántica, cuya trascendencia no radica en la obra. Altamirano, por ejemplo, nunca describe una escena donde Nicolás esté ejerciendo su oficio. En el mismo pueblo de Yautepec, las labores cotidianas parecen estar dirigidas a solventar las necesidades básicas, en virtud de una condición de rebosante y paradisíaca naturaleza. No concuerdo con Dabove cuando asume que “el trabajo es [...] representado metonímicamente, por medio de sus efectos en la identidad de Nicolás”,¹⁰⁴ o cuando escribe que “en Yautepec no hay contradicciones de clase, ni alienación, ni plusvalía, ni distinción [...] entre el trabajo y el ocio, entre lo público y lo privado.”¹⁰⁵ Más que “puro reaseguro simbólico”, no describir escenas donde se muestren las actividades comerciales, responde mayormente a una simple necesidad de verosimilitud narrativa: Yautepec está paralizado por el miedo. Es aparente que *El Zarco* se desarrolla en un escenario donde prevalece el vacío de poder, y que en ese vacío los valores presupuestos pierden su validez, lo cual no implica que estemos frente a un paraíso “sin contradicciones y sin distinciones.” Cuando se piensa en una alegoría de la ciudadanía, ésta no se explica en términos abstractos, no se refiere a “lo bueno”, o a “lo edénico” del pueblo morelense; lo que se simboliza es un ambiente natural vigoroso, que enfrenta las adversidades sin derrumbarse; donde surgen hombres como Nicolás y Sánchez Chagollán, capaces de reaccionar según las circunstancias que apremien a su comunidad. La alegoría, entonces, funciona en dos vías: una literaria, donde Nicolás actúa como personaje tipo, y que por tanto, sus acciones se encauzarán hacia la demostración de su intachable virtud, y otra histórica, donde Altamirano manifiesta que la civilización estuvo siempre en otra parte, en el campo, en la raza india, en esa parte de la nación que acaso los letrados idealizaron. La fuerza simbólica de la novela recae en significar la tranquilidad y la seguridad que fueron perdidas, tras ser arrebatadas por los plateados, quienes no pueden representar otra cosa que el caos. La dicotomía es clara: por un lado tenemos a Nicolás/Yautepec, que resultan en una idea de ciudadanía y de naturaleza exuberante;

¹⁰³ *Ibidem*

¹⁰⁴ *Ibid.*

¹⁰⁵ *Ibid.*; p. 177

por el otro observamos a el Zarco/ Xochimancas que sustentan la idea del caos y la depredación sin sentido. Bajo esta dicotomía, bien diferenciada, pero engranada indisolublemente, se aprecian los hilos que mueven a la narrativa de la novela.

2.4.2. El Zarco o “la masculinidad afectada”

Xochimancas es el sitio donde se resguardan los plateados. Altamirano explica que “en la antigüedad azteca, ese lugar [...] fue un jardín, seguramente un vasto jardín, tal vez una ciudad llena de huertos y de flores, un lugar ameno y delicioso consagrado al culto de la flora azteca [...]” (Z, p.62). Luego lamentará: “¡Triste suerte la de un lugar consagrado por los inteligentes y dulces indios a la religión de lo bello!” (Z, *ibídem*). Sánchez Jiménez, en concordancia con su trabajo que señala que *El Zarco* es una alegoría vegetal, hará notar que la descripción de Xochimancas, “es un perfecto ejemplo de esta construcción metafórica” de Altamirano.¹⁰⁶ En efecto, en este sitio se constituye una metáfora central en la novela. Hacienda derruida, olvidada que ahora resguarda a los salteadores de la peor calaña y que antes era tierra fértil. Herencia del pasado prehispánico, exterminada por el español. Xochimancas es tierra yerma y maldecida, muy al contrario de Yautepec, que aún bajo las inclemencias de la guerra civil, sigue enhiesto, como sus limoneros y sus naranjos que “florecen en todas las estaciones”. El entramado novelístico de Altamirano pretende escardar la hierba buena de los abrojos, en un sistema de correspondencias que no permite mezclar la virtud con lo pernicioso y que da a cada quien lo que merece, justamente y en pleno fundamento de la ley. Si es preciso, el autor reacomoda la realidad por medio del artificio literario, para que no haya duda de que el bandido no tiene más destino que pagar sus fechorías. Modifica, por ejemplo, una sentencia sobrenatural que aterroriza a los de raza india: “cuando el tecolote canta, el indio muere”. Altamirano permuta la segunda oración para anunciar el final fatídico del Zarco: “-¡Maldito tecolote! ¡Siempre le ocurre cantar cuando yo paso!”. El plateado luego reconvendrá: “- ¡Bah! Esto no le da miedo más que a los indios, como al herrero de Atlihuayan; yo soy blanco y güero...; a mí no me hace nada” (Z, p.28). Así, en razón de la narrativa, de la casualidad de la novela, Xochimancas, “esa especie de cárcel o de mazmorra”, es el lugar propicio para ser ocupado por los plateados y por el Zarco, quien arrastra a esos lares a Manuela, la rebelde, avariciosa y bella joven proveniente de Yautepec.

¹⁰⁶ Antonio Sánchez Jiménez, *op. cit.*P. 74

La idea del caos encuentra aquí otro elemento. Al hombre y al lugar, se le suma la mujer: el Zarco/ Xochimancas/ Manuela completan la triada que se contrapone a la idea de ciudadanía, representada por Nicolás/ Yautepec/ Pilar. Las dos mujeres, como en el caso de Nicolás y el Zarco, se diferencian en apariencia y fondo, de tal manera que el fondo deriva en la forma de las cosas. Hallamos, entonces, que la avaricia y la soberbia de Manuela corresponden a una mujer blanca, de rasgos europeizantes: “de ojos oscuros y vivaces y de boca risueña, tenía algo de soberbio y desdeñoso que le venía seguramente del corte ligeramente aguileño de su nariz, del movimiento frecuente de sus cejas aterciopeladas, de lo erguido de su cuello robusto y bellísima o de su sonrisa más bien burlona que benévola” (Z, p.6). Asimismo, Pilar, de carácter humilde y abnegado, responderá a una descripción de aquellas mujeres “que se alejan del estilo español, sin confundirse con el indio, y que denuncia a la hija humilde del pueblo”. (Z, *ibídem*). Debemos remarcar otra cuestión: el origen de las dos mujeres. De Manuela, como del Zarco, se hace mención explícita de sus padres, a los cuales desprecian con tal de lograr sus propósitos mezquinos. Pilar, por su parte, como Evaristo, son huérfanos que encuentran en Antonia a una madre, a la cual lloran amargamente el día de su muerte. En cobijo de lo dicho por Herr, “la ausencia palpable del padre [es] metáfora del abandono gubernamental,”¹⁰⁷ diremos que Antonia viene a significar a la comunidad, ajada y muerta, que no obstante, resucitará gracias a quienes la tomen, otra vez, con brazos abiertos. En consecuencia, la lógica de la narrativa de Altamirano desembocará en “el amor bueno” entre Pilar y Nicolás, cuya boda se convierte en una celebración multitudinaria:

Desde muy temprano, desde que la luz del alba se había extendido en el cielo limpio de nubes, y sobre las montañas, las huertas y el caserío, su manto aperlado y suave, los repiques a vuelo, en el campanario de la iglesia parroquial, habían despertado a los vecinos; la música del pueblo tocaba alegres sonatas, y los petardos y las cámaras habían anunciado la misa nupcial. (Z, p.86)

Añade el autor que Pilar es “la perla del pueblo por su carácter, por su hermosura y sus costumbres.” La boda se vuelve, de un evento familiar y solemne, a la celebración escandalosa de la comunidad de Yautepec, por el triunfo de la virtud y la civilización; la victoria del presente frente al pasado, de los expósitos ante los que dilapidaron las

¹⁰⁷ Robert Herr, *op. cit.*; p. 128

enseñanzas de sus padres; el triunfo de “una masculinidad moderna” que se emplea en actividades económicas que anulan el servilismo o la esclavitud, y que, además, implica autoridad moral y ejemplo de ciudadanía. Dabove opone estas características a las del Zarco, el cual, según aquél, profesa una “masculinidad excesivamente teatral”: “Los plateados eran cuidadosos administradores de su origen [...] subsumían su identidad en una imagen pública mediada o creada por su indumentaria [...] una apropiación transgresiva de prendas y materiales que el sistema [...] reservaba a los hacendados, y vedaba a los campesinos.”¹⁰⁸ El Zarco y los plateados, en una palabra, son improductivos. El terror que ejercen en Yautepec radica en que andan en grupos numerosos. Su fachada no cumple con ninguna suerte de camuflaje o de mimesis que los ayude a hacer sus fechorías; su proceder no se sustenta en un sofisticado plan maestro, que en Relumbrón y que, incluso en Evaristo de *Los bandidos*, sí existe y que delata ingenio, en aras de la acción maquiavélica. El Zarco y los plateados ostentan pasivamente, se lucen frente a la población, y sobre todo, frente a sus patrones, quienes ahora viven bajo el terror de ser despojados o asesinados por ellos. Sus robos son mera demostración de fuerza y de barbarie. Roban porque sí, porque “buscaban las emociones groseras de los sentidos para completar la fortuna de su situación presente” (Z, p.27). En suma, es una manada desbocada, cuyo resol no oculta más que caos indiferenciado, el instinto salvaje de poseer, de hacinar objetos como ratas. De esta manera, lo uno explica a lo otro: Narrativamente, Nicolás explica al Zarco, y viceversa. Nos encontramos ante una novela ejemplar, que se bifurca en dos opciones hipotéticas diferenciadas, por las cuales hay que elegir: La ciudadanía o el bandidaje, donde la primera nos llevará al gran concierto de las naciones, y la segunda, a la ruina de la nación. El Zarco no podrá representar otra cosa que a “un demonio vomitado del infierno”. Al respecto escribirá Herr:

Ignacio Manuel Altamirano [...] desafía directamente la imagen romántica del bandido al estilo ‘Robin Hood.’ El retrato del Zarco, caracterizado en la novela como un ladrón holgazán y vicioso, corresponde a una visión del bandido como parásito social que junto con sus cómplices entre los políticos corruptos despoja al pueblo de sus riquezas y debilita a la patria.¹⁰⁹

¹⁰⁸ Juan Pablo Dabove y Susan Hallstead, *op. cit.*; p. 175

¹⁰⁹ Robert Herr, *op. cit.*; p. 122

Manuela encarna esa visión romántica. Evidentemente, es la única habitante de Yautepec que idealiza al Zarco. Al estar en Xochimancas, no tarda en rasgarse el simulacro:

Ella suponía que el Zarco iba llevarla a alguna cabañita salvaje, escondida entre los bosques, o a alguna gruta abierta entre las rocas que solía divisar a lo lejos entre los picos dentellados de la sierra. Ese, ese escondite era digno de la querida de un bandido, de un enemigo de la sociedad. Allí estarían solos, allí serían felices, allí ocultarían sus amores criminales, pero libres. Allí ella lo esperaba preparando la comida, y palpitante de pasión y de inquietud [...] besaría aquellos ojos fatigados por la vigilia de la emboscada o del asalto nocturno o reclinándolo sobre su seno, velaría por su amante mientras dormía. (Z, p.63)

Dabove codifica a Manuela como una “Emma Bovary de tierra caliente [...] que ha leído demasiados libros exóticos para su propio bien.”¹¹⁰ Cabría a bien precisar que aquí “los libros exóticos” son cambiados por las joyas que roba el Zarco para obsequiárselas a Manuela y que ésta guarda con tanto recelo. La fantasía romántica adquiere tintes negativos para el Estado. No de otra manera, las joyas que causan la decisión de la mujer por fugarse son dos pulseras de plata con figuras de serpientes: “un tremendo combate entre los últimos remordimientos de una conciencia ya pervertida, y los impulsos irresistibles de una codicia desenfrenada y avasalladora. Triunfó ésta, como era de esperarse” (Z, p.27). La serpiente hace sucumbir a Manuela ante la promesa de una vida de libertad y de amor apasionado y abandona Yautepec. En virtud de una predestinación literaria, y de símbolos que equivalen al mal en la religión católica, el Zarco es la oscuridad, la condenación en vida, y ya que hablamos de novela ejemplar, debemos esperar el castigo más severo. De hecho, el Zarco muere colgado y Manuela experimenta un final romántico: “Dos soldados fueron a levantarla, pero viendo que arrojaba sangre por la boca y que estaba rígida y que se iba enfriando, dijeron al jefe: ¡Don Martín, ya está muerta!” (Z, p. 90). Sin embargo, a pesar que todo desemboca hacia el merecido castigo, el triunfo de la ciudadanía de Yautepec permanece en incertidumbre. La carroza nupcial, en donde viajaban Nicolás y Pilar, da la espalda ante la facultad de aplicar leyes extraordinarias que posee Martín Sánchez Chagollán. El caos ilimitado queda en manos del poder ilimitado. “Y la comitiva nupcial antes tan alegre, partió como una procesión mortuoria...” (Z, p. 89). La vida nueva de Pilar y Nicolás, que representa el triunfo de Xochimancas y de la ciudadanía propuesta por

¹¹⁰Juan Pablo Dabove y Susan Hallstead, *op. cit.*; p. 183

Altamirano, sólo le queda marchar hacia delante sin detenerse. Detrás permanece el sonido de la barbarie.

3. Los bandidos héroes

3.1. Algunas consideraciones sobre la definición de héroe

Hemos dicho que el villano es más receptor de las circunstancias del ambiente que un ser activo que persiga un fin. El villano se constituye como parte orgánica de una trama de la realidad, igual que un monte en el campo, o un edificio en la ciudad. Preponderan en su discurso vital las fuerzas naturales que anulan a la voluntad, y que lo predestinan a actos atroces, bestiales, no civilizados. Reacciona, no racionaliza, como animal salvaje que marca su territorio instintivamente. Si trazamos una gráfica que describiera sus andares por la vida, ésta describiría un electrocardiograma, como lo asegura Arnaud Bobadilla con respecto a Evaristo, el tornero de *Los bandidos*.¹¹¹

El héroe, en cambio, recorre un viaje de ida y vuelta, en el cual dibujará un círculo, al contrario de las manecillas del reloj. Su marcha es fundacional y de auto-descubrimiento: por una parte recrea la cosmovisión de la sociedad en donde vive, a favor del bien común; por otra, descubre su origen, o en todo caso, hace patente todas aquellas virtudes aprehendidas durante su estancia en el hogar. El héroe se convertirá en un símbolo, que representará la posible normalización del mundo. “Como las familias felices, los mitos y los mundos redimidos son todos iguales.”¹¹² Éste, al final de la empresa extraordinaria se redimirá y redimirá a los hombres de su comunidad, no sin antes sortear una serie de obstáculos, que lo harán digno del triunfo final. De esta manera, su relación con el mundo será fraternal y justa; formará un núcleo cercano que le admirará, y a su vez, le servirá en los tiempos más aciagos. “Uno para todos y todos para uno”. Los astros se alinearán para señalarle la meta adonde llegar, después de escalar el infierno. La construcción geométrica del camino heroico es, por tanto, una característica que debemos destacar, así como la preponderancia simbólica del héroe, pues, aquí la narrativa, contrario a la novela de corte naturalista, funge como historia de formación, donde el *ethos* domina al *pathos*. Si en una lo importante es la observación

¹¹¹ “Si fuera permitido “dibujar una gráfica” que describiera la trayectoria de Evaristo, veríamos una suerte de electrocardiograma que, en sus subidas y bajadas, arrastra al resto de los personajes, y a la trama misma, hacia situaciones inesperadas, aunque la mayoría de las veces, siembra a su paso la discordia y funge como vehículo de la desgracia para los demás.” Alfredo Arnaud Bobadilla, *op. cit.*; p. 183

¹¹² Joseph Campbell; *op. cit.*; p. 35

de los personajes en ambientes aciagos y sórdidos, en la narrativa heroica veremos la conformación de caracteres que persistirán y se moldearán virtuosamente a través de la aventura, aun contra las vicisitudes más adversas y extraordinarias. Ya sea Buda, Ulises, Jasón, el Cid, el ciclo está destinado a completarse – a la luz de cierta fuerza sobrenatural– porque, ante todo, la totalidad debe ser refundada perpetuamente. El héroe es un instrumento para la sanidad y el equilibrio del mundo.

Aquiles o Ulises, Dante o Arjona –precisamente porque en sus caminos son guiados por dioses- saben que esa guía podría faltarles; saben que sin esa guía se enfrentarían, del todo impotentes, con enemigos muy superiores. Por eso la relación entre mundo objetivo y mundo subjetivo se mantiene adecuadamente en equilibrio: el personaje percibe adecuadamente la superioridad del mundo externo que se le enfrenta; pero, a pesar de esa humildad interior, puede triunfar al final, porque el supremo poder del mundo lo conduce hacia la victoria su fuerza en sí misma más débil; de tal modo que no sólo se corresponden las relaciones de fuerza representadas con las verdaderas, sino que además, las victorias y las derrotas no entran en contradicción con el orden real del mundo, ni con el deber-ser.¹¹³

El camino del héroe debe ser de la forma de un círculo, porque se reconstruye, durante su transcurso, el orden y la estabilidad de lo creado; es, por lo tanto, la conmemoración del mito –volverlo a vivir– por el cual se fundó la civilización de una vez y no eternamente; es el morir y el renacer por el cual se sostienen las cosmogonías de los pueblos. La forma geométrica conjura el primer ciclo. El círculo, al igual que espacio, es tiempo.¹¹⁴ De aquí que el héroe posea un carácter unidimensional; todas sus acciones estarán *destinadas* a forjar su *fortitude et sapientia*¹¹⁵ que darán base al símbolo

¹¹³ Georg Lukács, “Ensayo de tipología de la forma novelística” en *El alma y las formas y teoría de la novela*; p.35

¹¹⁴ Mircea Eliade, al hablar sobre el hombre religioso de las culturas arcaicas, escribe: “La significación profunda de todos los hechos parece ser la siguiente: [...] el Mundo se renueva anualmente; en otros términos: reencuentra en cada Año Nuevo la “santidad” original que tenía cuando salió de manos del Creador. Este simbolismo está indicado claramente en la estructura arquitectónica de los santuarios. Puesto que el tiempo es a la vez el lugar santo por excelencia y la imagen del Mundo, santifica el Cosmos por entero y santifica igualmente la vida cósmica. Ahora bien: a esta vida cósmica se le concebía bajo la forma de una trayectoria circular. Se identificaba con el Año. El Año era un círculo cerrado: tenía un comienzo y un final, pero también la particularidad de que podía “renacer” bajo la forma de un Año Nuevo” Mircea Eliade, *op. cit.*; p. 68.

¹¹⁵ Sentencia aplicada por los críticos al caballero medieval, que bien sirve para entornar las virtudes del héroe; mejor decir, el caballero medieval es un héroe. Por ejemplo, del Caballero de Zifar se dice: “[...] buen cavallero de armas e de muy sano consejo a quien gelo demandava, e de grant justícia quando le acomendavan alguna cosa do la oviese de fazer, e de grant esfuerzo, non se mudando nin orgullesçiendo por las buenas andanzas de armas quando le acaecían, nin desesperando por las desventuras fuertes quando le sobrenian. E siempre dezia verdat e non mentira quando alguna demanda le fazian, e esto fazia con buen seso natural que Dios posiera en el.” Véase *El libro del Caballero de Zifar*; p. 75

de la civilización. Si sus actos se bifurcarán hacia derroteros no virtuosos, éstos se explican desde un discurso donde las pruebas enaltecen, así como sus fracasos, si acaso los tuviese. Al final de la aventura, el héroe será más sabio y más fuerte; significará de la manera que el deber-ser debe ser. Dos premisas extraemos de lo anterior: una, que el ciclo heroico se realiza en un espacio vital insustituible, el cual debe ser redimido perpetuamente. El héroe no funda, sino renueva votos con la historia de la comunidad, de la cual obtiene lo mejor de su persona. Otra, que no habrá ambigüedad moral en sus acciones. Las muertes que acometa serán sacrificios que lubricarán su trayectoria circular. Sus mentiras serán argucias ingeniosas. Existe una especie de licencia plenipotenciaria dada por la totalidad, que transfigura cualquier entorno caótico en narrativa heroica, la cual adquirirá sentido, sólo si el héroe culmina la empresa y ofrece los dones obtenidos a los habitantes de la tierra de donde es originario y de la que fue desterrado, injusta pero necesariamente, en pos de la sanidad del mundo.¹¹⁶ Es lo que Campbell llamará “monomito”, y que se resumirá en la fórmula “separación-iniciación-retorno”.¹¹⁷ Así, “los actos verdaderamente creadores están representados como aquellos que derivan de una especie de muerte con respecto al mundo y lo que sucede en el intervalo de la inexistencia del héroe, hasta que regresa como quien vuelve a nacer, engrandecido y lleno de fuerza creadora, hasta que es aceptado unánimemente por la especie humana”.¹¹⁸

Dado a estos presupuestos, la figura que nombramos como bandido héroe empata con las características del bandido social de Hobsbawm,¹¹⁹ en cuanto a que éste es desterrado y erigido como defensor de los pobres y terror de los ricos; como hombre justo que retribuirá a los desposeídos; ese destierro es ocasionado por la ofensa o el agravio de un hombre de una posición social y económica superior, del cual el bandido se vengará al final de la historia; más que ciclo heroico, nos encontramos ante una narrativa de casualidad social. Referirá, al respecto, Juan Pablo Dabove: “para el

¹¹⁶ Tal ciclo debe ser concluido, aún después de la muerte de quien lo inició. Por ejemplo, en *El cantar de los infantes de Lara*, tras la traición de Ruy Velázquez, los de Lara mueren en batalla contra “los infieles” moriscos. Es el bastardo Mudarra, nacido del amasiato entre Gustioz González, también padre de los infantes, y la hermana de Almanzor, rey “infiel”, quien se venga de Velázquez, asegurando la buena fama de sus hermanos, y logrando en el proceso, el reconocimiento como hijo de Gustioz. Mudarra, por tanto, cierra dos ciclos, el de su familia y el suyo mismo. Véase Manuel Alvar; *Cantares de gesta medievales*; pp. 17-68

¹¹⁷ Joseph Campbell, *op.cit.*; p.35

¹¹⁸ *Ibidem*; p. 40

¹¹⁹ Véase *supra*; nota 8

campesino, son actos que destruyen de un golpe siglos de rituales de dominación”.¹²⁰ Para objeto del análisis que se realizará a continuación, se utilizará el término “bandido héroe”, puesto que encaja en diversos campos, y no se enclava meramente en aspectos sociológicos e históricos. Lo importante es navegar por varios puertos, sin salirse del mar del discernimiento literario. El bandido de las novelas en cuestión que se analizará como tal, lo encontramos en *Astucia*.

3.2. Astucia, personaje de Luis G. Inclán, ¿héroe nacional?

3.2.1. Astucia o el D’artagnan mexicano

La similitud entre *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas y *Astucia*, de Luis G. Inclán es de inmediato acusada, porque el lema de batalla de mosqueteros y contrabandistas es el conocido “Uno para todos, todos para uno”. Y las concordancias, según José Emilio Pacheco, van más allá de ello. Él advertirá que *Astucia* es “una novela de caballería en ‘lengua nacional’ y una muy auténtica mexicanización de *Los tres mosqueteros*”.¹²¹ Ciertamente, existen argumentos para sustentar dicha afirmación. Uno de ellos es que tanto el padre de *Astucia* como el de D’artagnan ostentan un admirable pasado militar. Don Juan Cabello formó parte de la insurgencia en el valle de Quencio, en sacrificio de “la independencia de su patria”; (A, p. 7), cuando su hijo Lorenzo Cabello se dispone a unirse a “Los hermanos de la hoja”, éste recibe la herencia insurgente de su padre en forma de “trabucos y cananas”; también le hereda un caballo, un perro llamado “Sultán” y el más importante consejo que lo guiará en su nuevo camino: “Con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión” (A, p. 91). Por su parte, se menciona del padre de D’artagnan en *Los tres mosqueteros* que ha participado en “guerras de religión como voluntario” y que su nobleza de caballero se remonta 500 años atrás, sin mencionar la relación de amistad que sostuvo con el señor de Treville, el jefe de los mosqueteros de Luis XIII, en su juventud. Todo este señorío es depositado en su hijo en tres regalos: una espada, una carta de recomendación al señor de Treville y un ungüento, cual bálsamo de Fierabrás, hecho por la madre del gascón, quien se dispone a ser mosquetero y a entrar a la Corte parisiense.¹²² Si vimos que el Sr. Leucona al morir, padre de Evaristo el tornero, se lleva su sable “a la gloria”, y que con esto deja

¹²⁰ Juan Pablo Dabove, “El bandido social mexicano, entre el bárbaro y el soberano ilustrado: el caso de *Astucia*, de Luis Inclán (México, 1865)” en *Latin American Literary*; p. 48.

¹²¹ José Emilio Pacheco, “Presentación” a Payno. *El hombre de la situación y otras novelas*; p. VIII citado en Juan Antonio Rosado, *op. cit.*; p. 74

¹²² Alejandro Dumas, *Los tres mosqueteros*; p. 8

simbólicamente sin origen a su hijo, Astucia y D'artagnan le son entregados, en los objetos paternos, no sólo la historia familiar, sino la de la comunidad a la que pertenecen.

El origen de Astucia y de D'artagnan predispone buenamente para sus empresas heroicas, aunque los triunfos de sus padres hayan sido mínimos. Entendiendo que el ciclo heroico se puede extender más allá de la muerte, el asunto se convierte en una trayectoria circular que se hereda. Los descendientes son basamentos que se integrarán en pos de aquel afortunado en quien se verterán todos los esfuerzos de su árbol genealógico y quien culminará el castillo de su estirpe. Generaciones enteras trajinan su grano de arena con el fin de que Astucia y D'artagnan alcancen la gloria, que también es blasón que ornamenta el escudo familiar por la eternidad. En efecto, cada uno desde sus primeras andanzas y pendencias no hacen más que demostrar su valentía, ingenio y liderazgo. D'artagnan, en su caso, en el primer duelo que sostiene al lado de Athos, Porthos y Aramis, contra los mosqueteros del Cardenal Richelieu, hiere a Jussac, una de las espadas más hábiles del reino, amén de que salva a Athos de ser derrotado. “Si no soy mosquetero –dijo a sus amigos al entrar en el palacio de Treville– al menos ya se me puede considerar como aprendiz, ¿no es cierto?”¹²³ El gascón no era un aprendiz; desde esos instantes se vislumbraba su valor como el mejor de los espadachines, lo cual lo llevará después del sitio de la Rochela, a ocupar el cargo de teniente de los mosqueteros de Su Majestad, Luis XIII, ni más ni menos que otorgado por el hombre más poderoso de Francia de esos tiempos: Su Eminencia, el cardenal Richelieu. El sereno Athos llegará expresar sobre el joven D'artagnan: “El gascón es el diablo, nada se le escapa.”¹²⁴

Lorenzo Cabello pasa por un ritual que lo transformará en Astucia. Como en todo rito de iniciación, deberá sortear una dura prueba, que si la enfrenta gallardamente, se hará digno de formar parte de la cofradía de la hoja. Ésta consiste en que Cabello no se dejará quitar sus pistolas, a la sazón de que todos los contrabandistas se le abalanzan salvajemente. “Ruda y tenaz fue la lucha, pero mucho más la resistencia; pues sirviéndole a Lorenzo sus fuerzas hercúleas, sólo a empujones se los quitaba de encima, llevándose ellos entre sus manos lo que podían agarrar, hasta que dejándolo casi en

¹²³ Alejandro Dumas; *ibidem*; p. 47

¹²⁴ *Ibidem*; p.76

cueros y convencidos de su energía”(A, p. 98) lo aceptaron como contrabandista de la rama. “Dejarlo en cueros”, simbólicamente, responde a la necesidad del renacimiento de Lorenzo Cabello. Campbell nos dirá que “la idea tradicional de la iniciación se combina con una introducción del candidato a las técnicas, deberes, prerrogativas de su vocación, con un reajuste radical de sus relaciones emocionales con las imágenes paternas [...] Idealmente, el investido ha sido despojado de su humanidad y se representa una fuerza cósmica impersonal. Es que ha nacido dos veces [...]”.¹²⁵ El acto de iniciación, entonces, estará incompleto hasta volver a vestir al renacido y son quienes desgarraron sus viejas ropas, los Hermanos de la Hoja, los que ungirán a Lorenzo con su nuevo atuendo, el cual lo hace lucir más imponente y con el poder necesario para proponerse la empresa del contrabando:

—Yo — dijo Chepe Botas- le quité su sombrero, que no dejó de salir averiado; pero aquí está este otro que lo reemplaza; - y le dio uno muy galoneado con sus toquillas y chapetas de valor.

— Yo — continuó diciendo el Tapatío-, a pedazos lo despojé de su chaleco y mascada con un anillo, que por haber sido de mi madre lo tengo en alguna estima y gustoso se lo endono.

— En cambio de tu chaqueta de paño fino, que no resistió muchos jalones- dijo el Charro Acambareño-, hazme el favor de ponerte esta chamarra de venado, que aunque guarnecida de plata y de algún precio, nunca puede satisfacer a mis deseos de patentizarte mi amor y mi estimación.

— Yo— dijo al último Tacho Reniego-, le hace trizas su camisa y calzoncillos, pero fue porque tenía empeño en que fueran sustituidas con estas otras, con que mi novia me ha dado a conocer el mérito de sus manos. Y le presentó ambas piezas primorosamente trabajadas. (A, p. 90)

Ya revestido fraternalmente por sus cofrades, el hombre venido del valle de Quencio estará preparado para recibir el bautizo, y son las palabras de su padre las que lo darán a luz. Al tiempo que Pepe el Diablo le humedecía la cabeza con aguardiente, Lorenzo oía las siguientes palabras: “*Astucia, yo te bautizo en nombre de los Hermanos de la Hoja, a quienes desde este momento perteneces*” (A, p. 101). El cónclave entre los contrabandistas no terminaría ahí; aún tenían que elegir a su líder. A diferencia de D’artagnan que tras la demostración de sus habilidades se granjea el respeto y la

¹²⁵ Joseph Campbell, *op. cit.*; p. 128

admiración de la Corte, Astucia consigue su posición de liderazgo mediante una rifa: entre varias monedas marcadas por los Hermanos de la Hoja, depositadas en un sombrero, la asida por la “güerita”, hija de 3 o 4 años de Alejo, es “un peso falso que le coloradea el cordón”, que es la que pertenece a nuestro personaje del valle del Quencio. No es que la fortuna ocupe un papel vital en la visión de los proscritos; no se establece como la gran igualadora o la fuerza más justa, porque la hermandad confiere igualdad y justicia a sus miembros. La rifa aquí nos da a entender que todos son dignos depositarios de la raigambre proveniente de la insurgencia independentista. Y aunque el mismo Astucia trata de delegar la responsabilidad, asumiéndose prudentemente como un contrabandista sin experiencia, no tiene más remedio que aceptar. Pepe, el Diablo argumenta dejando de lado a la fortuna, que Astucia será el indicado para presidir la cofradía: “Ninguno más a propósito que tú, que tienes un personal, a la vez que simpático, imponente; no eres nada tonto y reglamentando nuestros trabajos, puedes dedicarte con más empeño a la reflexión, ya que eres Astucia, para reunir ambas cosas con que todos podamos aprovechar la dicha ocasión” (A, p. 104). La suerte si algo hizo fue elegir, ni más ni menos, que al mejor elemento, quizá el de mejor estirpe. En efecto, la figura paterna constituirá un baluarte y un guía para la formación espiritual de Astucia; y no nos referimos sólo a don Juan Cabello; recordemos a don Primitivo Cisneros, preceptor jesuita, que lo toma entre sus manos cuando era niño, con el sobrenombre de “Lencho el perverso”, por su carácter hiperactivo y rebelde. Incluso, habrá que asegurar que fue éste quien embridó sus instintos salvajes. La clave estaba en tratar al joven Lorenzo como hombre y no como potro desbocado. “Quiero que sienta una emoción que le llegue al alma, ya que los sentimientos del cuerpo los ha embotado usted a fuerza de sus majaderos castigos —le dice don Primitivo a don Juan —; en fin si usted tiene vanidad en saber domesticar potrillos [...] yo la tengo en educar muchachos y formar hombres de honor y bien inclinados.” (A, p. 9). Lorenzo Cabello estaba destinado, como Evaristo de *Los bandidos*, a ser dominado por la crápula y la vida licenciosa: vida caótica que brota del espacio silvestre. Hemos aquí la importancia de un debido agente social que filtre conductas predestinadas por el ambiente y el entorno social. El “impropiamente iniciado” estrellará el carro del sol, causando el caos en la tierra. Don Juan Cabello, en lugar de asumirse como Febo indulgente, delega el papel de preceptor a don Primitivo, impidiendo que Lencho se convierta en Faetón.

Esta fábula del padre indulgente-refiriéndose Campbell sobre el mito de Faetón- ilustra la antigua idea de que cuando los papeles de la vida son asumidos por los impropriamente iniciados sobreviene el caos. Cuando el niño sobrepasa el idilio con el pecho materno y vuelve a enfrentarse con el mundo de la acción adulta especializada, pasa, espiritualmente, a la esfera del padre, que se convierte, para su hijo, en la señal del trabajo futuro [...].¹²⁶

Astucia, quien por cierto, pierde “los chiqueos” de su madre a los trece años, cuando ésta muere, forja su carácter con base en una tradicional patriarcal, sabia y prudente. No es un agente del caos engendrado de un espacio hórrido, el cual florece como hierba con abrojos, sin nadie que la corte y la moldee. Se percibe entre los personajes que lo rodean una cierta conciencia, quizá primitiva, de que el hombre no puede crecer como un buen salvaje: hay que civilizarlo. El padre de don Juan Cabello responde a una eterna necesidad de ascender a una vida mejor. Ahora es su hijo quien otra vez, podría promoverse a un territorio lejos de la naturaleza rudimentaria de los montaraces, educándose, aprendiéndose la gramática, sabiendo la aritmética debidamente. Si es que D’artagnan va a Paris a cumplir el deseo no cumplido de su padre, que es ingresar en la Corte, Lorenzo Cabello tendría la oportunidad, por su parte, de concretar la combatida meta de civilización de sus antecesores, objeto que no es comprendido aquí como mera simulación. El hombre campestre debe ser instruido, en plenitud, en las artes civilizatorias. A este respecto, “Lencho el perverso”, en dos meses, “escribía perfectamente aprisa” y hasta “ya lo mandaba su maestro una que otra vez a corregir, y con el pretexto de que les echara cuentas, tomara lecciones de aritmética, gramática, ortografía, etc., a las niñas [de la escuela de don Primitivo]” (A, p. 25). Sin embargo, las inclinaciones de Lorenzo Cabello prevalecen, a pesar de que éstas fueron embridadas y formadas por la mano de don Primitivo; en lugar de labrarse un camino hacia lares ciudadanos, se hace de dos mulas y cuatro barriles de aguardiente, para volverse en “Lorenzo el aguardentero”(Véase A, pp. 66-67).

En este caso, lejos de haber triunfado la civilización en la formación del joven Cabello, las enseñanzas que éste recibe son transfiguradas acorde a los aires del campo, los cuales son considerados por los hijos de los insurrectos independentistas, como los únicos dignos de ser respirados. De hecho, el espacio de la novela de Luis G. Inclán se desarrolla dentro de los marcos de lo que Margo Glantz designará como una “utopía

¹²⁶ Joseph Campbell, *ibídem*; pp. 127-28

insurgente”.¹²⁷ De esta manera, Astucia equivaldría a la memoria vívida de aquellos quienes se rebelaron en contra de la corona española, a favor de la construcción de la nación, y que no fueron restituidos de lo que justamente les pertenecía. Ellos, quienes continuaron alejados de la civilización, a pesar de haber luchado en aras de su edificación, y que, no obstante, lejos de incluirlos, los mantenía en su lugar de sumisión y de olvido. La nación se cimentó bajo ruinas. La nación permaneció en estado latente de grandeza. Sus hijos, en lugar de continuar la herencia de los padres, peleando en una guerra que no los situó en algún lugar diferente, prefirieron encumbrar los valores y el sistema social de la tierra en donde nacieron, que resulta en un portento de armonía y organización.

Podemos observar una gran divergencia entre Astucia y D’artagnan. El gascón guarda lealtad a sus símbolos de autoridad, a pesar de las intrigas de los hombres de Estado, quienes mueven los hilos de la Francia del siglo XVII conforme se arremolinan sus afectos y se acomodan sus conveniencias. Su cosmovisión encaja aún con el deber-ser y con el devenir de los tiempos; existe en él, por así llamarlo, una épica nacional. En cambio, Astucia abreva de un legado de insurgencia que aún espera ser restituida y que funda en la comunidad rural un sistema de leyes, que funcionan más eficazmente que las de la civilización, por la cual un día murieron los padres de Lorenzo Cabello y de los demás contrabandistas; Astucia es parte de una contra-civilización, una utopía. Al respecto elucubrará Juan Pablo Dabove: “ellos son la memoria de la insurgencia independentista, porque el contrabando es una reactualización del legado de sus antecesores. Así, la Hermandad de la Hoja es una comunidad imaginada que se forma de acuerdo a principios identitarios diferentes a los de las naciones-Estado.”¹²⁸ Mientras que en *Los tres mosqueteros* se maquina una especie de idealización del Estado, a pesar de sus deficiencias,¹²⁹ en *Astucia* se describe un sistema alterno de ley y justicia, que

¹²⁷ Juan Pablo Dabove, *op. cit.*; p. 59

¹²⁸ *Ibidem*; p. 55

¹²⁹ Una muy acerba idealización habría que añadir, ya que Alejandro Dumas nota, en varias ocasiones, las costumbres disolutas de los tiempos de Luis XIII; por ejemplo, cuando D’artagnan llega a pensar en vender una sortija de la malvada Milady Clarick, para comprar su equipo de mosquetero, el autor escribe: “No sería lógico juzgar las acciones de una época con el criterio de otra. Lo que hoy se juzga como vergonzoso por cualquier hombre, era en aquel tiempo cosa sencilla y natural, y los segundones de la mejores familias se hacían, generalmente, mantener por sus amigas” Véase Alejandro Dumas; *op. cit.*; p. 280. Y su crítica no sesgaba sólo entre los particulares y la vida cotidiana; al hablar sobre los conflictos entre Francia e Inglaterra, que causarán el sitio de la Rochela, pondrá especial cuidado en la razón primigenia de la tensión entre los dos países: los amoríos de la Reina de Francia y el conde de

funciona a pesar del Estado. Por lo tanto, si admitimos “que el ciclo heroico se realiza en un espacio vital insustituible, el cual debe ser redimido perpetuamente”,¹³⁰ cabría preguntarse si Astucia es un héroe en el total sentido de la palabra, y en todo caso, cuál es el espacio que redime, en el trayecto de su ciclo; si acaso es un héroe de una novela cuyo “mexicanismo es sin par” como asegura Carlos González Peña,¹³¹ o nos encontramos frente a un héroe que defiende valores muy distintos que los que la civilización enarbola: un héroe de los disgregados.

3.2.2. Astucia, (anti)héroe de los disgregados

Jean Pablo Dabove propone que *Astucia* de Luis G. Inclán es “una fábula del *outlaw*”, cuya rama no se remite del “nacionalismo estatista” que resuelve el problema de la construcción del país en función de lo que llamamos civilizado –“esquema europeo de ciudadanía”²; Inclán se instala en un estadio *sui géneris* en donde más que integrar al campesino en el sistema, describe la “posibilidad de una homogeneización ‘desde abajo’ del espacio cultural mexicano”, mediante “el tropo del charro-bandido”,¹³² lo cual hace más idóneo colocar a su novela “más cerca del narco-corrido, que de la novela romántica.”¹³³ Al contrario de Araceli Espíndola Zavala y de Ricardo Torres Miguel, que aseguran que “en resumen la base de la novela es mayoritariamente romántica”,¹³⁴ el objeto de establecer a *Astucia* a distancia del *establishment* literario decimonónico es de carácter neurálgico para comprender a nuestro personaje principal, ya que su propósito estará alejado de ciertos paradigmas y de ciertos programas literarios en boga en el México de la segunda mitad del siglo. En efecto, *Astucia* deja el territorio de la construcción literaria y cultural de la nación, para ensalzar las virtudes de un espacio y un tiempo que se escinde del gobierno de su Alteza Serenísima; de esa capital tan acostumbrada al caos y a la fiesta, que conmemora la valentía de una extremidad, con semejante fervor que cuando entra el ejército trigarante o cuando se proclamó a Agustín

Buckingham. “D’artagnan se admiró al pensar de qué hilos tan frágiles y desconocidos penden muchas veces el destino de los pueblos y la vida de los hombres.” *Ibidem*; p. 165

¹³⁰ Supra; p. 48

¹³¹ Margo Glantz, “Astucia de Luis G. Inclán, ¿novela ‘nacional’ mexicana” en *Revista Iberoamericana*; p. 92

¹³² Juan Pablo Dabove, *op. cit.*; p. 51

¹³³ *Ibidem*; p.52. Dabove añade con palabras de Américo Paredes que “Inclán debe ser leído en el seno de una tradición de literatura popular que no es coextensiva con la “literatura mexicana” entendida como artefacto letrado-nacionalista. Paredes lee a Inclán en la serie de los *cowboy writers*, que prosperaron hasta el siglo XX a ambos lados de la frontera mexicano-americana.”

¹³⁴ Araceli Espíndola Zavala y Ricardo Torres Miguel, *La figura del bandido social mexicano en Astucia de Luis G. Inclán*; p. 26

de Iturbide monarca de México. Se taja en dos el espacio de la ilustración y el progreso en donde todos deben encajar, para convertirlo en sendos bandos: uno, en el cual radica lo buenamente campestre, lo digno, lo transparente y armonioso; otro, en el cual se localiza lo perniciosamente civilizado, lo chapucero, lo simulado y caótico.

Así obtenemos una aseveración: Lorenzo Cabello no será restituido por ninguna fuerza que concierna al deber-ser al final de la empresa, sí es que dicha empresa fue principiada en alguna ocasión. D'artagnan sale de Gascuña; en París, pasa una serie de penalidades y duelos; va a la campaña de la Rochela para enfrentar a los ingleses y, al fin es premiado con el cargo de teniente de los mosqueteros de Luis XIII, otorgado por Richelieu. Astucia, en cambio, desarrolla su ciclo en la tierra que lo vio nacer, el valle de Quencio, aprende a escribir con don Primitivo, se vuelve aguardentero, contrabandista, Coronel y su recompensa es una vida descansada, después de enterrarse simbólicamente, desencantado de que ninguno de los habitantes de su comunidad lo siguiera en una aventura temeraria, para salvar al gobernador de Michoacán: “Qué egoístas, viles y canallas, no son más que convenencieros; estercóalos, Tortuguilla, échales la tierra en la cara” (A, p. 625). Su ciclo no es una búsqueda de la normalización de las circunstancias de su comunidad, puesto a que ésta desde el inicio no sufre del caos. Su trayectoria no equivale a la muerte y al renacimiento de su personalidad, ya que siempre será un hombre del campo. Astucia pretende legitimar un terreno que a luces de los letrados y la cultura es infértil para la ciudadanía y el progreso. El círculo que dibuja su trayecto es alterno siempre al del deber-ser, es decir, al de la historia de la nación, e inicia y finaliza con el nombre y apellido con el cual lo bautizó su padre, Lorenzo Cabello, sin realmente experimentar cambios en sus dotes de líder y su sabiduría, más bien evidenciándolos en cada uno de sus actos, tras ser bautizado en la Hermandad. En consecuencia, su heroicidad se centra, no en erigir la civilización o en entregar un nuevo ladrillo para su edificación perpetua, ya que el mundo de los contrabandistas anega justicia. En dado caso, el conflicto se desata, porque la ley irrumpe en los linderos de la utopía insurgente. Se invierten los roles de Estado y delito. La ilegalidad deviene en una característica de la sociedad cordial y armoniosa, mientras que el caos se incrusta en la autoridad institucionalizada, representada, en primera instancia, por el Resguardo de la Renta, cuyos miembros son los verdaderos bandidos; mejor decir, son los villanos, quienes la Hermandad de la Hoja debe rechazar en pos de

una causa justificable, en términos de justicia no sólo abstracta, sino humana e históricamente racional:

Nosotros conducíamos nuestras cargas compradas -dice Astucia- con nuestro dinero; la hoja con que comerciábamos nos las vendían sus dueños que a costa del sudor de su frente la han sembrado, y beneficiado en las tierras de su propiedad; y respecto de que hay leyes que prohíben el libre tráfico de un efecto estancado, creo que no estarán vigentes las únicas que para el caso nos impuso el gobierno español cuando estábamos bajo su dominio, y entonces eran extensibles hasta para los cosecheros, porque después de tanto año de guerra y sangre vertida por los buenos mexicanos, que alcanzaron llevar al cabo esas malditas leyes que nos impuso el despotismo, y maniató a los hijos del país, impidiendo su progreso para tenerlo como el juguete de su avaricia, y mucho peor es, agarrarse de ellas para que nos azote el mismo látigo, y aún estemos uncidos al propio carro, cuando a voz y en cuello nos dicen nuestros representantes que somos libres. (A, p. 490)

Astucia está lejos de ser el hombre de las circunstancias. Observamos en el anterior párrafo una auténtica declaración de principios, un plan ideológico, que no lo vincula con un mero ladrón que mitiga los instintos con cada acto de saqueo y desorden. Por el contrario, lo asume parte de una “ley oral legítima” que lo significa profundamente y “que establece una ligazón explícita entre esa ley oral y la tradición de lucha anticolonialista que se remonta incluso a la Conquista”.¹³⁵La importancia de una prosapia guerrera salta a la vista. La ley contenida en los libros tenía “los vicios de un mal convenio [...] se halla sobre los malos principios de la usura, el agio, el monopolio, perjuicio de tercero [...]” (A, p. 489).¹³⁶Los valores contenidos en la lucha independentista, la lucha de Guerrero y de los Rayones, se halla en quienes lidiaron esa batalla, y los contrabandistas son los receptores de toda esa herencia de ideales de restitución e igualdad. *Scriptae permanecent*, pero la ley es letra muerta, sin un pasado glorioso que la respalde; su baluarte es, ni más ni menos, que la inmundicia y la

¹³⁵ Juan Pablo Dabove, *op. cit.*; p. 54

¹³⁶ Para 1839 el estanco del tabaco se arrendaba a favor de ciertos grupos militares, en especial los que pertenecían a Antonio López de Santa Anna. Este contrato permitía “privilegio exclusivo para celebrar contratos de siembra, dirección de las fábricas de puros y cigarros, control de la venta y de los estancillos destinados a este fin; protección y apoyo a las autoridades públicas y militares a nivel regional con el propósito de contener el contrabando, las siembras y ventas clandestinas; libertad para nombrar al cuerpo de empleados y administradores; paso expedito por todas las aduanas interiores de los cargamentos de tabaco libre de impuestos y alcabalas; uso de la infraestructura del estanco; garantía de recibir al concluir el contrato de arrendamiento el pago de la existencia y las mejoras introducidas a la infraestructura.” Para observar una visión general de la situación del tabaco desde las leyes borbónicas hasta 1856, véase Araceli Espíndola Zavala y Ricardo Torres Miguel, *op. cit.*; pp. 40-41

corrupción humana. *Verba volant*: la voz de los disgregados es donde se hallan aquellos principios que serían los basamentos de México, y que se mantuvieron en ciertos núcleos apartados de la ciudad, que, a la sazón de una visión de Estado, la cual sentencia que sólo en éste reside la civilización, se consideraron silvestres y salvajes. En el valle de Quencio se desarrolla un sistema eficaz de gobierno en el cual preponderan dichos ideales, que se fundamentan básicamente en no dejarse subyugar por algún otro hombre. “La servidumbre me choca –dice Astucia- no tengo paciencia para esperarme a comer hasta que otro tenga hambre; me puede mucho porque le dan al pobre dependiente un sueldo por su trabajo, se constituyan dueños de sus acciones, de su voluntad, y hasta de su sueño [...] *servir es ser vil.*” (A, p.63). Astucia no se limita a reflexionar sobre la servidumbre en meras disquisiciones filosóficas. “Servir es vil”, ya que el pobre se hace inútil, frente a sus necesidades y sobrevivirá únicamente gracias a las migajas de su patrón. Pragmáticamente, servir no es redituable. Así en *Astucia* se propugna no por una sociedad ideal en la que el charro-contrabandista sea las veces que el pirata, o cualquier proscrito romántico. Se plantea una comunidad posible, desde la otredad. Aún cuando la novela de Luis G. Inclán manifiesta el vital rol de los padres insurgentes, ese rol que reúne todo el pasado de sublevación en contra del yugo español, en *Astucia* se formula una suerte de epifanía: mientras que Juan Cabello seguía supeditado a la idea de ascender al paraíso del progreso, y en cierta forma, permanecía sometido frente a su entorno, porque se conservó en las mismas circunstancias de despojo y exclusión, aquél piensa en la posibilidad que el edén no es otro sino el valle de Quencio y que la memoria de su solar le permite, por fin, quitarse el inconsciente sometimiento histórico. Las empresas de la insurgencia independentista son gloriosas, no obstante los Contrabandistas de la Rama no deben guerrear por lo mismo. El paraíso está en Morelia, y la Hermandad se constituye como su más justo y fuerte guardián, en contra de quienes osen macularlo; en contra de la autoridad: advenedizos cual Evaristo el tornero de *Los bandidos* que por azares de las circunstancias, o como producto genuino de la sociedad, se erigen en hombres poderosos. En este caso se nos presenta el Bulldog, más bestia-hombre que hombre: “mírenlo ustedes con esa cara tan ancha, las narices aplastadas con tamañas ventanas abiertas, un dedo de frente cubierta con el pelo almendrillo [...] y esa cara pecosa y empañada como huevo de pípila, desde luego causa repugnancia y es chocante; cuidado con sus dientes amiguito” (A, p. 193). El Bulldog, que a pesar de su apariencia y de tener en sus manos el poder del Estado, se apoca y siente un temor sobrenatural ante Astucia, aún no sabiendo que éste es el jefe de los de

la Rama y no “Gambino” o “Bernardo Gaviño”, gran domador de toros. “Al escucharlo me pareció que ya me dirigía la espada que tenía en la mano, y me dio cierto terror. ¿Quién será este hombre que ejerce sobre mí tanto dominio a la vez que me choca?” (A, p. 194). El terror del Bulldog no se explica en términos de un apocamiento de clase, como sí sucede en los sentimientos de Evaristo frente al Conde de Sauz. Lo de Bulldog es un reconocimiento genuino, de campestre a campestre, de una superioridad natural. Astucia es el hombre elegido por la naturaleza y la historia, para saltar las fronteras de los despojados.

En cierto modo, Astucia podría concebirse como un antihéroe, al menos si consideramos que su heroicidad se compone fuera de toda épica, en un sentido de nación. Sus actos se explican desde una profundidad histórica, sí, pero más que el seguimiento de la narrativa del solar de los Cabello y de su comunidad, Astucia transmuta una tradición patriarcal, para consolidar, primero, al valle de Quencio como utopía y después, para llevar a cabo en ella un plan político racional, honesto, eficaz, sin las manos sucias. De aquí el sobrenombre de los contrabandistas. El bautizo por el que pasa Astucia no reafirma el pasado; da a luz a un hombre que con lo mejor de su herencia, resumida en el refrán “con astucia y reflexión se aprovecha la ocasión”, representará el presente, visto desde una arista en que el campesino no debe encajar necesariamente en la cosmovisión letrada de México del siglo XIX, ya que el edén no está ahí, sino en otro lado. Por consecuencia, al desenvolverse en un trayecto alterno, Astucia no compartirá las virtudes heroicas de Ulises o el Cid. Ellos cayeron del mundo del deber-ser y sufrieron el infierno de su destierro. Al final de su aventura son restituidos. Aquél recorre un derrotero no trascendente, particular, de transformación y no de normalización, por el cual pretende ennoblecer a los ancestros de la Rama. Uno para todos y todos para uno. Su búsqueda, por lo tanto, no radica en el reconocimiento de sus actos por una figura de autoridad. Lo que hace ya está henchido de virtuosismo desde la potencia. La cuestión está en concebirlos ideales por los cuales peleó la insurgencia de Guerrero y los Rayones, en una concreción de gobierno justo, equitativo, con un activo monetario en constante circulación y en donde todos participen. Brota una gran diferencia entre los disgregados de Manuel Payno y los de Luis G. Inclán: aquéllos son descritos como parte orgánica del paisaje, pasivos, entregados irremediabilmente a sus costumbres, las cuales los revelan *in fraganti* cuando cometen fechorías. (Véase *supra* p.45). Los del valle de Quencio, en cambio, superan ese prototipo de buenos

salvajes, para inmiscuirse activamente en el desarrollo de su lugar de origen, mediante el labrado de sus tierras y el cuidado de su ganado; así mismo participan en un complejo sistema de espionaje que pone sobre-aviso a los Contrabandistas de la Rama.

En la barranca del Zopilote, que pasamos cuando salió la luna, tenemos un *espejo y cardillo*, es decir, un hombre situado en la cima que vigila el camino que viene del pueblo de San Isidoro, y de cuanto transeúnte pasa que pueda infundir algún temor, da desde luego aviso al rancho con su compañero, que es el *cardillo* y con quien alterna en la vigilancia en los días en que tenemos que transitar por aquí, tiene su vereda conocida por el mismo monte, en veinte minutos está transmitida la noticia en caso de que sea necesario; los *telégrafos* avanzados nos advierten el riesgo que pueda haber, por qué rumbo es, y de qué condición; de la barranca al rancho hay tres leguas, del rancho al puerto, que es el otro extremo del lindero, cosa de cuatro, y para el pueblo dos y media; en este último, tenemos *espejo y telégrafo*, en el Zopilote *espejo y cardillo*, en el puerto y rancho, *espejo, telégrafo y galgo*. (A; pp. 373 -374).

Esta red de personas adquiere una dimensión más allá del utilitarismo. Se basa ésta en un fervoroso respeto y cariño, a aquéllos de quienes reciben tan sólo buenas acciones “Pues anda a abrirles el zaguán corriendo, niña, le contestó la mamá y en pocos instantes la muchachita abría de par en par una puerta contigua a la de la tienda y se le colgó a Pepe del pescuezo luego que éste lo apeó llenándolo de besos” (A; p. 173). Astucia, en su primer viaje como jefe de la Hermandad, acompañado por Pepe el Diablo, ni siquiera debe mostrar credenciales frente a las personas que conoce. De presupuesto ya es respetado, e incluso, querido. Surge, de nueva cuenta, la preeminencia del pasado y de las apariencias, pero de una forma diáfana y venturosa. Hemos mencionado que la suerte no hace más que seleccionar al mejor entre los de la estirpe independista, lo cual es validado por Pepe el Diablo, quien destaca de Astucia su “personal”. No obstante, la presencia aquí aludida no es un velo discordante entre la profundidad y la efigie. La herencia se transparenta ante el físico “imponente” de Astucia, que no es más que el resultado de años de historia de los valientes Cabello y, en general, de la insurgencia patriarcal. Sus acciones, en tanto, tampoco podrían ser de otra manera. Lorenzo Cabello nace para ser el hombre en que se depositará la historia de su comunidad. Si en *Los bandidos* los diferentes estratos sociales eran signos de un pantano narrativo, en *Astucia* los hombres eclosionan en un ambiente quizá escaso de recursos, más limpio y sano. Baste mencionar el siguiente ejemplo:

Aunque toda la casa demostraba una humilde pobreza, el mucho aseo que había en ella la hacía ver bonita, todo estaba muy limpio, multitud de pájaros silbaban en las jaulas y porción de macetas de todas clases y tamaños embellecían el corredorcito, en la sala estaban colocados algunos canapécitos de hule, un nichito con una Trinidad en una rinconera, una mesa con recado de escribir en un extremo, varios cuadritos con marcos de hoja de lata adornaban las paredes, algunas sillas también de tule y el estrado lo formaba un petate de seis u ochos varas [...] (A, p. 173)

Las apariencias no engañan. Tanto el significado como el significante se engarzan indisolublemente, para izar valores y virtudes que se encuentran en el valle de Quencio. Hasta este punto es evidente que Astucia no es un héroe mexicano. Luis G. Inclán no se inserta en la tradición literaria del siglo XIX mexicano, “figuras cívicas que se empeñan en hacer patria, participan en todas las luchas políticas del país, tratan de fundar una nación y se reúnen en academias literarias con el deseo político expreso de crear una literatura nacional que justifique la existencia de México.”¹³⁷ Por este motivo, su novela no podría conjurarse como un nuevo discurso en que se distingue la civilización de la barbarie. La solución de Inclán sobre la construcción de la nación se sale de esas marquesinas literarias y es por ello, que Juan Pablo Dabove señalará que “esta pieza ‘menor’ de la prosa decimonónica [se convierte en] un contemporáneo radical de nuestras preocupaciones más urgentes.”¹³⁸ Esta cercanía con nuestros tiempos, me parece, radica más en el proyecto frustrado que en el gobierno exitoso del Coronel en el valle. Tras la muerte heroica de los Hermanos de la Hoja, Astucia es curado, prácticamente resucitado, gracias a su legendario y bondadoso proceder por un médico que lo reconoce: “es el mismo –le dice el médico al Alcaide que halla al charro tirado medio muerto en una esquina de la cárcel– que cuando tu servías en el Resguardo y caíste en su poder en el suceso del Bulldog, me pagó tu curación; mantuvo a tu familia más de tres meses, y al irle a dar las gracias a su jato cuando estuviste sano, todavía te dio veinte pesos para que te quitarás de soplón” (A, p. 480). Ratificación del mito de la Hermandad de la Hoja. Resurrección que convertirá a Astucia en el Coronel, en el jefe de seguridad pública, “engrandecido y lleno de fuerza creadora [...] aceptado unánimemente por la especie humana.”¹³⁹ La leyenda del forajido, ahora adquirirá una

¹³⁷ Margo Glantz, *op. cit.*; p. 87

¹³⁸ Juan Pablo Dabove, *op. cit.*; p. 63

¹³⁹ Joseph Campbell, *op. cit.*; p. 40

suerte de ideario político que significará en toda su grandeza a los charros contrabandistas. El mito sobrevendrá en un sistema social, en que “uno” será quien organice a “todos”: “En cuanto hubo fondos, después de establecer escuelas para niños y niñas, reedificó el puente de Túxpam, en el que gastó cerca de cinco mil pesos [...] los criminales escasearon, y los pleitos civiles casi todos los transigía el Coronel que mediaba en las partes contendientes que al fin se conformaban con nombrarlo árbitro arbitrador.” (A, p. 548). Igualmente, el Coronel Astucia se encarga de restaurar la atarjea de mampostería que destruyeron los españoles en tiempos de la guerra de independencia y que tenía en encarnizada pendencia por el agua potable a los vecinos de Tuzantla y Jungapeo. Los mismos habitantes del pueblo asistían gustosos a ayudar en la obra. Se “avanzaba más en un día con el golpe de gente bien distribuida, que lo que en una semana no haría la misma arriada a jornal”(A, p. 548). No obstante con los logros en la comunidad bajo el mando del Coronel Astucia, la división del “uno” y los “todos” que se hace dentro del discurso de la novela, prevé que la cofradía de la Hoja era la única entidad que entendería la frase de los mosqueteros del gascón en plenitud: “todos para uno” y viceversa, y en lugar de el “Uno para todos”, que practicaron los pobladores del valle de Quencio, en cuanto el Coronel les pide que lo acompañen en una empresa temeraria para salvar al gobernador: “todos” ponen pretextos para no acompañarlo. Es así como Astucia termina su legado y vuelve a ser Lorenzo Cabello. Entierra su mito y su nombre en la tierra de origen, pero a su vez, sepulta decenios de lucha independentista. No hay edén para los disgregados. Su partida nos evoca el final de cualquier película de vaqueros, cuando el héroe (¿o antihéroe?) se retira, dándonos la espalda, con el sol del atardecer al frente, sólo que Inclán patentiza que el caos caerá como plaga, sin aquél que logró una sociedad mejor. “Se desató la más horrorosa anarquía y desconcierto [...] Descontentos todos, amargados por las necesidades, y tratando el gobierno de desarmarlos, desconocieron a las autoridades [...] de modo que los todos tuvieron que lamentar la pérdida de uno con lágrimas de sangre” (A, p. 628). Asumir a Astucia como un antihéroe no resulta exagerado, cuando obtenemos como premisa que la liga de la novela de Luis G. Inclán nos lleva a pensar en “fábulas del *outlaw*”. En concomitancia, el camino final que le devuelve el apellido de su padre nos hace pensar en una gran discrepancia entre éste y el héroe arquetípico: el don entregado por Astucia al valle de Quencio se esfuma, cuando él se entierra, en un acto que rompe todo ciclo, y todo renacimiento; a diferencia de lo explicado por Campbell: “El héroe[...] como Carlo Magno, duerme y sólo se levantará a la hora del destino, o sea, está entre nosotros de

otra forma,”¹⁴⁰ Astucia no volverá, ni el valle de Quencio será otra vez el paraíso. El ciclo se completa, pero el don obsequiado es sólo recibido por la familia de los Cabello, que incluye también a las familias de los contrabandistas. Se concluye que su derrotero nunca roza el de la edificación del país; como ya se señaló, corre alterno a ésta. De hecho, habrá que asegurar que la empresa de Astucia finalmente absorbe a los representantes del Estado, y con esto, simbólicamente, también es absorbida la civilización, cuando el gobernador, que también es su suegro, se deja convencer por su hija de despedirse de su vida de normas y de alejarse de su carrera política, con el fin de refugiarse como ella en la serenidad del campo:

— ¿Qué es lo que quieres? No me confundas.

— Que prescindiendo de vanas preocupaciones y caprichos, echas a la porra al Gobernador, al ministro, al licenciado, a tu bufete, los negocios y cuanto te liga por allá [...] sólo por cabezudo te has acabado la vida defendiendo intereses ajenos, abandonando los tuyos, los nuestros, a manos extrañas que muy bien habrán sabido aprovecharse de ellos en propia conveniencia [...] quiero que te acuerdes que no eres dueño de ti mismo; que eres padre; que tus hijos reclaman tu persona y que sólo perteneces a tu familia. (A, p. 618)

A este respecto, concuerdo con Dabove cuando escribe que más que ser una proyección de la vida privada a la pública la renuncia del padre de Amparo a su profesión de leyes, tal y como asegura Doris Sommer, nos encontramos ante un “retraimiento deliberado de ese ámbito”,¹⁴¹ un retirarse desencantado, a sabiendas que se peleaba una guerra de presupuesto perdida. El destierro campestre a una vida solariega con sus allegados es la verdadera opción para Lorenzo Cabello, así como es una reafirmación de que cada quien debe mirar por los suyos, porque nadie más lo hará. Si es que nunca lo dominó una épica de nación, finalmente triunfa sobre él una concepción que niega a la civilización y a la comunidad. Prepondera una especie de “liberalismo” que no recurre “al manido tropo de la barbarie, del caos, o del vacío de sociabilidad”, que bien señalará Dabove.¹⁴² Sin embargo, la resolución de Luis G. Inclán es pesimista. Admite, como Manuel Payno, que, sea en el campo transparente o en la trama compleja de la ciudad, no hay país posible.

¹⁴⁰ Joseph Campbell; *op. cit.*; p. 317

¹⁴¹ Juan Pablo Dabove, *op. cit.*; p. 63

¹⁴² *Ibidem.*

4. Conclusiones

“Dios ha reparado los estragos sufridos por su siervo; ha recompensado a Job por sus infortunios. Pero, donde hay compensación hay justicia y no tragedia.”

George Steiner

La novela, el arte en general, además de crear universos alternos, revela la condición del ser humano. En forma más específica, descubre el proceder, las costumbres, las fobias: aquello que conforma lo que llamamos identidad nacional. Así que, aunque el adagio popular diga “cada cabeza es un mundo”, lo cierto es que cada nación tiene codificado una suerte de mapa conductual, que bien nos guiaría dentro del impetuoso inconsciente colectivo. Y el novelista no se excluye de su entorno, de sus raíces, a pesar de su particular cosmovisión, la cual, la mayoría de las veces, expresa inconformidad con lo establecido: él es otro actor dentro de la tragicomedia de la vida.

Durante el análisis realizado en esta tesis de los bandidos creados por la invención de Altamirano, Inclán y Payno, nos percatamos de las circunstancias de la nación mexicana en pleno nacimiento, tras liberarse del yugo español, con todo lo que esto implica, y que se encierra en una cuestión: ya somos libres, ¿ahora qué hacemos? La concepción de la literatura en el siglo XIX por eso adquiere una noción que trataba de dilucidar cómo edificar las estructuras sociales, políticas, económicas y culturales del país. En el caso de las novelas de nuestros insignes escritores, la ética del escribir no minó el artificio literario, ni tampoco la actitud crítica. En *El Zarco* se califica de detestable el hecho de haber enrolado en el ejército a los salteadores del camino. En *Astucia*, se describe una utopía campestre, al mando de un contrabandista que se erige en líder magnánimo, contrapuesta a la justicia corrompida, la cual se supone emanada de la guerra de Independencia. En *Los bandidos*, con una mirada entre socarrona, cínica y desencantada, se nos refiere una sociedad en la que la virtuosidad es una puesta en escena, que tras bambalinas se sostiene por convenios sin más moral que la de la sobrevivencia en la jungla decimonónica. ¿Leyes de Reforma o leyes de evolución? Sólo el que se adapte a las circunstancias vivirá cómodamente.

De esta manera, el bandido que se alude en las tres novelas no es un hombre que se diferencie por sus actos criminales de entre la ciudadanía; mejor decir, es fruto de un discurso nacional habitado en su mayoría por lacras sociales; porque no únicamente al bandido le importan las apariencias o el origen, ni es este el único individuo que establece sus relaciones personales por mera conveniencia o que confunda el amor con la pasión a flor de piel. El mexicano del siglo XIX nace, en efecto, con el pecado original de los primeros padres, con el mito de la india sumisa y del tunante ibérico que la ultraja, que no son más que cargas históricas convertidas en patrones conductuales que se repiten por generaciones: todos son culpables, todos originan, con sus actos, la tragedia nacional.

Dentro de este panorama, en el que se prepondera el destino de México sobre cualquier asunto, la idealización romántica del forajido se excluye de la creación literaria. En el caso de Payno y Altamirano, las acciones del bandido resultan en su muerte y en exhibición pública. En Inclán, si bien Astucia posee características del héroe épico, al final, éste se retira con la puesta de sol, cuando se da cuenta que los habitantes del valle de Quencio, no están dispuestos a dar un ápice de su integridad. El desenlace es desalentador: la utopía es arrasada por la vida común y corriente. “Uno” no puede cambiar las costumbres de “todos”, cuando éstas se encuentran codificadas en lo más íntimo del ser. Lo cuerdo es alejarse de la barbarie y del caos mientras se pueda. En *El Zarco*, aún cuando Yautepec celebra con algarabía la boda de Pilar y Nicolás, – festejo que también es símbolo del triunfo de la ciudadanía – sucede algo semejante: detrás de la carrosa nupcial, permanece el espectáculo horrendo de los pateados colgados de los árboles.

“La civilización” [...] está por desgracia muy alejada del mundo todo” escribe Payno. Sin embargo, las tres novelas de las cuales se analizaron algunos personajes, comparten una visión crítica del proyecto civilizador mexicano. Efectivamente, lejos de cumplirse, los autores delatan sobre él una mirada desencantada, puesto que quedó en las buenas intenciones, y en el mejor de los casos, plasmado en leyes de títulos rimbombantes. Para 1901, año en el que se da a conocer *El Zarco*, tras 8 decenios de que México consiguiera su independencia, la situación del país distaba de ser el gran protagonista del concierto de las naciones. De hecho, el plan liberal había degenerado en lo que sería la dictadura porfirista, y su vez, los más de 30 años de gobierno de Díaz,

hicieron explotar en 1910, la Revolución Mexicana. El bandido, enlistado en los ejércitos de la Guerra de Reforma y en la intervención extranjera, ahora venía a protagonizar el movimiento que haría ingresar a México en “la Modernidad”. Las manos que edificaron a la nación son las de bribones, que sólo atendían a su sobrevivencia. En efecto, entre Evaristo y Demetrio Macías hay sólo un paso.

Henos aquí tres novelas que nos muestran no sólo el proceder de los bandidos de la época, sus peripecias, maniobras, argucias y aventuras, sino también la vida de la sociedad decimonónica. El legado de Altamirano, Payno e Inclán es un reflejo de nosotros mismos, puesto que se ha comprobado que el ser humano no cambia. A fin de cuentas, las novelas representan a la sociedad.

Bibliografía directa

- ALTAMIRANO, Ignacio Manuel. *El Zarco*. Edición, transcripción, estudio preliminar y notas de Manuel Sol. Universidad Veracruzana, Xalapa, 2000.
- *El Zarco y la Navidad en las montañas*. Editorial Porrúa, México, 1977.
- “Carta a una poetisa”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*; Coordinación de General de Publicaciones, UNAM, México, 1996; pp. 231-250.
- Obras Completas Novelas y cuentos Vol. IV*. Prólogo de Francisco Sosa, SEP, México, 1986.
- *Clemencia*. Ed. Balleca, México, 1979.

- INCLÁN, Luis G. *Astucia. El jefe de los hermanos de la hoja o los contrabandistas de la rama*. Editorial Porrúa, México, 2006.

- PAYNO, Manuel. *Los Bandidos de Río Frío*. Editorial Porrúa, México, 1998.
- El fistol del Diablo*. Editorial Porrúa, México, 1960.
- El hombre de la situación*, Editorial Porrúa, México, 2004.
- “El matrimonio”, *Memorias sobre el matrimonio*. Dirección General de Publicaciones de Conaculta- Editorial Planeta Mexicana, México, 2002.
- “Comonfort” en *Retratos históricos*. Editorial Porrúa, 2004; pp. 277-288.

Bibliografía y Hemerografía indirectas

- ABUD, Eduardo. “Práctica Narrativa de Ignacio Manuel Altamirano (a propósito de *Clemencia*)” *Divergencias. Revista de estudios lingüísticos y literarios*. The University of Arizona, Vol. 1, Otoño 2003; pp. 57-67.

- ARNAUD BOBADILLA, Alfredo Juan. *Los bandidos de Río Frío: Una ruta negada a la emancipación social y afectiva*. Tesis doctoral, UNAM, 2006.

- AZUELA, Mariano. *Los de abajo*. FCE, México, 1976.

- BRUSHWOOD, John S. *México en su novela. Una nación en busca de identidad*. FCE, México, 1974.

- CAMPBELL, Joseph. *El héroe de las mil caras*, FCE, México, 2009.

- CASTRO, Miguel Ángel. “De linajes empolvados, bandidos lustrosos, charros desorodizados y rancheros pulquérrimos” en *Del fistol a la linterna. Homenaje a*

José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte. Coordinación General de Publicaciones, UNAM, México, 1997; pp.209-220.

- CONWAY, Christopher. “El aparecido azteca: Ignacio Manuel Altamirano en el Necronacionalismo mexicano, 1893” en *Revista Crítica Literaria Latinoamericana*, año XXXI, No. 62, Lima-Hanover, 2º Semestre de 2005; pp. 125-142.
- CRUZ, Jacqueline. “La moral tradicional y la identidad mexicana vistas a través de los personajes femeninos de *El Zarco*” *Explicación de Textos Literarios* 22.1 (1993-94): pp.73-86.
- DAVOBE, Juan Pablo. “El bandido social mexicano, entre el bárbaro y el soberano ilustrado: el caso de *Astucia*, de Luis Inclán (México, 1865)” en *Latin American Literary*, Vol. 33, No. 65, Enero-Julio, 2005; pp. 47-72.
- DAVOBE, Juan Pablo y HALLSTEAD, Susan. “Pasiones fatales; consumo, bandidaje y género en *El Zarco*” en *Contracorriente*, Vol. 7, No. 1, 2009; pp. 168-187.
- DÍAZ, Lilia. “El liberalismo militante” *Historia general de México. Tomo II.* Colegio de México, México, 1987; pp. 819-872.
- DUMAS, Alejandro. *Los tres mosqueteros.* Editorial Cumbre. México, 1968.
- ELIADE, Mircea. *Lo sagrado y lo profano.* Editorial Guadarrama, Madrid, 1973.
- FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín. “Antorcha del Soberano Congreso y moldes de las leyes” en *Obras XI-Folletos (1821-1822)*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, México, 1991; pp. 533-536.
- FONTANILLE, Jacques y GREIMAS, Algridas J., *Semiótica de las pasiones. De los estados de las cosas a los estados de ánimo.* Siglo XXI Editores, México, 1991.
- FUENTES DÍAZ, Vicente. *Ignacio Manuel Altamirano triunfo y vía crucis de un escritor liberal.* Chilpancingo Guerrero, Casa Altamirano 1988.
- GIRÓN, Nicole. “Ignacio Manuel Altamirano” en *La República de las letras: asomos a la cultura escrita del México Decimonónico. Vol. III.* Edición Belem Clark de Lara y Elisa Speckman Guerra. UNAM. México, 2005; pp. 358- 362.
- GLANTZ, Margo. *Los bandidos de Río Frío de Manuel Payno: La utopía del robo,* Facultad de Filosofía y Letras UNAM, México, 2007.
- “Huérfanos y bandidos. *Los bandidos de Río Frío*” en “De linajes empolvados, bandidos lustrosos, charros desorodizados y rancheros

- pulquérrimos” en *Del fístol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. Coordinación general de publicaciones, UNAM, México, 1997; pp. 221-240
- “Astucia de Luis G. Inclán, ¿novela ‘nacional’ mexicana” en *Revista Iberoamericana*. Vol. LXXIII, enero – junio de 1997; pp. 87- 97
- GONZÁLEZ, Luis. “El liberalismo triunfante”, *Historia general de México. Tomo II*. Colegio de México, México, 1987; pp.897-1005.
- GONZÁLEZ RAMÍREZ, Manuel. *La Revolución Social de México: El Problema Agrario. Tomo III*. FCE, México, 2002.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, Rafael. *Modernismo. Supuestos históricos y culturales*, FCE, México, 2004.
- HERR, Robert. “De bandidos a trabajadores: el proyecto económico liberal en el Zarco”, en *Revista literaria mexicana*, Vol. XVII, No. 2, 2007; pp. 121-139.
- ILLESCAS, María Dolores. “Agitación social y bandidaje en el Estado de Morelos durante el siglo XIX”, en *Estudios* no. 14. Revista del Instituto Tecnológico Autónomo de México, México, 1988, pp. 59-100.
- LAFRAGUA, José María “Carácter y objeto de la literatura”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. Coordinación de general de publicaciones, UNAM, México, 1996; pp. 69-77.
- LEWIS, C. S. *El problema del dolor*. Editorial Caribe, Miami, 1997.
- LUKÁCS, George. “Ensayo de la tipología de la forma novelística” en *El alma y las formas y la teoría de la novela*. Editorial Grijalbo, México, 1985.
- MARTÍNEZ, José Luis. “México en busca de su expresión” en *Historia general de México. Tomo II*. Colegio de México, México, 1987; pp. 1017-1061.
- *La expresión nacional*. Editorial Oasis, México, 1984,
- MENTON, Seymour. *El cuento hispanoamericano*. FCE, México, 1987.
- MONSIVÁIS, Carlos, *Las herencias ocultas de la Reforma liberal del siglo XIX*. Debolsillo, México, 2008; pp. 11-45, 243-332.
- NERVO, Amado. “Los poetas mexicanos y el pueblo”, en *Obras Completas. Tomo I*. Aguilar, México, 1991; pp. 620-622.

- OPPENHEIM, Charles H. “Del barbero de Sevilla a los bandidos de Río Frío”, en *Los clásicos de la ópera. 400 años*, pp. 5-7.
- PACHECO, José Emilio. “Introducción” en *Antología del Modernismo. Tomo I*. Coordinación general de publicaciones, UNAM, México, 1978.
- PÉREZ GAY, Rafael “Avanzaba el siglo por su vida” en *Del fístol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. Coordinación general de publicaciones, UNAM, México, 1997; pp. 177-184.
- PAZ, Octavio. *El laberinto de la soledad*. Cátedra, México, 2003.
- PARRA, Max. “ ‘Pueblo’, bandidos y Estado en el siglo XIX. Notas a partir de *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano”, *The Colorado Review of Hispanic Studies*. Vol. 4, 2006; pp. 65-76.
- POPOCA Y PALACIOS, Lambero. *Historia del bandalismo en el Estado de Morelos. ¡Ayer como ahora! ¡1860! ¡Plateados! ¡1911! ¡Zapatistas!* Tip. Guadalupana, Puebla, 1912.
- QUIROZ, Constancio B. de. *El bandolerismo en España y en México*. Editorial jurídica mexicana, México, 1959.
- RAMÍREZ, Santiago. *El mexicano, psicología de sus motivaciones*. Random House Mondadori, México, 2010.
- RABASA, Emilio. “El pueblo” en *Retratos y estudios*. Coordinación General de Publicaciones, UNAM, México, 1995; pp. 75-91.
- REYES, Alfonso “La sombra de Lozada” en *Parentalia. Obras Completas, Tomo XXIV: Memorias*. FCE, México, 1965.
- REYES, Aurelio. “Precisiones sobre *El fístol del diablo* de Manuel Payno”, en *Del fístol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. Coordinación General de Publicaciones, UNAM, México, 1997; pp. 185-192.
- RIVAS VELÁSQUEZ, Alejandro. “Altamirano y su nueva visión de la novela en *El Zarco*.” *Reflexiones lingüísticas y literarias*. Vol. II Eds. Rafael Olea Franco y James Valender. El Colegio de México, México, 1992. pp. 169-185.

- ROBLES, Pablo. *Los plateados de la tierra caliente: Episodios de la Guerra de Tres Años en el estado de Morelos. Cuento semi-histórico*. Tipografía Literaria de Filomeno Mata, México, 1891.
- ROJAS OTÁLORA, Jorge Enrique. “Clemencia y el Zarco la mirada dual de Altamirano”. Publicado en *Literatura Mexicana*, Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, Vol. 5, 1, 1994; pp. 51-71.
- ROSA, Luis de la. “Utilidad de la literatura”, en *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*; Coordinación de General de publicaciones, UNAM, México, 1996; pp. 87-101.
- ROSADO, Juan Antonio. *Bandidos héroes y corruptos o nunca es bueno robar una miseria*. Ediciones Coyoacán, México, 2001.
- ROUGEMONT, Denis de. *Amor y occidente*. Conaculta, México, 2001.
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge. “Estudio crítico” en *El hombre de la situación*; Alfaguara, 2002.
- RUÍZ, José Salvador. “El laberinto de la aculturación: *El Zarco*.” *Revista de crítica literaria Latinoamericana*. V. 31:61, 2005; pp. 23-36.
- SÁNCHEZ JIMÉNEZ, Antonio “El árbol de la patria: una alegoría botánica en el Zarco (1901) de Ignacio Manuel Altamirano” en *Hispanofila*. Año XV, segundo número, enero, 2009; pp. 65- 80.
- SOL, Manuel. “Refranes, adagios, sentencias y locuciones en *Astucia* de Luis Inclán” *Revista de literaturas populares*. Año III, Número 1, Enero-Junio, México, 2003.
- SOLARES ROBLES, Ma. Laura. *El bandido social durante el Porfiriato*. Tesis de licenciatura, UNAM, México, 1981.
- SOLÓRZANO PONCE, María Teresa. “Manuel Payno y el hombre de la situación”, en *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuellar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. Coordinación general de publicaciones, UNAM, México, 1997; pp. 201-208.
- SOUTO ALABARCE, Arturo. “Introducción” *Robin Hood*, Editorial Porrúa, México, 2010.
- STAPLES ANNE. “Los Bandidos del Río Frio como fuente primaria para la historia de México”. En *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. Rafael Olea Franco, editor, El Colegio de México, México, 2001.

- “Bienes y vivencias. El siglo XIX” en *Historia de la vida cotidiana en México* El Colegio de México- FCE, México, Tomo V, 2005.
- STEINER, George. *La muerte de la Tragedia*. Monte Ávila Editores, Venezuela, 1991, 2ª. Edición; pp. 9-40.
- URBINA, Luis G. “Los contagios malsanos” en *Crónicas*. Coordinación general de publicaciones, UNAM. México, 1995; pp. 79-82.
- VANDERWOOD, Paul J. “Los Bandidos de Manuel Payno” en *Historia mexicana*. Vol. 44:1, 1994; pp. 107-139.
- VÁZQUEZ, Josefina Zoraida. “Los primeros tropiezos” en *Historia general de México. Tomo II*. Colegio de México, México, 1987; pp. 819-872.
- ZALDUONDO, María. “Desorden en el Porfiriato: La construcción del bandido en dos novelas desconocidas del siglo XIX mexicano” *Decimonónica*. Vol. 4 Num. 2. Verano 2007; pp. 78-95.

Bibliografía general

- ANDERSON IMBBERT, Enrique. *Historia de la literatura hispanoamericana*, FCE, México, 1995.
- GONZÁLEZ PEÑA, Carlos. *Novelas y novelistas mexicanos*. UNAM-Universidad de Colima, México, 1987.
- HOBSBAWN, Eric J. *Bandidos*. 1969. Trad. Jordi Beltrán, María Dolores Folch y Joaquim Sempere. Crítica, Barcelona, 2001.
- Rebeldes Primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*. Traducción se Joaquín Romero Maura. Editorial Ariel, Barcelona, 1983.
- LUKÁCS, George. *La novela histórica*. Ed. Era, México, 1966.
- VANDERWOOD, Paul J. *Desorden y progreso: Bandidos, policías y desarrollo mexicano*. Siglo XXI, México 1986.